

ANTONIO TABUCCHI

*El barquito
chiquitito*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada

No había vuelto a releer este libro desde que lo escribí...

Primera parte

Desde el final hasta el principio

Dos menstros al año

Nombres de aritmética y pelirrojos

La ley de la gravedad

El agua

Dos madres dos

Un niño llamado Marianna

Las prisas del tiempo

Reservado a Amelia

Segunda parte

Los recuerdos empiezan más tarde

Lágrimas y pescadillas

Virtud de la gramática francesa

El silencio es oro

Un monumento al radiante futuro

Como vela que desplegar

Rosa Luxemburgo

Avioncitos de papel

Animales grandes y pequeños

Desplegada está la vela, largo es el camino...

Créditos

Notas

*A Luciana Stegagno Picchio,
consuelo de los barquitos chiquititos*

No había vuelto a leer este libro desde que lo escribí, y hasta yo mismo me sorprendo. Si se me pidiera una razón, no sabría hallar la respuesta. Una explicación extemporánea podría ser que son muchos los libros que aún no hemos leído y puede parecer una pérdida de tiempo releer uno que hemos escrito; otra, más meditada, atañe a determinadas obsesiones nuestras, en las que resulta difícil indagar, que Emily Dickinson ha explicado así: «A los astros y a las flores los tuteamos, pero con nosotros mismos siempre anda de por medio la etiqueta, y turbación y empacho.» Y es que volver a leer un libro tuyo es como oír de nuevo una verdad que te atreviste a decir en su momento, pero que al cabo de tanto tiempo temes que haya caducado, como si solo tuviera valor entonces. Y eso atañe tal vez a la naturaleza de la *fiction*, como ahora se llama a la narrativa, que viene a ser una verdad bajo forma de ficción novelesca. Pero las dos caras de la cuestión están tan adyacentes que suscitan la duda de que se trate de una sola: es como una mariposa posada sobre una brizna de hierba que con las alas tensas en alto da la ilusión de tener una sola ala; pero si incautamente la estrechas entre los dedos, adiós ilusión: la verdad yace en el suelo con las alas de par en par y ya no vuela.

Pero puede ocurrir que abras un día un libro que has escrito y todos estos problemas mentales con los que te devanabas los sesos se esfumen, y con ellos lo que se consideraba una «prohibición» en la que se habían encapullado ellos solos. ¿Qué puede haber ocurrido? Acaso algo parecido a cuando de pequeños dibujábamos con tiza un círculo en el suelo y sellábamos con nosotros mismos el pacto de quedar apresados en él; y era tal la lealtad debida a ese pacto que no osábamos cruzar esa línea, so pena de quién sabe qué castigos de lo desconocido. Pero la validez del acuerdo duraba lo que nos parecía a nosotros, por las mismas arbitrarias razones por las que lo habíamos estipulado.

De este modo, con esa libertad infantil que llegados a cierta edad se conquista, he vuelto a abrir el libro y lo he releído. Al principio vino a mi encuentro mi tiempo de entonces. Estamos en 1978: la nueva sede de la editorial Mondadori en Segrate, recién levantada por un arquitecto que trabajaba para el futuro y que ha envejecido más rápido que yo; los ojos

afectuosamente vigilantes de Vittorio Sereni, perplejos ante la imagen de un cuadro de Savinio que tal vez le pareciera un Lego, que me dijo: «Adelante con el juguete.» ¿A qué se refería Sereni, a la sobrecubierta que le proponía, a la historia de mi libro, a la historia de Italia que estaba dentro de mi historia?

Dejando a un lado mis recuerdos personales que este *Barquito chiquito* lleva en su estela, he intentado hacerme una idea de la materia de la que está hecho y me ha dado la impresión de que los tablones de su quilla son de la misma madera que los libros que lo han seguido en el curso de los años. Aquí está la Historia con mayúsculas, desatinada muchacha que acarrea jubilosa duelos y malandanzas; la historia sin mayúsculas de nuestro país, por el cual sigo sintiendo la nostalgia de lo que habría podido ser y no es, entremezclada con un sentimiento de culpa por una culpa que no me pertenece; nuestro idioma, que he intentado defender escribiéndolo. Y, sobre todo, está el fenotipo de muchos personajes míos que vendrían después: un personaje derrotado pero no resignado, obstinado, tenaz. Fiel, como dijo un poeta, «a la palabra dada a la idea que ha tenido». La idea de que somos porque nos relatamos y de que él no podrá existir hasta que sea capaz de relatar su propia historia. Que en el fondo es este libro.

ANTONIO TABUCCHI

*Aporta en la soflamada ribera
las naves de cartón...*

EUGENIO MONTALE

Primera parte

DESDE EL FINAL HASTA EL PRINCIPIO

Tendrían que pasar muchos años desde el principio de esta historia, cuando Leonida (o Leonido) estaba cruzando a nado un torrente gélido, antes de que Capitán Sesto se pusiera a recorrer en sentido contrario toda su ruta. En aquel entonces, Leonida aún debía de ser el jovenzuelo todo huesos y bigotes del retrato que Capitán Sesto encontró en el desván de la casa paterna, y nunca llegó a explicar exactamente las razones que lo habían empujado a la fuga ni cómo habían ido las cosas aquella noche. Sin duda, debió de ser una noche de invierno. Los gendarmes debieron de ser dos porque iban siempre en pareja y el único bien que Leonida llevaba consigo, además de la ropa que traía puesta, debió de ser un viejo recetario familiar envuelto en una tela de hule. Ni siquiera el año en el que todo aquello ocurrió fue posible establecerlo con certeza, a pesar de toda la buena voluntad con la que Capitán Sesto intentó echar cuentas; desde luego, era un año en el que la otra orilla aún se llamaba reino de las Dos Cerdeñas y en cierta manera él también, Capitán Sesto, estaba presente: como hipótesis biológica navegaba de hecho en los lomos de Leonida (o Leonido), que nadaba desesperadamente en las ondas del torrente helado. Al empezar, pues, a relatar aquella lejana fuga, Capitán Sesto reconstruyó la escena con su imaginación, y evocó la enjuta figura de un jovenzuelo bigotudo, descalzo y de cabeza descubierta, con la casaca revoloteando, que corría por la orilla de un riachuelo que en aquellos tiempos marcaba la frontera entre el gran ducado de Toscana y el reino de las Dos Cerdeñas. El campo está inmóvil, atenazado de frío, y un pálido claro de luna ilumina el paisaje, la figura que corre en el paisaje y dos sombras que la persiguen. El perseguido acaba de desaparecer, metiéndose entre el cañaveral que ribetea el borde del torrente cuando los tricornios de los gendarmes granducales ocupan su lugar contra la luna. Inmóvil, con los ojos desorbitados, agazapado entre los matorrales, el fugitivo rebusca con la mirada a través de los intersticios del cañaveral. En la carrera ha perdido los zuecos y está acuclillado con los pies descalzos en el cieno del cañaveral. Sus ojos delatan terror y una muda desesperación; en la mano derecha agarra un robusto bastón del que parece resuelto a servirse en el caso de que lo saquen

de su escondrijo. Entre tanto, la luna, que aclara el campo cual si fuera de día, se ha dejado velar por una nube deshilachada que viaja por la noche cristalina. El fugitivo, con el instinto del animal perseguido, comprende que no hay tiempo que perder. Se pone rápidamente de pie y con unos cuantos pasos ligeros que se traducen en un chapoteo apenas audible alcanza la orilla del torrente. Podría haberse dejado resbalar hacia el agua en silencio, pero tal vez se deje llevar por la excesiva impaciencia de abandonar esa orilla, el caso es que se lanza con los brazos extendidos al agua turbia. El estrépito resulta fragorosamente delator, pero a causa de la oscuridad los gendarmes no pueden localizar el lugar exacto del río en el que se halla el fugitivo. Resuena un disparo de fusil que dibuja un rayo azulado sobre la orilla granducal y se pierde en la noche. Entonces, desde la otra orilla, casi como respuesta, llega un grito de mofa que resuena en el silencio.

Desde luego, el lugar y las circunstancias en las que Capitán Sesto empezó su relato no eran las más propicias para la reconstrucción histórica. Era, efectivamente, una tarde de finales de verano y él estaba sentado en el murete de una anteiglesia polvorienta habitada por un perro amarillo, aguardando un autocar que habría de llevarlo muy lejos con su traqueteo. El autocar, como tenía por costumbre, tardaba en aparecer, la tarde cálida y silenciosa invitaba al sueño, el perro amarillo se había enroscado ante la puerta de la iglesia y el pueblo descansaba bajo un velo de polvo. Capitán Sesto sostenía entre sus manos el cuaderno que había comprado en la tienducha de la plaza, en el que había escrito el nombre de Leonida y, entre paréntesis, el de Leonido. Notaba esa vaga sensación de excitación y de asombro que proviene de lo desconocido y, al mismo tiempo, una sensación de embriaguez y de turbación por la libertad que se estaba tomando, porque se daba cuenta de que todo lo que había sido dependía exclusivamente de él. Después, con decisión, junto al nombre de Leonida (o Leonido), escribió también el de Argia.

DOS MENSTRUOS AL AÑO

La medicina, personificada en el doctor Poldi, le había diagnosticado a Argia una pubertad y unas funciones ováricas improbables nada más salir prematura del vientre de su madre; y en la época que Capitán Sesto escogió como arranque de su historia debía de ser como la minúscula muchacha del retrato que él había encontrado en el desván de su casa paterna, con sus ojos redondos y una carita puntiaguda que la hacía parecerse vagamente a un topo. Vivía en aquel entonces con sus padres en una casa de campo amarillenta, desconchada por los años, en medio de una era poblada de gallinas y de dos vacas que cada atardecer entraban solas en el establo: todo ello propiedad de un funcionario real que estaba en Turín y que venía de Pascuas a Ramos. En definitiva, que se sobrevivía, gracias a Dios, y no hubiera resultado una vida desgraciada sin la desgracia de esa hija.

El mismo diagnóstico lo pronunció el doctor Poldi cuando, con nueve años cumplidos, la estatura de la exmoribunda había alcanzado el metro y diez: medida en la que parecía decidida a permanecer de por vida, a pesar del masivo suministro de huevos frescos al que venía siendo sometido su modesto píloro. El decisivo y desesperado salto de treinta centímetros hasta la etapa extrema de su crecimiento, Argia lo había realizado en su pubertad, que, junto a la pelusa inguinal y el razonable endurecimiento de las glándulas mamarias, no le había traído sin embargo las regulares reglas mensuales. El doctor Poldi, a quien la angustia materna interrogó por tercera vez, frente a la defeción del menstuo que más tarde habría de revelarse solo como la dilación de un exiguo flujo que buscaba su vía de salida, se acarició por tercera vez el mentón barbudo confirmando su diagnóstico. Pero la ciencia del doctor Poldi no tenía en cuenta cierto equilibrio, cierta íntima congruencia, bien conocidos por la naturaleza, por las mareas linfáticas y sanguíneas, por la oscura caída de los óvulos en los inexplorados espacios ováricos sostenidos y guiados por sus peculiares leyes. Un día de un dulce otoño incipiente, mientras la minúscula muchacha estaba ordeñando la vaca en el establo, acucillada en el taburete de ordeñar, sintió entre las piernas un líquido tibio como la leche que le salpicaba entre los dedos. Y

simultáneamente a tal sensación se vio desbaratada por la violencia con la que sus sentidos reaccionaban ante la realidad circunstante. Argia, pese a comprender que se había convertido en una mujer con todas las de la ley, no dio excesiva importancia al acontecimiento, porque se daba cuenta de que aquella moderada visita sanguínea no habría de repetirse con frecuencia mensual. Tenía razón. El invierno transcurrió sin ulteriores visitas: tan solo una ráfaga de sensaciones de aumentada intensidad, como si el olfato y el oído se dilataran, daba a entender a la muchacha, cada treinta días, que era el día de su menstruación en seco. Con la llegada de la primavera, las reglas se manifestaron de nuevo, aunque solo con una manchita roja. Y así fue siempre, desde entonces.

La minúscula Argia consiguió mantener oculto su estado durante cuarenta y seis días, hasta que vómitos y náuseas la obligaron a decidirse. El doctor Poldi abrió los brazos, después se acarició el mentón y masculló: «Todo es relativo, todo es relativo», tras lo cual se sentó y prescribió una decocción que prevenía las náuseas de embarazo.

Pero cuando la muchacha se marchó con la receta, el doctor Poldi se dio cuenta de que estaba muerto de cansancio y se desabrochó el cuello de la camisa. «Todo es relativo», rumió una decena de veces antes de refugiarse en un breve sueño inquieto en el sofacito de su estudio. Aquella idea lo tuvo hechizado durante todo el día y lo obligó a garabatear y trazar algoritmos y teoremas en su recetario. Pero aquel fue un invierno de un frío desproporcionado que trajo consigo una avalancha de pulmonías, y cataplasmas de mostaza, ventosas calientes y visitas nocturnas lo apartaron, acaso con alivio por su parte, de las tentaciones de la filosofía. De aquel pensamiento nuevo y fascinante le quedó, sin embargo, la exclamación, que habría de convertirse en su lema preferido en los años que le quedaban por vivir.

Movido por la confesión de Argia y por una pulmonía galopante que el doctor Prodi se encargó de curar con cataplasmas de mostaza, el empreñador misterioso salió del henil en el que llevaba muchos días escondido; declaró llamarse Leonida y ser tipógrafo, oficio totalmente desconocido para los padres de Argia, pero que aventuraban incompatible o por lo menos ajeno a la agricultura; dijo provenir de una ciudad de la Toscana que sonaba a lejanía

mítica, pero que en realidad distaba un centenar de kilómetros; se guardó mucho de confesar los motivos que lo habían inducido a arrojar al gélido torrente en el que se detenían las fronteras de su estado.

La ceremonia nupcial fue rápida y vespertina, como corresponde a una boda sin velo blanco; Argia llevaba un abrigo color castaño que le daba un aspecto ratonil. La cena fue abundante y silenciosa: sobre la mesa de la cocina se dispuso una sopa de chicharrones, un capón y una tarta de uva, con vino dulce. En la chimenea ardía un tronco de fiesta grande, que la madre de Argia se encargaba de reavivar cuando la asaltaban las oleadas de conmoción. El doctor Poldi, que había hecho de testigo, improvisó un discursillo basado en la tesis de que en este mundo todo es relativo, pero antes de llegar a una conclusión que se prometía muy interesante, definida por él mismo como «el meollo», tuvo que despedirse a toda prisa a causa de una pulmonía que reclamaba su visita mostazal.

Los recién casados se marcharon al alba. Todo había quedado ya acordado en la escueta conversación entre Leonida y su suegro, el día en el que el ignoto amante había salido de su escondrijo. Y así fue. Los padres de Argia acabaron dando su consentimiento, temerosos de la soledad: pero el oficio del joven no se convenía con el arado y además este no acababa de mostrarse tranquilo en una casa de campo que le parecía demasiado próxima a un torrente de desafortunada memoria. Pero nadie preguntó nada, nadie hizo presiones de ningún tipo. Con una mula y un calesín, los recién casados se marcharon al alba. Llevaban un lavabo de esmalte, dos mantas de lana, un saco de tela con el ajuar, un paquete de velas de sebo y una monstruosa lámpara de techo adornada con cuentas de cristal, regalo de bodas del doctor Poldi. De a dónde se dirigían no supieron dar razón, ni en realidad lo sabían con exactitud. Leonida señaló confusamente hacia las montañas, ni muy lejos siquiera, pero por su mirada perdida y por el gesto con el que el dedo índice franqueó el aire, sus suegros entendieron que quería decir «hacia allá». Argia, con la boca llena de náuseas, a pesar de la infusión que se había bebido en ayunas, rechinó los dientes en una estoica sonrisa y levantó su minúscula mano para decir adiós. La mula se encaminó de mala gana, balanceándose y echando humo por los ollares: Leonida, que llevaba las riendas, intentó aguijarla sin éxito y al final se resignó al trote. Argia mantuvo la mano en alto con gesto de saludo mientras siguió viéndolos a los dos en medio de la era.

Después se asomó fuera de la calesa y, sin hacer ruido, vomitó toda la decocción del doctor Poldi.

NOMBRES DE ARITMÉTICA Y PELIRROJOS

Cuando Capitán Sesto, al final de su historia, se puso a pensar en quién había llevado antes que él su aritmético nombre, regresó con su imaginación a una lejana tarde de agosto refrescada por una tormenta veraniega, cuando el primero de todos los Sestos de esta historia, imponiéndose a las angostas vísceras maternas, se asomó al horizonte de este mundo.

En aquellos tiempos, sin embargo, el nombre aritmético tenía su razón de ser; en efecto, antes de que aquel lejano Sesto y su hermano Quinto, después de haber cohabitado durante nueve meses en un incómodo envoltorio, consiguieran superar las dificultades del camino, había sido necesario que cuatro de sus hermanos intentaran sin éxito el breve pero arduo viaje desde el útero de Argia hasta la luz. Ni Quinto ni el primer Sesto, por lo tanto, pudieron llegar a conocer a sus hermanos anteriores, dado que estos, exhaustos acaso por sus esfuerzos por alcanzar la luz, morían pocos días después de nacer. Primero se ponían amarillos, luego violetas como berenjenas, ronroneaban como gatos en celo y al final se quedaban secos, blanquísimos. Se helaban en pocos segundos, con sus mandibulitas encanalladas que no había manera de separar, como de mármol. Quedaban expuestos durante un día en un catafalco dispuesto sobre la mesa de la cocina, con el vestido de tafetán blanco que cosieron para el primero y que sirvió para el velatorio de los cuatro; a continuación, después de desnudarlos, los colocaban en casetas de palomas y Leonida (o Leonido) se los llevaba al camposanto debajo del brazo, como si fueran paquetes para entregar a domicilio.

Pero aquella tarde de agosto en la que el primer Sesto, resistiendo a una larguísima expulsión y a un fórceps que lo arrancó de la posición en la que estaba enrocado, siguió reluctante el camino de sus otros cinco hermanos, Leonida (o Leonido), al oír dos voces que lloraban con rabia, comprendió que aquel parto había sido distinto y que al día siguiente no tendría que ir al cementerio con dos casetas bajo el brazo. Se sacudió el polvo de la ropa de trabajo y se quitó las botas para entrar en el dormitorio matrimonial. En aquella época, Leonida no era ya el jovenzuelo todo huesos y bigotes del

retrato que Capitán Sesto encontró en el desván de la casa paterna; en pocos años, la montaña blanca había hecho de él un hombre de extremidades maduras, por más que delgadas, con los hombros robustos y un paso felino y sincopado. Los bigotes, con todo, seguían siendo mayúsculos, como cuando se había arrojado al torrente, en un rostro ya con muchas arrugas. Un rostro tan rudo y tan viril que Argia, pareciéndole incongruente para aquel rostro un nombre de terminación femenina, había empezado a llamarlo Leonido, negándose a admitir su verdadero nombre,

–¿Y este de dónde sale? –dijeron los bigotes de Leonido, ensanchándose en una sonrisa.

El padre tomó en brazos a uno de los dos críos congestionados por el llanto y lo acercó a la luz para poder observarlo mejor. Y también Argia, por muy agotada que estuviera, lo escrutó atentamente con aire de asombro.

–No me habías dicho nunca que había pelirrojos en tu familia.

Leonido miraba el rojo insólito de aquellos cabellos, un rojo encendido e inusual; una pelusa llameante y reluciente en un cuero cabelludo igualmente rojizo. Y en un instante recorrió todo su árbol genealógico, hasta donde su memoria se lo consentía, en busca de un antepasado de pelo rojo que, sin embargo, no fue capaz de encontrar. Y entonces, como un relámpago, se le vino a la cabeza un recetario que se había llevado consigo en la noche de su fuga. Era un simple cuaderno de recetas, una hogareña farmacopea en cuya portada una caligrafía ondeante había escrito: *Ciento veinte recetas para ciento veinte achaques*.

Ciento veinte recetas, al ritmo de una al mes, hacen diez años. Durante diez años, en efecto, al ritmo de una al mes, una mujer había destilado ciento veinte julepes distintos para curar a su marido de las dolencias que lo atormentaban. La receta del julepe mensual lo transcribía aquella mujer con ondeante caligrafía en una hoja de cuaderno a cuadritos que unía a la botella del fármaco con la indicación de la dosis y la posología. Y a partir de aquel recetario, Leonido, cuando le preguntaron por el pelo rojo de su sextogénito, se había remontado a un hecho que nunca le había contado a nadie.

El primer lunes del mes, en plena noche, su madre lo despertaba y le ponía ropa nueva. Fuera pasaban los birlochos artríticos que se dirigían a los campos. Eran vagas lumbres, deshabitadas al principio, pero de inmediato con voz: «Recuerdos a tu padre de parte de Massimo... Soy Bigio, recuerdos a tu padre... Dale un abrazo a tu padre de parte de los hermanos Zillèri...»

Leonida se grababa los nombres, se los iba repitiendo durante el viaje en la diligencia: Massimo, Bigio, Zillèri. Era un calesín transformado en diligencia gracias al armazón que sostenía un hule precario y sacudido por el viento, veleresco. Massimo, Bigio, Zillèri. Y Leonida se quedaba dormido. Las ruedas le repetían en sueños: Massimo, Bigio, Zillèri. Era un paisaje de colinas y cipreses, con algunas casas diseminadas y manchas de bosques oscuros que subrayaban la noche, repleta de cornejas que, al paso del caballo, tosían con un vuelo breve: Zillèri, Zillèri. Les contestaba una lechuza tardía: Massimo, Massimo. Bigio era crujido agazapado, acaso de bicha o conejo, en la hierba. Leonida se despertaba cuando la diligencia tomaba la cuesta, en el cruce de Saline. Para entonces, el bosque ya se mostraba tupido, acolchado por hojas húmedas y rojizas, humeante al alba; y el camino se volvía escarpado y reluciente de escarcha, oponiéndose a los cascos del caballo, escapándosele por debajo, marchándose por su cuenta, convertido en cinta que saltaba los despeñaderos del monte y volaba derecha hacia los muros grises que almenaban el cielo incierto. Leonida tenía los ojos entrecerrados para poder ver lo que soñaba, abrazado a la botellita de julepe que era en cierta manera su padre, porque le sentaría bien a su padre, y si su padre resistía y pasaba el invierno, entonces estaría salvado, decía su madre, porque el abogado les había prometido que no pasaría un año más en el penal y en la apelación se demostraría que entre el bandolerismo y la caridad hay una buena diferencia. Sin embargo, cara a cara, el abogado le había dicho al reo: «La verdad es que el asunto del fusil me complica un poco las cosas, porque es difícil que la caridad pueda ser violenta.» «Pues diga usted que es justicia», le había contestado el reo.

Por justicia o por caridad, murió al cabo de diez años pasados en la fortaleza de Volterra; y una mañana (era marzo) que la mujer y el niño se presentaron como era habitual, el primer lunes del mes, no lo hallaron esperándolos en el locutorio. El patio resonaba como cristal bajo los zapatos, porque en marzo Volterra está helada donde no da el sol, y ese patio no veía el sol desde que había sido construido. Piedras enormes, grises, manchadas de humedad verde y corroídas por la herrumbre de las rejas: piedras y hierro; y cuando un cerrojo se deslizaba por la piedra parecía un gemido o una carcajada, una cuchilla que raspaba el patio y se elevaba hasta las ventanas del recinto, hasta el cielo cuadrado.

—Pues entonces quiero verlo —dijo la madre de Leonida.

–Haría falta una solicitud oficial –dijo el director.

–¿Qué solicitud ni qué ocho cuartos? –dijo la madre de Leonida–. Se ha pasado aquí diez años ¿y encima quieren una solicitud?

–¿Y el niño? –objetó el director.

–El niño siempre lo ha visto medio muerto, lo puede ver muerto del todo.

Así cruzaron el patio de piedra y un pasillo sin puertas; y además Leonida recordaba el camastro, las manos blancas cruzadas y cómo apretaba en el bolsillo la botella del inútil remedio.

–Estos son sus efectos personales –dijo el director, empujando en el escritorio un saco de tela–. Firme aquí, por favor.

Era un hombrecillo gris devorado por la humedad de aquella ciudad gris en la que se había pasado toda la vida, prisionero de su propia prisión. Y su madre firmó.

–Y también está esto –dijo el director.

Se trataba de un cuaderno con una cubierta de cartón ondulado sacado de las cajas de las velas, con los bordes consumidos y las esquinas arrugadas por el uso, rodeado con un lazo rojo que lo envolvía vistosamente: ciento veinte recetas, que al ritmo de una al mes había encuadrado juntas el hombre, a lo largo de diez años, las hojitas con las indicaciones de uso y de posología que siempre acompañaban los julepes de su esposa. La mujer se lo confió al muchacho.

Leonido acostó al recién nacido en la cama y se asomó a la ventana. Era un atardecer terso, a causa de la tormenta que había barrido el polvo, y la blancura de la montaña formaba una mancha clara en el crepúsculo. Los niños se estaban calmando, y Argia se había quedado frita. Leonida se acarició los bigotes y sonrió con satisfacción. Lo que pensaba se lo guardó para él, porque tenía miedo a que lo tomaran por loco; pero estaba convencido de que el rojo de un lazo que desde su infancia estaba escondido en las profundidades de su memoria había salido a flote, como una corriente marina que encuentra un embudo de ascensión para subir a la superficie, en la pelusa de su sextogénito: y que ese rojo era algo más que un simple rasgo somático: era una inclinación y una elección, una voluntad y una predestinación. Una vida.

Pero también Argia, antes de deslizarse en el sueño, se había detenido a

pensar en otro hecho que, como el lazo del recetario, habría de tener una conexión arcana pero no ilógica con el futuro carácter del primer Sesto. Y de ese inexplicable nexo tuvo Argia la sospecha y la intuición mientras yacía exhausta en su lecho de puérpera, por más que no fuera capaz de comprender su significado. Este es el hecho: las cataratas del grueso celaje se abrieron y llovió como si la lluvia quisiera romper los tejados. El mundo desapareció tras el telón de agua que caía sobre las ventanas; sobre la casa bajó una penumbra alumbrada por el quinqué de petróleo y Argia notó como el fórceps aferraba a aquel renuente a nacer: y entonces se sintió sacudida por un temblor de tercianas y se agarró al enrejado de la cama y arqueó la espalda y pidió ayuda: y llovía. Llovía como en una cascada. Argia vio a su sexto hijo, que por fin se había rendido al asedio del parto, y pensó: «¿Toda esta agua tendrá algún significado?» Formuló una pregunta a la que no pudo dar respuesta hasta dieciocho años más tarde, cuando el interrogante ya se había quedado enredado en los velos del olvido, en una tórrida tarde que duró una eternidad antes de resignarse a la noche, cuando el joven Sesto, obedeciendo a su naturaleza de hombre acuático, se despidió de ella para siempre.

LA LEY DE LA GRAVEDAD

La infancia del primer Sesto de la historia de Capitán Sesto transcurrió plácidamente miserable en una casa ocre y llena de grietas en un pueblo polvoriento, bajo la égida y la amenaza de una montaña blanca. Fue una infancia poblada por el parloteo de una mujer minúscula, por la obtusa cordura de su hermano y por la igualdad de dos hermanas, tan idénticas en todo que más tarde a Sesto le asaltó la sospecha de haber tenido una sola hermana, que su memoria demasiado libre había escindido en dos imágenes perfectamente iguales. Pero de esas dos hermanas, que por supuesto eran también gemelas, Maria y Anna, poco más jóvenes que Sesto, esta historia hablará más adelante, en la época en la que salieron del capullo de una insípida y doblesca infancia, perennemente arrebuajadas en dos delantales amarillos para hacer ondear los colores triunfales de una feroz e idéntica belleza. Por respeto a la cronología es necesario hablar antes de un Leonido y de su locura, y por lo tanto de las grullas. Porque la locura de Leonido tuvo su lento arranque, como las alas de esos zancudos que cansinamente se agitan en el aire, en el paso de una de estas aves sobre la montaña blanca; y no ya, como erróneamente se supone, a causa de una terrorífica caída por las laderas del monte que para ganarse la vida Leonido picaba a golpes de cincel. La mayoría, en aquel entonces, optó por esta explicación realista; y no cabe reprochárselo, si se consideran la cordura y la sabiduría (toda apariencia, sin embargo) de las que el bigotudo Leonido había dado siempre muestras hasta el momento de la caída. En efecto, desde que un calesín arrastrado por una mula melancólica lo desembarcara, a él y a su minúscula mujer embarazada, en aquel pueblo polvoriento coagulado a los pies de la montaña blanca, Leonido siempre había dado muestras de sabiduría, de prudente sentido común, de templado carácter. Pero las grullas existen. Y las grullas son aves migratorias que invernan en los países mediterráneos y en África septentrional; su camino, dibujado en uve, está ya escrito en el aire, y lo siguen desde hace siglos, repitiéndolo cada otoño. Y de ese mapa, por razones que solo las grullas conocen, quedaba excluida la montaña blanca y los pueblos limítrofes. Hasta que un día llegó hasta allí una. Incauta, acaso

perdida, se había desviado de la ruta marina, se había adentrado en el interior para toparse tal vez con el plomo de los cazadores, o tal vez con las insidias de la montaña. Leonido se la llevó a casa bajo el brazo, como cuando llevaba a sus hijos al camposanto, una tarde de un otoño ya bien entrado: lo vieron tomar la callejuela pedregosa que llevaba a su polvoriento patio y detenerse bajo el olivo para colocarse mejor el fardo. Tal vez empezara a volar en aquella precisa tarde de otoño, en el sendero de casa, con una grulla entre los brazos: lo empujaba una galanura pajaril, un impulso secreto, una naturaleza hasta entonces silenciada y oculta; hasta que con sus pasos de aéreo duende depositó Leonido a los pies de Sesto y de su hermano Quinto un níveo cojín de plumas surcado por un regato rojizo.

—¿Qué será eso? —se preguntaron los muchachos.

—¡Es una cigüeña!

—¡No, es una garza!

—¿Has visto lo grande que es?

—¡Cuidado que no te pique, no acerques las manos! (Quinto)

—¿Qué te apuestas a que no, a que no me pica? (Sesto)

—Me apuesto a que sí.

—Apostamos.

—¿Cuánto?

—Cinco.

Sesto apostaba a menudo con su hermano Quinto, y lo único que se jugaban eran botones, sus únicos juguetes, que perdía una y otra vez. Pero en aquella ocasión ganó. El pájaro no le picó, no hubiera podido. Pero no estaba muerto. Su ojo, vítreo, giraba cansinamente; y el pico se agitaba, mordía el vacío para recuperar el aire que salía de dos agujeritos cerca de los ojos, rojos de sangre, chisporroteantes de burbujitas. Tenía un ala recogida contra el pecho, entumecida, como para defender las heridas; la otra, abandonada, remo a la deriva, surcaba el suelo de la cocina resignada a la corriente de la muerte. Pero la muerte no acabó de llegar. El herido fue depositado sobre la mesa de la cocina y desinfectado con mercromina, que le empapó las alas con una túnica violeta; después se le alimentó con pan hervido en leche: una sopa tibia y salutífera que lo reconfortó y aquietó el pico sollozante. Una armadura de alambre, una segunda ala postiza y mecánica, le sirvió de muleta. Se la ataron al pecho mientras los miraba dócilmente con su ojo amarillento. No era una grulla, pero entonces no podían saberlo. Era una garcita nívea, de la

familia de las grullas, pero mucho más pequeña que estas, más menuda y agraciada. Tenía un penacho en la nuca, como un timón o un estandarte, dos largas patas veteadas de amarillo, el aspecto de una virginidad violada. La dejaron invernando en el corral, bajo techo, y no pareció ofendida por la presencia de las aves vanidosas y charlatanas que poblaban el gallinero: con un mandoble de su sable se ganó el respeto de un gallináceo curioso que había violado la privacidad de su plumaje, y después aceptó una convivencia basada en el respeto mutuo.

Las alas heridas no tardaron en sanar. En enero, la grulla podía mover los remos con cautela, mientras que el ojo redondo señalaba con deleitosos giros el placer de encontrar su cura. En febrero pudo salir de su alojamiento y se convirtió en huésped de la casa: mejor dicho, huésped de Leonido, por quien el volátil mostraba una devoción que iba más allá de ese sentimiento de reconocimiento con el que la naturaleza ennoblece en ocasiones a sus criaturas. Cuando Leonida-Leonido volvía del trabajo, cansado y emblanquecido, hallaba en la puerta a dos hijos y a dos hijas que lo esperaban absortos en sus juegos con los botones; y en lo alto del sendero de casa, bajo el olivo, un cándido pájaro meditabundo de alas convalecientes lo esperaba para acompañarlo con pasos inseguros y flexionados hasta el umbral. Sesto nunca quiso hacer caso de la secreta complicidad que se instauró entre su bigotudo padre y el pájaro herido; lo cierto es que algo ocurrió. Algo ocurrió en aquel lejano invierno bajo la montaña blanca, cuando un hombre que responde al doble nombre de LeonidaLeonido empezó a retirarse a escondidas con el pájaro, a seguir con la mirada sus pasos y sus breves vuelos, a trazar en hojas, con esbozos improvisados, una apertura de ala, una pluma, una vejiga natatoria, un esqueleto. Los dos amigos encontraron un lenguaje común que no es el habla de los hombres ni la lengua ornitológica, sino un sistema de signos de comunicación, más allá del raciocinio humano, que por comodidad y convención la gente común define como locura. En aquel puerto franco de las aduanas de Euclides y del abecedario, el bigotudo Leonido y la grulla entretejieron su avenencia no humana, la solidaridad de los diferentes, la inefable lógica de los locos. Y se entendieron. Rieron juntos, con la complicidad de antiguos compañeros que se reconocen a pesar de las mudanzas de la vida; y juntos emprendieron el mismo vuelo. O mejor dicho: primero voló la grulla, ya curada, hacia el norte, hacia una ruta a la que la obligaban milenios de costumbre. Se marchó una espléndida mañana de un

marzo cristalino, que encajaba bien con ese proverbio que dice «marzo marcerero, por la mañana rostro de perro», y que prosigue «por la tarde valiente mancebo», porque al sol ya era primavera, pero a la sombra el invierno no había dejado aún los charcos; el hielo, testarudo, resistía, y una brisa de tramontana a ras de suelo agujoneaba las espinillas de los cuatro chicos que, atónitos, contrariados, desesperados acaso, asistían bajo el olivo al despegue del huésped que les había alegrado durante el invierno. El hombre sujetaba la grulla entre los brazos como aquel día en que se la llevó herida a casa: con gesto de protección, con ternura, con la solidaridad de quien afirma: «Vete tranquila, no tardaré en ir yo también.» Los chicos, no; sabían que el ave los abandonaba para siempre, que jamás podrían reunirse con ella. Leonido lanzó la grulla al aire, con dulzura, y ella abrió sus alas blancas. Por un momento, a causa de la lentitud del aleteo, pareció como si fuera a caer al suelo; después, los remos lentos y pausados dibujaron un rumbo sosegado e irrenunciable, se elevó por encima del olivo, por encima de la cabeza de los chicos que la miraban, por encima de la casa ocre, por encima del pueblo repleto de piedras, por encima de la montaña blanca, hasta convertirse en un puntito blanco en el viento de marzo, buscando lentamente el septentrión. Nadie dijo nada. Regresaron en silencio hacia su madriguera ocre y llena de grietas, hasta que el padre, hablando consigo mismo, susurró:

–Las grullas vuelan por delgadez y terquedad.

Y fue así como Sesto, que lo comprendía, comprendió también lo que estaba pensando, comprendió el sentido oculto de su convicción, comprendió lo que Leonido pensaba de los pájaros: que habían nacido por pertinacia y como desafío a la naturaleza, como revancha contra las leyes de la física que los habían querido desmañados y de pasos zopencos; en definitiva, que se habían rebelado y que habían ganado. El pequeño Sesto, con la limitada inteligencia de sus escasos años, comprendió todo eso en las avaras palabras de su padre y comprendió también que Leonido estaba adentrándose por la privilegiada senda de la locura, de la que no se puede regresar, no tanto porque no se pueda, sino porque no se quiere. En esas pocas palabras, el pequeño Sesto captó la irrevocable voluntad de su padre de volverse loco. Aquella mañana de marzo, por lo tanto, solo se marchó la grulla y Leonido se quedó en tierra bajo el olivo, en la casa ocre y llena de grietas. Pero era como si ya se hubiera marchado, como si sus brazos gráciles de eterno adolescente chapotearan sosegadamente en un espacio hecho a su medida, como si los

bigotes se hubieran transformado en un plumaje resplandeciente. No se marchó, pero se había marchado, se marcharía: el resto está de más, el resto son chácharas.

Para contar el resto, Capitán Sesto acabó viéndose obligado a dar un salto hacia delante de cuatro o cinco años, cuando las dos gemelas estaban preparando tácitamente la puesta en escena de su insospechada hermosura, y Quinto y Sesto habían crecido delgados y alargados, ariscos como el paisaje. Iban ya a la cantera como aprendices de picapedreros, manejando un mazo reducido, y volvían a casa blancos y hambrientos. Quinto, gracias a su carácter, pertinaz y macizo, ya había adquirido a su manera familiaridad con la montaña; pero Sesto estaba a merced de un sueño apremiante, de una sencillez indescifrable. Soñaba con escribir una nota que no sabía leer y con marcharse después. Alboreaba sobre la montaña blanca: Sesto abría la puerta de casa, cargaba con un hatillo, dejaba una nota sobre la mesa y cerraba la puerta tras de sí. En la nota explicaba por qué se iba, pero no conseguía leerla. En aquella época, grávido del sueño repetido, al joven Sesto lo invadió una infame melancolía que su madre cometió el error de confundir con la modorra de la adolescencia y que intentó curar maternalmente con un remedio herbáceo del cuaderno de casa. Sesto se sometió, aunque de mala gana, a las amargas pociones que le revolvían el estómago: pero la melancolía impelente, resistente a las náuseas y a los vómitos que le provocaban las decocciones, lo empujaba en las noches veraniegas a la terracita de casa, donde se entretenía mirando las estrellas, contándolas, midiendo la distancia entre una y otra, con un ojo cerrado y apuntándolas con el dedo. Argia experimentó la preocupación de la soledad: con Leonido no se comunicaba, porque la ley de la gravedad lo tenía completamente absorbido, y Quinto, por muy juicioso y resuelto que fuera, era demasiado joven para asumir responsabilidades paternas. La minúscula Argia seguía con ojo fingidamente desatento a su melancólico sextogénito y pensaba: «Démosle algo de tiempo, será el año, la luna; será que está creciendo.»

En cambio, llegó el año de la sequía.

Pero antes de que llegue ese tórrido verano en el que la melancolía de Sexto se derritió como nieve al sol, es necesario hablar de la caída de Leonido, que amigos y parientes, a excepción de Sesto, consideraron con crédula simplicidad la causa de su locura. Fue una auténtica zambullida: un vuelo de ángel de diez metros, desde la cornisa que recorría la pared superior

de la montaña hasta las crestas inferiores ya trabajadas por las minas. Pero no se detuvo allí: siguió cayendo una treintena de metros, rodando y rebotando, hasta el llano; un antepecho de veinte metros de anchura que servía de base para los cabrestantes. Y allí se detuvo, en el borde, con la cabeza metida entre las piernas, un brazo que le colgaba por el pecho y el otro que le asomaba por la espalda.

–Mientras caías parecías un monigote –le contó el capataz de la cantera, que fue a verlo al hospital–, uno de esos monigotes que se hacen para la piñata y que se tiran por el aire, llenos de serrín.

No murió, en efecto, aquel involuntario imitador de monigotes: se partió todas las costillas, las caderas, los fémures, las tibias, los tarsos y metatarsos, además de provocarse un número incalculable de heridas lacero-contusas. Pero no murió. Permaneció ciento diez días clavado en la cama, vendado como una momia, encerrado en una caja de yeso, obligado a mirar un punto fijo del techo, porque ni el cuello siquiera podía mover. Ni tampoco las mandíbulas, rotas también. De modo que lo alimentaban con una gomita, vertiéndole líquidos en la garganta, como a un ganso. Y se curó. Acontecimiento milagroso, pero se curó; o eso creyeron todos cuando volvió a casa con sus propias piernas y abrazó a los chicos levantándolos del suelo para medir sus propias fuerzas, y después se sentó en la cabecera de la mesa y les dio las gracias por la acogida. Durante ciento diez días no habían podido verlo, porque el hospital, un lazareto de monjes que se hallaba en un pueblo casi al lado de la ciudad, estaba a muchos kilómetros a caballo de distancia, hacia las llanuras del interior, donde la gente volvía a ser campesina. El pequeño Sesto, que tuvo siempre una memoria gástrica particularmente desarrollada, recordaría durante el resto de sus días una sopera de dimensiones míticas, repleta de panecillos de cebolla y una torta de arroz espolvoreada de azúcar que las minúsculas manos de Argia, ya tendentes a lo ratonil, habían preparado con amoroso temblor.

–Verás como no come –sugirió Sesto.

–¿Nos apostamos algo a que sí? –replicó Quinto, que juzgaba a los demás con la medida de su apetito.

–Apuesto a que no.

–¿Cuánto apostamos?

–Diez botones.

Perdió Sesto. Leonido no habló durante toda la comida: masticaba en

silencio sonriendo con los bigotes, los miraba a todos con la gratitud del condenado a muerte arrancado a la soga en el último instante, como si fueran sus salvadores y su público. Pero al final de la comida, en el momento del brindis con el vino dulce que su amigo Mentore había traído como obsequio, Leonido carraspeó y se puso de pie. Habló dirigiéndose al capataz, gran amigo suyo y acérrimo rival, y lo hizo con tono de desafío, de mofa acaso, a las ideas de Carlo Filippo Degli Angeli. De este hemos de decir que era capataz de cantera desde hacía veinte años, que era más realista que el rey y que lo afligía un varicocele monstruoso que le llenaba los calzones y lo obligaba a llevarlos amplios y bajos, aunque inútilmente. Por mucho que su bondad rayara en la ingenuidad y su rectitud le hubiera granjeado la amistad fraternal de Leonido, el caso era que sus ideas políticas eran motivo de furibundas discusiones con Leonido, quien alimentaba la profunda convicción de que los gendarmes eran todos iguales, prestasen servicio con grandes duques o con reyes. Y las ideas políticas, o mejor dicho, el favor o la aversión a la monarquía, tenían una extraordinaria importancia entre los habitantes de aquel pedregoso pueblo.

Si Leonido, por lo tanto, durante su conciso discurso del brindis, se dirigió directamente al capataz realista y orquíptico, no fue para propinar una mezquina injuria a un adversario político; fue más bien un impropio contra las «circunstancias históricas», porque ha de saberse que cuando cayó rebotando, a imitación a su pesar de los monigotes de serrín, la cantera de la montaña blanca se veía sacudida por una frenética actividad provocada por el hecho de que el propietario del reino de las Dos Cerdeñas se disponía a convertirse en rey de Italia (o tal vez hubiera sido coronado ya) y quería celebrar tradicionalmente lo que consideraba un acontecimiento histórico.

–Nuestro peor destino es la ley de la gravedad. Por ahora –exclamó por lo tanto Leonido desde la cabecera de la mesa.

La declaración provocó cierta incomodidad entre los comensales, no solo porque fue interpretada, en parte injustamente, como un desafío de carácter político a Carlo Filippo Degli Angeli, sino también porque nadie sabía con exactitud en qué consistía esa ley a causa de la cual Leonido se mostraba tan afligido. Carlo Filippo Degli Angeli, con la tristura que le caracterizaba y la actitud conciliadora que la circunstancia festiva requería, colocándose desmañadamente el varicocele entre las piernas, dio a entender que la Casa de Saboya haría justicia también en relación con esa ley, si es que de una ley

injusta se trataba. Pero Leonida no parecía estar para polémicas y puso fin al incidente diplomático levantando su vaso de vino dulce y brindando por la salud de todos los presentes, incluido Degli Angeli, a quien dio unas palmaditas de disculpa en el hombro, palmaditas que, si se pensaba mejor, podían querer significar más bien: «Ya te enseñaré yo quién resuelve lo de la ley de la gravedad, déjate de los de la Casa Saboya.»

La compañía se deshizo alegremente: Quinto limpió el mantel de migas mejor que un ejército de hormigas. Maria y Anna se levantaron al mismo tiempo, dijeron adiós al mismo tiempo y se retiraron a la cocina al mismo tiempo; Degli Angeli y Mentore se marcharon cogidos del brazo, con esa camaradería que tanto favorece el vino, el segundo silbando una pequeña marcha compuesta por él mismo, el primero marcando el ritmo con la andadura de sus piernas separadas, a la que lo obligaba su desproporcionada orquitis. La cuestión murió aparentemente ahí, pero Argia se apuntó en la memoria la frase de su marido: y dado que, durante los bruscos cambios tiroideos que las perturbaciones menstruales le provocaban, sentía la necesidad de un asunto con el que entretener sus insomnios, empezó a intentar descifrar el misterio de las palabras de su marido, al igual que años antes había intentado sin éxito resolver el misterio de un hijo de pelo rojo. Al cabo de un centenar de conjeturas, que en su imaginación oscilaban del mal de ojo a la solitaria, se decidió a escribir al *Amigo de la familia*, cuatro hojas volantes de novelas por entregas, economía doméstica, lunarios y varia humanidad que llegaban trimestralmente con el correo, con el fin de que le fuera explicado, con palabras sencillas y concisas, en qué consistía la susodicha ley. El *Amigo de la familia* contestó con puntualidad y benevolencia tres meses más tarde. Después de la primera entrega de la nueva novela titulada *Resia, la esclava africana*, los ojos ansiosos de Argia hallaron, al lado de la ilustración de una mora velada y pingüe que era arrastrada en cadenas a un velero, un suelto que rezaba: «La ley de la gravedad es aquella ley por la que los cuerpos pesados se ven atraídos por la tierra; la descubrieron Galileo Galilei tirando bolitas desde la torre de Pisa e Isaac Newton gracias a una manzana.»

Resulta comprensible que la invadieran el desasosiego, el terror, el pánico a que la ley de la gravedad fuera un morbo oscuro y vergonzoso; hay que ser indulgente con que la circunstancia de que Galileo la hubiera descubierto en la ciudad de Pisa le hiciera concebir la sospecha de que también su Leonido,

que era nativo de aquella zona, pudiera tener con tal morbo cierta complicidad, una suerte de torvo comercio, una turbia y secreta familiaridad. Por último, resulta comprensible que, durante sus insomnios, ella buscara un remedio en el único vademécum del que estaba compuesta la biblioteca familiar: las *Ciento veinte recetas para ciento veinte achaques*. Resulta superfluo aclarar que ningún julepe ni ninguna tisana preveían la cura de la ley de la gravedad: Argia leyó el cuaderno de arriba abajo con toda la atención de su índice derecho, pero las únicas palabras que podían tener cierta forma de semejanza con la enfermedad misteriosa eran *ceguera* y *obesidad*, y no se adaptaban a su caso.

Se marchó un invierno de angustias y de oscilaciones tiroideas: Leonido había vuelto a picar con el cincel las laderas de la montaña sin volver a hacer mención a la oscura ley; la casa ocre marcaba el fluir del tiempo con sus meridianas de grietas y Maria y Anna tramaban la sublevación de su hermosura en la cárcel amarilla de sus delantales. Argia casi había conseguido encerrar en las redes de la memoria aquella frase amenazadora que había estado martilleándole las sienas durante sus vagabundeos nocturnos, hasta que, en una mañana de domingo, al alba, al despertarse por un sobresalto de la tiroides, halló la cama vacía a su lado. En zapatillas, envuelta en un chal de lana marrón, siguió la estela de cuerpo cálido y de tabaco que llevaba sin equívocos desde la cama a la escalera de caracol del desván. Con el presagio de que aquella mañana desvelaría el misterio de los abalorios desaparecidos de la lámpara del doctor Poldi, Argia se encaramó por la escalera empujando sus minúsculas manos escalón tras escalón y se asomó como un ratón madrugador al desván. Su olfato no la había engañado como tampoco el presagio: Leonido estaba allí. Acucillado delante del ventanuco redondo que servía de palomar, después de haber limpiado el alféizar de los excrementos que llevaban años incrustados, estaba absorto en dar afectuosos golpecillos a los abalorios de la lámpara nupcial, alineados como en el juego de las canicas, asomándose a cada golpe para verlos caer. La piedad conyugal pudo más que el dolor, la minúscula cabecita ratonil desapareció por el hueco de la trampilla sin que Leonido se percatara de haber sido descubierto, el chal de lana resbaló hasta la almohada de los insomnios y allí lloró Argia en secreto, mojando la funda, con la certeza de que la enfermedad de la gravedad galopaba por las venas de su desgraciado consorte.

Esta es la crónica de la locura de Leonido, o por lo menos de sus inicios; mejor dicho, de sus supuestos inicios, porque Capitán Sesto estuvo siempre convencido de que Leonido había encontrado su irrenunciable vocación por la locura bastante antes de su caída de la montaña, una mañana de marzo en la que había despedido la marcha de un pájaro de alas cándidas. Esta locura tuvo, como es natural, una continuación y un epílogo, pero el primer Sesto, que habría podido contársela a alguien que más tarde se lo contara a Capitán Sesto, no pudo asistir a ello porque cuando sucedieron los hechos lo custodiaban ya los gélidos muros del seminario, o tal vez porque, ya hombre de agua, vagaba en la inmensidad de los mares. Es más probable la primera hipótesis; porque aquel lema latino que Capitán Sesto encontró después en la tumba de Leonido no podía ser más que del primer Sesto, y eso quiere decir que no se había marchado aún a aquel acuático viaje suyo del que no habría de regresar jamás. No podía ser más que del primer Sesto aquella ambigua frase latina porque denotaba una convicción que él había tenido desde que su padre empezara a estudiar el vuelo de las grullas; de modo que cuando Capitán Sesto se puso a imaginar qué podía haber imaginado el primer Sesto delante de la tumba desnuda de su padre, se le ocurrió pensar en la escena carnavalesca de un lejano carnaval que tuvo lugar en los despeñaderos de una montaña blanca con vistas a la plaza de un pueblo lleno de polvo.

Es la escena de una tragedia risueña, leve y velada como las cosas de los sueños. Un viejo flaco con dos majestuosos bigotes blancos aparece sobre el precipicio del monte. Dos enormes alas de hule y alambre le ondean en los hombros, de modo que, cuando saluda al público, una majestuosa apertura alada se recorta contra el cielo. Cuando el hombre-pájaro avanza hacia el precipicio, una banda de escasos miembros, desplegada en la plaza con uniforme de gala, obedece a un gesto del maestro Mentore para arrancarse con una composición titulada *La libélula*. Como señal de buen auspicio. El hombre-pájaro está ahora al borde del precipicio. Sus ojos vagabundean por la multitud agolpada en la plaza y después, pasada la plaza, por el pueblo, por la torre del campanario, por el horizonte, por el cielo abierto. Las alas, que se despliegan con un movimiento que dibuja un ángulo de ciento ochenta grados, abrazan el panorama. Después, un instante de inmovilidad; la banda se detiene con un golpe de platillos y el hombre-pájaro se lanza. Cae dulcemente, transportado por el viento, como una cometa a la que se le hubiera quebrado el hilo: ondea a la deriva durante unos cuantos metros, evita

las asechanzas de las copas de las laderas del monte, se sustrae a la trampa de los hilos de los cabestrantes y se dirige ondeando como una hoja hacia la grava del terreno. No hay ruido en su aterrizaje, solo una nube de polvo. Y sobre las piedras se queda, al otro lado de la plaza, como un pájaro abatido, mientras la minúscula Argia, el músico Mentore y el varicocélico Carlo Filippo Degli Angeli corren a recoger los míseros restos mortales del difunto Leonido e intentan inútilmente recomponer aquel cadáver de articulaciones quebradas, aquel monigote de serrín.

Pero esa era la manera absurda con la que el primer Sesto habría podido imaginarse el epílogo de la locura de su padre. Para disponer de una crónica equilibrada y creíble habría sido necesaria la presencia de su hermano Quinto, que tenía un pronunciado sentido realista. Pero este vino a faltar demasiado pronto para poder contarle a nadie la verdadera conclusión de la vida de Leonida-Leonido. Acaso de haber vivido más y de haber tenido ánimos para contar cómo sucedieron realmente las cosas habría descrito de manera creíble la melancólica vejez de un loco que, socavado por la parálisis progresiva consecuencia de su caída (de la de verdad), se extinguió sentado en una silla bajo una horrible lámpara de cristal. Alelado y tartamudo, carente ya incluso de su labia, el bigotudo Leonido, sin poder mirar más que el techo, se pasaría los últimos años de su vida imitando con los brazos, como un viejo cuervo implume, las alas de un pájaro. Sesto no. Sesto no pudo decir jamás nada de eso. Sesto no estaba allí, y fue libre de imaginar a su gusto. Por eso cuando entró en un pequeño cementerio poseído por el sol y por el polvo, fue a escribir en una lápida, bajo el nombre de Leonida-Leonido, un dicho latino que de una forma u otra compendiaba a la perfección la vida de su bigotudo padre:

GRAVITAS ME RAPUIT

EL AGUA

No resultó cómodo, para Capitán Sesto, hablar de la adolescencia del primer Sesto de su historia. Se atascó en un nudo de conmoción y de nostalgia casi como si estuviera hablando de un queridísimo amigo o de un allegado junto con quien hubiera vivido sus mejores años. Lo unía una natural simpatía a ese desconocido homónimo suyo; y tal vez porque sentía con él demasiadas afinidades de carácter y de vida, no fue capaz jamás de hablar de él con el distanciamiento que hubiera deseado. También ese Sesto, en efecto, había ido a buscarse a sí mismo a lugares desconocidos; a dónde, fue imposible establecerlo, porque no regresó nunca para contarlo; probablemente a lejanos mares en los que acabaría víctima de algún naufragio. Y la vocación por el vagabundeo, el consumirse por lo desconocido, por las sendas de lo posible, aquel melancólico primer Sesto había empezado a sentirlo desde la adolescencia, cuando decidió tomar el amargo hábito del seminarista en el seminario de cierta ciudad.

Sesto expresó tal propósito una mañana mientras bajaba por las escaleras, porque las resoluciones importantes de su vida las comunicó ambas por la mañana, acostumbrado como estaba a tomar decisiones nocturnas. Y lo dijo con una resolución inexpugnable a toda objeción, casi como exigía su naturaleza tozuda de hombre de pelo rojo: con la testarudez de la que había dado prueba años antes cuando para convencerlo de que saliera del útero de su madre había sido necesario un laborioso fórceps. Eran tiempos aquellos de graves estrecheces para la familia del bigotudo Leonido, y aquel propósito suscitó la desesperación y la rabia de un padre que por educación y convicción no veía con buenos ojos los hábitos talaes. La reacción de la minúscula Argia fue en cambio mucho más sabia y prudente. Sin decirle nada a su marido, fue al día siguiente a ver al cura del pueblo, un tal Giocamino Settimelli, de sesenta y dos años de edad, penitente y gotoso. El padre Giacomino, apodado padre Fideo a causa de su delgadez, era un hombre irascible e hipocondríaco, abrumado por la idea de un pecado cometido en una hipotética juventud, que aún estaba expiando con prolongados ayunos y

noches en vela que le habían demacrado las mejillas y le habían desorbitado los ojos.

–Cuando llegue la Asunción hablaré con el obispo –dijo el padre Giacomino, bostezando de sueño, ya que había pasado una expiativa noche en blanco.

Argia se esforzó resueltamente por salir a flote en aquel pozo de incompreensión.

–La Asunción es dentro de seis meses –replicó–; Sesto no es de los que esperan seis meses.

El padre Giacomino abrió sus enjutos brazos, sobre los que revoloteaban las mangas de la túnica como diciendo: «El calendario no lo he inventado yo, qué quiere que le haga.»

–Escuche, padre Giacomino –lo apremió Argia–, si Sesto está bautizado es porque se lo administró el médico cuando nació más muerto que vivo. ¿Cree que si no fuera una cosa urgente hubiera venido a verle?

El padre Fideo la miró e intentó romper el acolchado blancor de postración al que lo arrojaban las prolongadas viglias. Argia no se había sentado: permanecía de pie con las manos en los costados, el chal de lana en los hombros, la expresión de un ratón muerto al que para quitar de en medio hay que tirarlo a la basura.

–Tal vez venga el obispo también para el mes mariano –susurró intimidado el padre Fideo.

Argia meneó la cabeza y apretó los labios, inquebrantable. El cura se levantó y se acercó con gran esfuerzo al escritorio repleto de hojas en las que se había pasado la noche escribiendo los nombres de los santos en orden alfabético para engañar al sueño. Tomó papel y pluma y dirigió la carta a Su Ilustrísima.

Sesto se marchó el domingo siguiente en el coche de línea, único pasajero en aquella mañana de brisa fría que flexionaba las copas de los cipreses y se ensañaba cortante en los umbrales, y si se veía por ahí algún tabardo no tenía rostro y pasaba a toda prisa pegado a las paredes. Argia, desafiando el desprecio de Quinto y de Leonida-Leonido, que se habían encerrado en casa por el frío y como represalia, lo acompañó hasta la puerta del vehículo y se quedó expuesta al viento despidiéndose, agitando su manita ratonil. Así se marchó el joven sextogénito hacia un seminario gélido; y al alejarse arrebuñado en su tabardillo, mientras su madre se hacía cada vez más pequeña

en la ventanilla de la diligencia, Sesto tuvo el presentimiento de que no volvería a verla, de que no volvería a ver a su bigotudo padre, ni los hombros macizos de Quinto, ni los delantales de sus idénticas hermanas, ni el pueblo repleto de piedras que desaparecía detrás de la curva de la carretera. Pero se equivocaba.

El seminario era un edificio barroco, a medias entre una villa solariega y una granja. Se alzaba en una colina, rodeado de encinas, abrazándola con las alas de la construcción en forma de cuadrilátero abierto. En cada una de las alas, dos torrecillas con galería, en otros tiempos garitas y observatorios, habían sido destinadas por los curas a palomar. Al joven Sesto, con los bolsillos llenos de agujeros y de melancolía, el lugar le resultó de agrado. Le gustaron el silencio de las gélidas salas abovedadas donde el ruido de los pasos subrayaba la soledad, las ventanas alargadas y desnudas que daban a los campos desde los que se elevaban los humos del crepúsculo. Eran las postrimerías del otoño y los campesinos quemaban hierbajos y hojas para alimentar la tierra. Fue recibido por la mirada cetrina de un director casi transparente, con la voz reseca por los años, que parecía vivir por costumbre, como si ya hubiera presentado su dimisión de este mundo.

—¿Tienes vocación? —le preguntó un hábito que olía a naftalina.

La habitación parecía más un tabernáculo que la vivienda de un mortal; el director estaba aplastado por un escritorio oscuro coronado por un Cristo que daba la impresión de bajar de la cruz con cada oscilación de la vela.

—Dios lo dirá —contestó Sesto, y miró la ventana asediada por la noche.

Por la puerta entrecerrada de la capilla se desbordaba la letanía somnolienta de los seminaristas. Mientras se alejaba por el pasillo, Sesto contó en las baldosas los días que faltaban para Navidad.

Sin embargo, no volvería a casa por Navidad, ni tampoco por Semana Santa, ni tampoco ese verano. Hubieron de pasar dos inviernos de sabañones en los dedos de los pies y dos primaveras repletas de humores y melancolías, antes de que las galletas de Argia, al cabo de muchos meses, lo reclamaran a casa para una fiesta familiar. Pero esas estaciones y ese tiempo, que en esta historia pasan con ilícito apresuramiento, pasaban en cambio lentos, allí y en aquel tiempo. Pasaban lentos llevándose consigo la costumbre que todo lo vuelve soportable y crea otros sistemas de vida, legítimos a su manera y auténticos y vivibles. Argia, definitivamente a merced de huracanes tiroideos, aguardaba despierta el final de cada noche; y Leonido, ya prisionero de una

lápida sin palabras, había dejado un gran vacío y un gran silencio en aquella casa. Inmóviles en el desván dormían los monigotes aerostáticos, arabescados por el estiércol de las palomas, y los dibujos leonardescos habían de proporcionar alimento suficiente durante generaciones a las colonias de ratones y de cucarachas. De Sesto llegaban raras cartas, prolijas y laicas, en las que las chácharas sobre la vida comunitaria, sobre los estudios y sobre los huertos del seminario no conseguían celar la melancolía que no dejaba de succionarlo entre los gélidos muros del edificio barroco. No decía que rezara, y escasos parecían sus contactos con lo divino, al que acaso se acercaba a través de la astronomía que decía estudiar: y una y otra vez se demoraba en la descripción de constelaciones y de planetas de nombres improbables y olvidables, latinos como sus no declaradas oraciones. Quinto se había hecho un hombre silencioso y robusto, con dos mandíbulas fuertes sombreadas por una barba azulada que le envejecía el rostro. De la montaña había extraído sobrias actitudes, gestos fruncidos, rústica inmutabilidad. Hablaba poco por falta de costumbre con la palabra, en su convite con la piedra; y sobre la piedra sus manos se habían ido modelando con la edad viril: manos secas y ariscas, con dedos cuadrados y nudillos pedregosos. Ahora que él era el único sostén de la familia se iba a la cantera al alba y volvía con el véspero; hasta el punto de que, sin darse cuenta, se había vuelto propiedad de la montaña más que víctima suya, y la tarde en la que con palabras hurañas anunció que el domingo sucesivo llevaría a casa a Addolorata, Argia sintió compasión por su futura nuera, porque había perdido a su marido antes incluso de casarse con él. Pero horneó en cualquier caso una bandeja de galletas y le escribió a Sesto una carta rápida.

Addolorata era la traducción física del nombre que por infelicidad o extravagancia le había impuesto su madre. Era una muchachita morena, poco más que una niña, cuya robustez traicionaba sus secretos deseos de ser delgada y pequeña para vivir inobservada tras dos ojos de luto, con una voz que, de haber sido hombre, hubiera sido de asceta, pero que en aquel rostro de femínea aflicción parecía ronquera, o sollozo reprimido, o silvestre hosquedad. Era dolor. De qué, Argia nunca consiguió saberlo; el caso es que jamás la vio alegre; ni siquiera aquel domingo en el que vino, futura nuera ya, a probar sus galletas.

«Próximo domingo en casa merienda de noviazgo. La familia ha de reunirse», escribió; poco más que un telegrama.

Y Sesto volvió para probar las galletas, total, ya estaba entrando julio y con él las vacaciones. Volvió con el hábito casi maduro para las órdenes, un hábito blanco por el polvo que aquel año de sequía había esparcido por el mundo. Había empezado por no llover durante todo el mes de marzo, pero ello no había suscitado excesiva preocupación, ocurría a veces, marzo era un mes del que uno no podía fiarse demasiado. La montaña esparcía talco que un viento seco y complaciente se ocupaba en extender por todos los alrededores. Pero en abril las cosas empezaron a ponerse feas, especialmente para quien no trabajaba el monte y vivía de la tierra. Los campos de las llanuras amarilleaban. En mayo el cielo se enfurruñó, se alborotó, se ensombreció. Se temieron aguaceros; casi peores que la sequía para quien trabaja los campos. En cambio, el cielo se deshinchó, el telón de nubarrones se desvaneció detrás del monte y solo quedaron nubecillas irónicas que vagaban por un cielo de acuarela. En junio hizo un calor bestial; por la noche no se podía pegar ojo, las cigarras habían desenterrado el hacha de guerra, el trigo raquíutico se veía asediado por nubes de luciérnagas; se secó el torrente y a continuación los manantiales. La gente se abastecía en los pozos artesianos, los pocos que había, porque antes el agua nunca había faltado y nunca se había sentido la necesidad de excavar pozos. Julio llegó con neblinas matutinas repletas de promesas, pero al cabo de unos días se hizo evidente que eran nieblas de bochorno: el sol rabioso excavaba de la tierra los últimos humores que el fresco nocturno mantenía suspendidos en el aire hasta la mañana y que se desvanecían de nuevo al salir el sol, cediendo el paso a la aridez. A finales de julio se secaron también las faldas acuíferas y los cubos colgados de las cuerdas resonaban sin esperanza en las piedras del fondo de los pozos.

En julio llegó Sesto, casi sacerdote, a probar las galletas de Argia, *cantuccini* de anís secos y algo salados: saludó a su silencioso hermano y conoció a su adolorada cuñada. Fue un mes de bochornos volcánicos. Quinto había dejado de ir a la cantera, como todo el pueblo; se dormía de día y se vivía de noche, para sobrevivir. Argia pidió oraciones a su hijo, intercesiones ante la Virgen, conjuros secretos, exorcismos. Sesto se negó con firmeza hablando de conjunciones astrales y de tempestades solares que dieron la impresión de ser doctrinas profanas, si no blasfemias; herejías acaso.

Con la entrada de agosto se levantó un viento tórrido de poniente, lento y pertinaz, que al soplar en la montaña se cargaba de polvillo de mármol, un enharinado ligero como el talco que al cabo de una semana veló el pueblo de

nieve artificial. Todo se volvió blanco: los tejados de las casas y las calles, los árboles, el pelo de la gente. Parecía una grotesca aldea de escayola a cuyo artesano se le hubiera olvidado aplicar el color. Empezaron a verificarse signos de histeria, de un nerviosismo que llevaba meses incubándose. Un día, el padre Fideo recibió a una legación con la que las pías mujeres del pueblo le conminaban a organizar una procesión votiva. La embajadora, una mujer toda aristas con un bocio nervioso y dos bigotillos protervos, le dio a entender con aspereza que él, como siervo de Dios, debía interceder sin titubeos ante su principal, y que se le reputaría responsable, y acaso chivo expiatorio, de un empecinamiento divino en la sequía.

La ceremonia se desarrolló ordenadamente, pero el aire estaba cargado de electricidad y los rostros tensos bajo las máscaras de polvo. A la salida de la iglesia, cuando el trono con la Piedad de escayola celeste bajaba por los escalones, se divisó un nubarrón prometedor que precedía del norte. Era un celaje obeso y lechoso, más cirro que nimbo, y en otros tiempos no hubiera sido promesa ni de buen ni de mal tiempo, por su neutralidad; pero después de centenares de días de cielo terso bastó para prometer aguaceros, borrascas, tormentas. Sobre todo cuando, en la primera vuelta por el pueblo, mientras la Virgen oscilaba sobre las clavículas de los hombres delante de una capilla, la nube se había agrisado alargándose en forma de tortilla, alegremente amenazadora. Pocos minutos después culebrearon las primeras señales de entusiasmo, porque alguien vociferó que había notado algunas salpicaduras. Pero cuando la procesión regresó a la iglesia, la nube parió dos nubecillas blanquísimas y, aligerada, se marchó de recreo por un cielo de esmalte. Por la tarde un viento tórrido, grueso como un colchón, se encarnizaba en los muros de la casa rectoral. Corría para entonces mediados de septiembre, pero la temperatura seguía siendo excepcional, con puntas máximas de pleno julio. Los campos, que a esas alturas hacía tiempo que estaban marchitos, ya se habían secado del todo y el viento cálido transportaba hojas y hierbas desmigajadas: una polvareda ocre como arcilla.

Octubre trajo la desesperación, la certeza del desastre inminente. Se intentó todo de todo: una ceremonia casi pagana de fuegos propiciatorios en la anteiglesia, con el concurso de todos los habitantes de aquel pueblo de descreídos y el beneplácito del padre Fideo, desesperado él también y devastado por la sospecha de que la sequía pudiera ser una venganza divina por el hipotético pecado cometido en su juventud. La noche previa al día

fatídico, el cura no consiguió pegar ojo, y no fue por sacrificio o penitencia. Fue un paseo continuo de la cama a la ventana, desde donde se veían las pilas de leña en la anteiglesia, amenazadoras y enormes. Escribió unas cuantas veces todos los santos del calendario en orden alfabético, rezó a la Virgen recordándole insistentemente este «valle de lágrimas», porque de humores, de la clase que fuera, se sentía urgente necesidad. Pero no llovió. Llegó en cambio el alba de un mañana tenso como una cuerda, porque parecía como si el sol hubiera secado el mundo, lo hubiera hecho de cerámica, y un regreso a la materia blanda se antojaba algo absurdo. Aquella mañana, el padre Fideo, estirado como nunca, se vistió con la resignación del condenado a muerte, se peinó con gomina, se puso la sotana y la estola, cogió el hisopo y el cubito seco donde una línea blanca de sales marcaba aún el antiguo nivel del agua y salió. Delante de la iglesia se agolpaba ya una multitud aguardando en silencio. Todos llevaban encima los signos de la sequía: los cabellos opacos, tiesos en la cabeza, híspidos, reacios ya a todo peine; los labios rígidos y pálidos, las ropas blancas. Pasaron la mañana en oración. Empezaron con una misa al aire libre sobre la piedra que diez voluntariosos se encargaron de extraer del altar, después pasaron a los cantos del jubileo, a las invocaciones de la gracia, al *tantum ergo* y, por último, a un canto para voces femeninas compuesto por Mentore. A mediodía, recobraron aliento en los bancos de la iglesia bebiendo una brisilla que se había levantado desde poniente y que llegaba casi fresca después de haber recorrido toda la nave.

Pero hacia las dos, a causa del bochorno sofocante, empezó a culebrear un malestar contagioso; hubo mujeres que se desmayaron, se verificaron algunos casos de visiones histéricas. Para evitar el legítimo terror de un próximo fin del mundo, el padre Giacomino salió de la casa rectoral con una antorcha y procedió a incendiar las pilas de leña. La madera, de lo seca que estaba, ardía ante la mera vista de la antorcha, de modo que, en unos cuantos minutos, la anteiglesia quedó rodeada por las llamas. Las piras ardieron en un instante, crepitando con fragor, y los tizones se cubrieron de cenizas, dejando algunos hilillos de humo recortados contra el cielo lívido que se iba resignando a las sombras del crepúsculo. El padre Giacomino, a esas alturas, se esperaba lo peor: acaso un estallido de locura colectiva, un linchamiento, incluso un tránsito al estado mineral por desecación. Fue en ese momento cuando llegó Sesto. Se acercaba a la carrera, pegado con los brazos extendidos, como si la persiguiera, a una horquilla de madera que culebreaba como una sierpe. En su

rostro el muchacho tenía una expresión de sufrimiento y de felicidad al mismo tiempo, con la boca abierta en una risa nerviosa. Balbuceaba: «Rápido, rápido, venid conmigo, coged las palas.» Lo siguieron sin saber por qué y empezaron a dar vueltas por el pueblo. La varilla, de vez en cuando, disminuía su velocidad, se erguía como una fusta, se inclinaba, olfateaba el terreno como un perro. Después retomaba su alocada carrera, arrastrando consigo a Sesto y con él a la multitud. El padre Giacomino, de aliento corto, había pasado a la cola del grupo y sujetándose la sotana con las manos se afanaba por no perder el contacto. Cuando llegaron al final del pueblo, la varilla dio un brusco salto, como si hubiera pillado la pista. Fue una carrera ininterrumpida hasta el lecho de lo que en otros tiempos había sido un modesto arroyuelo y era ahora un desierto. No es que no hubieran pensado antes que aquella era una zona idónea para excavar, pero ¿cómo adivinar el lugar exacto? En determinado momento, las manos de Sesto se pusieron a dar hipidos, sacudidas por un temblor convulso: la varilla se agitó, se encabritó; por último, dio un salto hacia delante, arrastrando en la zambullida a Sesto, que no la había soltado, y se quedó clavada en el suelo. Sesto se levantó y se sacudió la ropa. El sudor del rostro había formado un emplasto con el polvo, una máscara de arcilla que le goteaba por las comisuras de la boca. La varilla, hincada en el terreno, vibraba como una hoja de cuchillo.

–Cavad aquí –susurró Sesto. Y se dejó caer exhausto.

Bastaron un par de golpes de pico. Parecía como si el manantial presionara bajo la corteza de la tierra, porque el chorro de agua salió a la luz rociándolos vigoroso. Se empaparon todos, después de nueve meses de sequedad. Después fueron a traer recipientes. Aquella noche hubo una fiesta generalizada. Las ventanas siguieron encendidas largo tiempo, se oyeron canciones y música.

Pero Sesto esa noche durmió poco. Se acostó tarde, y permaneció apoyado en la ventana respondiendo con vaguedad a las preguntas de Argia. Después, mientras se iba a la cama, se detuvo en mitad de la escalera y dijo:

–Esta noche será distinto.

Argia siempre recordaría así a su Sesto: de pie en el rellano con la vela en la mano que le iluminaba el rostro sufriente, yéndose por fin en paz a soñar su sueño.

No volvieron a verlo. A la mañana siguiente, en la mesa, encontraron una nota escrita con carbón: «*Estoy hecho para el agua. Sesto.*»

DOS MADRES DOS

Cuando Capitán Sesto llegó hasta estas alturas de su historia, temiendo tal vez haberse excedido con su imaginación, buscó algunas dosis de verdad en las prestigiosas crónicas de un historiógrafo local. Eran cuatro volúmenes obra de un venerable clérigo, que habían acabado quién sabe cómo en el desván de su casa paterna, entre pilas de periódicos, pájaros embalsamados y retratos familiares. Pero, como era previsible, los fidedignos *Anales de la ciudad de *** y de sus pueblos limítrofes, refundidos, enriquecidos con numerosos hechos y prolongados hasta el año mil novecientos y ****, en cuatro tomos, no hacían mención alguna a seminaristas rbdomantes ni a campanas que repicaban en conjunto para celebrar exuberantes manantiales de agua.

Sí, sonaban las campanas, en las impecables páginas bodonianas de Paolo Fonzio, pero en forma de numeritos colocados en columnas en una tabla de apéndice. «Fallecidos en las canteras de mármol», era el encabezamiento del párrafo: nombres y fechas. El dieciséis de enero de mil novecientos, por ejemplo, las campanas habían repicado por un tal Quinto, único Quinto de aquel pueblo repleto de piedras Pero Fonzio era avaro en detalles, en su afán estadístico; cultivaba la Historia y no historias como la del Capitán Sesto. No hablaba por lo tanto de una tal Addolorata, que se había presentado en el lugar del accidente desgredada y térrea, ni de una viejecilla cuyo dolor aceleraba su regresión hacia originarias formas de topo, encerrada en una casa llena de grietas. Fonzio no decía nada de todo eso, porque todo eso no es historia. De modo que a Capitán Sesto no le quedó otra que recurrir a la imaginación.

Capitán Sesto buscó más tarde confirmación de otro hecho, y se adentró en aquellos corredores de papel ricos en fechas, en obispos, en lápidas, en creencias, en regios esponsales, en decomisos, en legislaciones y en pestilencias; indagó entre tumultos y aclamaciones, condenas y amnistías, aranceles y congruas parroquiales, en busca de dos hermanas gemelas que un día rompieron la crisálida de sus delantales amarillos para exhibir ante el mundo una pasmosa belleza. En el mayo de un año lejano, dos muchachas

enfardadas de amarillo se despertaron en un charco de sangre. Una rosa de sangre que se extendía por las sábanas, misteriosa y terrible. Se levantaron y corrieron al espejo. ¿Cuántos años tenían? Fonzio no lo dice, pero seguro que iban muy retrasadas en cuanto al primer menstruó, si se parecían a su madre. Eran ya adultas pese a no ser mujeres, no habían hablado nunca porque nadie se lo había pedido hasta entonces, no habían expresado deseo alguno porque desconocían tenerlos; vivían en el capullo de dos delantales amarillos propios de idiotas, como correspondía a su idéntica fealdad. Pero aquella mañana corrieron al espejo, se miraron y se soltaron las trenzas. Tenían cabellos castaños con reflejos rojizos, de un rojo que recordaba al rojo de los lazos navideños; y tenían ojos verdes y manos alargadas, y senos pequeños y redondos, y la cintura estrechísima sobre dos nalgas cándidas. Fue así como descubrieron su belleza, idéntica, en un espejo, gracias al que eran cuatro gotas de agua; y sobre cuál era Maria y cuál era Anna hubiera sido inútil indagar, y acaso ellas mismas no las tenían todas consigo acerca de su propia identidad. Se asomaron a la ventana, como hacen en los cuentos las hijas de los molineros que se casan con los hijos del rey, y sin recato le ofrecieron al mundo el espectáculo de su idéntica hermosura. Y vinieron peregrinos de los países más lejanos solo para ver a las dos muchachas: pretendientes melancólicos y caballeros bravucones, viejos avaros, mancebos valerosos, maduros acaudalados; pero a todos ellos las dos hermosas de idéntica hermosura les decían soberbiamente que no con un gesto de la cabeza que les revolvía la cascada de cabellos rojizos. Hasta que un día, entre los visitantes, asomaron los bigotillos gallardos y el reloj en el chaleco de Corrado Zanardelli, el hijo del nuevo dueño de las canteras. De él, Paolo Fonzio se muestra pródigo en particulares: «Apuesto joven», podemos leer, «honesto y valeroso, amante de la legalidad y de los trabajadores, que tras la prematura pérdida de su padre Federigo dirigió con sagacidad la gran cantera de mármol. Fue condecorado con el codiciado título de Caballero del Trabajo; la ceremonia, simple y modesta tuvo lugar en el Ayuntamiento de *** , el año de gracia de 19**.»

Eso dice, textualmente, Fonzio, que se expresa con retórica y lugares comunes, conoce los hechos pero desconoce el alma humana. En realidad, el apuesto Corrado Zanardelli era sencillamente un fatuo de tomo y lomo, elegante y fútil, que del mundo apreciaba por encima de todo los zapatitos de charol, los trajes de lana inglesa, los relojes de bolsillo y los automóviles. Ese

era el apuesto Corrado que un día no mejor precisado pasó bajo las ventanas de determinada casa y clavó sus hermosos ojos en cuatro ojos verdes que desde una de esas ventanas se mofaban de los transeúntes. Y de ellos se enamoró. ¿Y de quién se enamoró el apuesto Corrado Zanardelli, de Maria o de Anna? Los Anales de Fonzio no lo dicen, prefieren omitir un asunto tan delicado. Pero ¿a quién vio primero, el apuesto fatuo, en su paseíto de exploración por las calles de aquel pueblo repleto de piedras del que se disponía a tomar posesión? De eso tampoco dicen nada los Anales de Fonzio, por lo general tan ricos en detalles. El atildado jovenzuelo se enamoró de una abstracción femenina que se le quedó en los ojos, en la memoria, que miró una y otra vez, desnudó, besó, acarició, amó por completo en su primera noche de permanencia en la posada del pueblo, de su futuro pueblo. Se enamoró de una muchacha de pelo rojo, de ojos verdes, de sonrisa maliciosa que estaba asomada a una ventana; solo que esa muchacha eran dos muchachas y... bueno, qué caramba, bien podría ser el reflejo de la ventana, acabó pensando para poder conciliar el sueño y quedarse tranquilo el jovenzuelo enamorado. Pero qué va: las muchachas eran realmente dos. Se dio cuenta al día siguiente, cuando, llevado por su audacia, llamó con una flor en la mano a la puerta de la casa ocre. La abrió un rostro adolorado que le hizo pasar a un sobrio saloncito con el techo ocupado por una lámpara monstruosa; le escutaron dos ojos ratoniles que pasaron por delante de la puerta sin detenerse; y cuando le dijo al rostro adolorado que quería ver a una muchacha, una voz que en una cara de hombre hubiera sido de ronquera, pero que en aquel rostro femenino parecía el balido de una cabra, le preguntó:

—¿A cuál de las dos?

Y el apuesto y fatuo Corradino dio una respuesta a la altura de sus capacidades intelectuales.

—Pero si yo... —balbuceó—, yo creía, bueno, creía que era el reflejo del cristal...

Y se marchó a toda prisa dejando la flor sobre la silla.

¿Quién recogió aquella flor abandonada en una silla por un enamorado desorientado al encontrarse con una amada doble: Maria o Anna? ¿Y qué era esa flor de la que una de las dos, si no ambas, tomaron tan amorosamente posesión? De esto tampoco, como es habitual, dicen nada los Anales de Paolo Fonzio. Los Anales de Paolo Fonzio dicen, en cambio, en la página 12 del tomo IV, que el señor Corrado Zanardelli, súbdito fiel del reino de los

Saboya, administró prudentemente la cantera que la generosidad real le había concedido en contrata; que ya en edad madura tomó por esposa a una joven viuda florentina y fue a pasar los últimos años de su vida a las colinas de Fiesole, para volver a la montaña blanca cada vez más raramente; y que, por último, la providencia celeste fue avara con él de filiales afectos y que se extinguió solo, en circunstancias misteriosas que se adivinan trágicas, en su villa fiesolana. No dice, el clérigo historiógrafo, que dos días después de su fuga en el umbral de la casa ocre volvió a presentarse de nuevo la hermosa sonrisa fatua del entonces treintaño Corradino, y que esta vez entró en el salón de la lámpara monstruosa sosteniendo en la mano dos flores para su doble amada; y que de tal manera dio comienzo su loco binoviazgo que habría de llevarle en edad madura al resolutivo disparo de pistola silenciado por los pudores del clérigo Fonzio. Sí, un doble noviazgo, o mejor dicho un noviazgo alterno, ora con Maria, ora con Anna, a las que él nunca supo distinguir.

¿A quién amó de verdad el apuesto y fatuo Corrado Zanardelli, a Maria o a Anna? ¿Quién era la muchacha con la que salía cogido del brazo los domingos, a la que iba a visitar las noches de los sábados, la que había presentado a su padre, rico, avaro y desconfiado? ¿Maria o Anna, o alternativamente Maria y Anna? Tal vez ni siquiera el propio Corrado, en su loco amor de persona fatua, se lo preguntara jamás: dejó correr los nombres y se contentó con amar a una muchacha que tenía el rostro de Maria y de Anna, la voz de Maria y de Anna, la sonrisa de Maria y de Anna, y a la que él, por abreviar y en conjunto, llamaba *Ella*, eludiendo toda duda de identidad gracias a un pronombre personal.

Aparecía el apuesto Corrado, colgaba el sombrero del pico de una grulla disecada que vigilaba el cuartito de estar, aguardaba a que de la planta de arriba bajara su *Ella*, es decir, o Maria o Anna, y se demoraba en amorosos coloquios hasta que la tos asmática del reloj del campanario no ladraba a las once. Entonces se levantaba con mirada lánguida, besaba en la mejilla a su alterna prometida, se despedía de la Addolorata de guardia y se escabullía en la noche.

¿Lo sabía el apuesto Corrado? ¿Y sabía (porque tal vez lo supiera) de qué manera pensaba resolver su doble amor? ¿Cómo poder fundirlo con un matrimonio único y legítimo, es decir, con Maria o con Anna? Mucho pensó el apuesto Corradino, se devanó los sesos, sufrió insomnios, problemas de

conciencia, sobresaltos, hizo cálculos, midió posibilidades. Sobre las diferencias era inútil contar. Buscó una seña particular, un tic, un tono de voz, un gesto de la boca de su Ella para compararlo con una seña particular, un tic, un tono de voz, un gesto de la boca de su Ella, pero su Ella tenía señas particulares y tics y tonos de voz y gestos de la boca perfectamente idénticos a los de su Ella. Y después, por fin, al cabo de diez meses de dudas de amor, el fatuo Corradino tuvo una iluminación que le pareció genial, maduró un pequeño plan empírico e infalible, natural y resolutorio.

Hizo lo que debía y esperó. Esperó sentado sobre su seguridad y con una sonrisa fatua empezó a incubar, sin saberlo, el resolutorio disparo de pistola. Y mientras tanto discurría el mundo, que tenía nombres exóticos pero ya italianos: el Tigré era bueno y el Negus Menelik un feroz opresor; al *Almanaque de Ghota* le fue comunicado que el nombre de Etiopía no tardaría en desaparecer de los mapas geográficos: el Rey Bueno era buenísimo, según Paolo Fonzio, y no había muerto aún a manos de un anarquista desconocido. El apuesto Corradino esperaba, confiado y alegre en su fatua alegría, escrutando cada sábado una señal indicadora en el rostro de su Ella. Y mientras tanto pasaban las semanas y discurría el mundo: África Oriental era italiana o no tardaría en serlo, y los daguerrotipos acartonados retrataban carrozas refulgentes, sin caballos y con timón de guía, llamadas automóviles. Era el progreso y el fatuo Corradino, con sus zapatitos de charol y un reloj de oro dueño del tiempo de aquellos tiempos de progreso, aguardaba bajo la lámpara de techo a que la infalibilidad de la naturaleza resolviera por él el dilema de su doblesco amor.

Hasta que, un sábado por la noche, al apuesto Corradino, en vez de su Maria o su Anna, lo recibió Addolorata y supo que Ella no podría bajar, pues se hallaba indispuesta. Fue la señal de una ilusoria victoria. Arrebatado por la felicidad y la liberación, le dio las gracias a Addolorata, corrió a la ciudad, durmió en un hotel, pasó un domingo de proyectos y de júbilo, dejó que llegara el lunes, acudió a un pabellón lleno de luz y volvió al pueblo pedregoso sentado al timón de un automóvil con una gigantesca bocina de latón. El pueblo se asomó para contemplar los anteojos del apuesto Corradino, ya dueño de la cantera, que emergían de un nubarrón de polvo blanco y ruidoso. El nubarrón se detuvo bajo las ventanas de Maria y Anna, el apuesto Corradino se bajó apoyando sus anteojos de celuloide sobre sus cabellos engominados, se sacudió la chaqueta con las manos, apretó la pera

de la bocina de latón y entró majestuosamente para cumplir con su deber de prometido, de marido de una única mujer, de futuro padre.

Ay, ay, ¿cómo explicarlo, apuesto Corradino? Hacía falta, es cierto, una cara muy dura: pero era necesario. Diría: «He venido a cumplir con mi deber de hombre de honor, para pedir la mano de aquella que espera un hijo.» A quién, eso no lo sabía, porque Argia, cada vez más ratonil, se pasaba los días en la cama; y Addolorata no le parecía la persona más adecuada para una petición de esa clase. De modo que entró en el saloncito de la lámpara monstruosa, colgó los anteojos automovilísticos del pico de la grulla y esperó. No tuvo necesidad de esperar mucho. Fueron breves las palabras de Argia, pero los Anales de Paolo Fonzio no las recogen. Las crónicas fonzianas están ocupadas por entero en describir un reino que quería convertirse a toda costa en un imperio, con la felicidad que ello acarrea para sus súbditos; y de lo que Paolo Fonzio habla es del mármol, del mármol que se extraía en grandes cantidades del vientre de la montaña blanca y que llevado en bloques a los aserraderos y a los talleres era transformado en Historia por los escultores y los cinceladores del reino.

Y mientras todo eso ocurría, el fatuo Corradino, atónito bajo la lámpara de techo del salón, venía a saber por las avaras palabras de Argia que Maria y Anna estaban embarazadas. Embarazadas de él, Corrado Zanardelli, hijo del difunto Federigo, de treinta y un años, soltero, adinerado y deshonesto. Pero eso los Anales de Paolo Fonzio no lo dicen.

No se disculpó Corradino Zanardelli, hijo del difunto Federigo; acaso balbuceó, pero no discutió; y salió corriendo a toda prisa como la primera vez que apareció por allí, prometiendo con voz alterada que no tardaría en regresar para «dejar todas las cosas claras». Pero no había nada que dejar claro, porque todo estaba clarísimo. Cuando, una semana más tarde, recuperado del golpe y de una borrachera ininterrumpida, Corradino Zanardelli volvió a presentarse en el saloncito repleto de grietas, el vientre en levitación de dos hermosas amadas iguales y distintas le demostró sin lugar a equívocos que se disponía a convertirse en padre por partida doble. Es imposible saber lo que pensó en aquel momento el cerebro del desesperado Corradino, y los Anales de Fonzio se guardan mucho de suponerlo, al igual que no hacen alusión al deseo de verdad que empezó a atropellarlo y que habría de llevarlo en edad madura al resolutorio disparo de pistola. Lo cierto es que su memoria empezó a trabajar al milímetro para reconstruir hasta en

sus menores detalles un episodio ocurrido cuatro meses atrás que era el responsable de la presente situación. Pensó una y otra vez en una tarde de octubre en la que, desviándose de su habitual paseo, había convencido a su amada Ella para ir a visitar la cantera de la que ya era propietario: «Para enseñarte el proyecto de las nuevas canteras que se van a abrir», había dicho. Pero Fonzio, como suele hacer en los momentos más controvertidos, no registra los movimientos de aquella tarde de octubre del apuesto Corradino que él reconstruyó minuciosamente hasta en sus menores detalles. Es decir: que él y Ella, paseando cogidos del brazo, llegaron hasta la explanada de los aserraderos y que Ella, fuera Maria o fuera Anna, era sin duda alguna una sola, y que, después de haberle hecho admirar las paredes marmóreas e intactas en las que tenía la intención de abrir nuevas canteras, Corradino le ciñó la cintura con el brazo (el derecho, según su reconstrucción) y la empujó dulcemente al interior del primer barracón de hojalata, en el que había preparado subrepticamente un catre el día anterior; que la abrazó con pasión; que Ella respondió con idéntica pasión al abrazo, sin dejar de ser una sola, fuera Maria o fuera Anna; y que a ello siguió, natural, espontáneo y arrebatador, un ayuntamiento, un monoayuntamiento, porque la muchacha enardecida y hermosísima tumbada debajo de él era una sola, me cago en la mar, ¡¡¡una sola!!!

¿Hubo acaso otros encuentros? No, se contestó resueltamente a sí mismo el fatuo Corradino, no los hubo; su memoria, interrogada día tras día, no recordaba ninguno más.

Y así pasaron los meses, los restantes cinco meses. De ellos, las crónicas fonzianas recogen una enorme producción de mármol, dos accidentes mortales a causa del mármol, un verano que vivió una explosión de anhelos marítimos, de establecimientos playeros, de sombrillas de encaje, de automóviles, de fiestas mundanas, de monumentos ecuestres (todo ello, como es natural, muy lejano de los lugares narrados en esta historia): en definitiva, una incontestable e histórica realidad efectiva que excluye de la manera más categórica el parto de Maria y de Anna, el cual no resultará difícil adivinar sincrónico, en obsequio a la naturaleza sincrónica de las dos gemelas.

Y así fue. Las contracciones, como era previsible, sorprendieron a las dos hermanas al mismo tiempo, pero ellas no dijeron nada: durante una tarde entera se lo guardaron en silencio en el vientre mientras seguían haciendo las

tareas domésticas. Solo las ojeras marcadas y el rostro de una palidez insólita bajo el pelo flácido denotaban el dolor.

–Vosotras no estáis bien –acusó Argia con las pocas palabras que aún le consentía su naturaleza–; no estáis bien, meteros en la cama, hay que llamar al doctor.

Porque Argia sabía que esas dos locas estaban sincronizadas incluso en el útero y se decidirían a parir en el mismo momento. Pero ellas, obedeciendo a un proyecto misterioso, se mostraron esquivas, le echaron la culpa al aire recargado, al aire de julio. No quisieron cenar y, en un silencio lleno de complicidad, prepararon lo necesario para el parto: paños y telas, agua hervida, alcohol. Después se encerraron en su cuarto y dieron vía libre, mordiendo las almohadas, a las quejas de las contracciones.

–¡Dejadme pasar! –llamaba Argia–. ¡Addolorata, haz algo, vete a llamar a alguien!

Cuando el apuesto Corradino apareció con la partera, pálido y alterado, su reloj amo del tiempo señalaba exactamente medianoche y media, pero la hora es objeto de controversia, porque los Anales de Paolo Fonzio, como es natural, no hacen mención alguna a ello. La página 294 del tomo IV, justo la página en la que cabría esperar que se hablara por fin del parto, está ocupada por la afligida noticia de que en ese año, a causa de una heroica derrota sufrida por las tropas italianas en Adua, hubo que fundir las monedas de plata con la efigie de Umberto para pagar las deudas. Entre Adua, la numismática, el mar Rojo y el general Baratiere, no quedaba sitio para Maria y Anna, atrincheradas en su habitación llena de grietas, sordas a las quejas del apuesto Corradino Zanardelli, hijo del difunto Federigo, que tuvo que resignarse a la decisión de las parturientas autárquicas. Hasta que... Sí, hasta que hubo un silencio, y después un suspiro, y después un vagido. Y entonces (tal vez fuera la una de la madrugada, pero eso Paolo Fonzio no lo dice) giraron la llave de la cerradura desde dentro y el rostro puntiagudo de Argia, el dolor de Addolorata y el relojesco Corradino Zanardelli pudieron entrar en el cuarto. Se ha hablado de un vagido. Un único vagido, porque el recién nacido era uno. Una carita congestionada que gritaba, colocada entre dos púerperas idénticas. Y tenía el pelo rojo.

¿Cuáles fueron las palabras exactas que borbotaron en la garganta del apuesto Corradino Zanardelli, burlado por la suerte y por las dos idénticas hermanas? Es imposible saberlo: pero desde luego él, sin gritar, con la gélida

calma de la desesperación, hizo la pregunta legítima que haría un hombre en esas condiciones: «¿Quién es la madre?» Los anales fonzianos, como es natural, no dan respuesta a esta legítima y paterna y patética y absurda pregunta; y tampoco Maria y Anna, como es natural, la contestaron. No habrían de contestarla. Jamás habrían de contestarla. Jamás habrían de contestarla, ¡¿lo entiendes, apuesto y fatuo Corradino Zanardelli, hijo del difunto Federigo, amo de tu tiempo gracias a la esfera de tu reloj de oro macizo?! ¿Y qué vas a hacer ahora, Corradino Zanardelli? ¿Será posible que te dejes llevar por la desesperación? ¿Y por qué pronuncias frases insensatas, amenazas con el suicidio, lanzas acusaciones de locura? ¿Quién es el verdadero loco de esta historia, Corradino Zanardelli? ¿Tus dos amantes, preñadas una por vía genital y la otra por autoconvicción, o tú, que jamás supiste distinguir las y creíste poder resolver un dilema de identidad gracias a la realidad factual de un rápido coito en un barracón de hojalata? ¿Y cómo puedes acusar a dos idénticas e indisociables hermanas de haberte amado de manera idéntica e indisociable? Cálmate, fatuo Corradino, vuela a meter el reloj en el bolsillo del chaleco: tu esfera bravucona marca las dos de la madrugada, el mundo discurre, Paolo Fonzo te desatiende, el rostro bueno y plateado de Humberto I acaba de ser fundido en las calderas del reino para pagar las deudas de una guerra imperialista ¿y tú tienes el valor de increpar? Cálmate, fatuo Corradino; te espera una vida sin auténticos afectos filiales; tú, amo de las canteras, de tu tiempo y de una carroza sin caballos llamada automóvil, te casarás en edad madura con una joven viuda florentina y morirás en soledad en una casa de campo de Fiesole por un disparo de pistola que los pudores clericales de Fonzo no querrán admitir, sin haber resuelto el misterio de ser único padre un único hijo nacido de una doble madre. La madre fisiológica, deberíamos decir, porque en realidad ambas eran madres; y esta opinión quedó condensada a la perfección por la dolorosa voz de Addolorata, que acaso devolvió, si no la serenidad, al menos la resignación y cierto natural regocijo ante la vida que prosigue:

–La llamaremos Marianna.

–Es un niño –murmuraron al mismo tiempo Maria y Anna.

–Da lo mismo –replicó Addolorata con dolorosa jovialidad.

UN NIÑO LLAMADO MARIANNA

–Marianna, venga, déjame el cortaplumas –dice Anselmo Menichetti, de adoptado Zanardelli–, hay que ver lo que me gusta, quiero jugar con él yo también.

Sesto tiene una sonrisa condescendiente, se pasa una mano por el pelo rojo, comprensivo y vacilante:

–Pero si tu padre no quiere que juegues conmigo, ha venido a prohibírmelo.

Es un día de verano, los chicos bajan hacia el río con dos cañas de pesca y Sesto lleva en el bolsillo su cortaplumas. Anselmo Menichetti, de adoptado Zanardelli, es alto y moreno, sabe silbar metiéndose los dedos en la boca, sabe decir *bonjour* y conoce un montón de blasfemias en francés. Es linfático y cordial, y sabe tantas cosas del mundo porque viene de la ciudad, y ese pueblo de piedras la verdad es que no lo soporta, le provoca asma. Y además tiene doce años.

De modo que bajan al río, que ahora es un arroyuelo entre piedras porque estamos en verano: solo hay dos pequeños gobios y algunos diminutos rutilos rojizos y hambrientos que picarían incluso sin cebo. La montaña está más blanca que nunca, de una blancura veraniega, y las noches veraniegas son calurosas, llenas de mosquitos y un pelín míticas, como suelen ser míticas las infancias en las novelas. Paolo Fonzio ha dejado de escribir por causas naturales y descansa bajo una lápida en un elegante cementerio urbano: pero la Historia discurre incluso sin su pluma y si Paolo Fonzio pudiera seguirla, escribiría que aquel año una erupción del Vesubio había sepultado centenares de aldeas pero que las ayudas gubernamentales solícitas y conspicuas habían devuelto la calma y la confianza en las zonas devastadas por el terremoto.

–Pues si no me prestas el cortaplumas te digo una cosa que no quieres saber –dice Anselmo Menichetti, de adoptado Zanardelli, y mira de reojo a su compañero para ver el efecto de su amenaza.

Sesto ha lanzado el sedal con un cebo pequeño y sigue con la mirada el corcho que la corriente hace vibrar a ras de agua. No contesta, amparado en su cortaplumas y en su inocencia. En el río reina un silencio atravesado por

espesas nubes de moscas y mosquitos, los dientes de Sesto mastican una brizna de hierba y sus ojos siguen el corcho que vibra sobre el agua.

–Venga, Marianna, déjame el cortaplumas, que si no te insulto, pelo del diablo.

Y ahora silba, ese testarudo de Sesto. Cuando se zurra con Anselmo, ya lo sabe, siempre sale perdiendo. Se pegan todos los veranos, cuando Anselmo viene con su padre a pasar unos días de vacaciones en el pueblo. Llegan en automóvil, porque vienen de lejos, de Florencia; el señor Corrado lleva unos anteojos de celuloide y una gorra de tela, y la señora un sombrero pegado a la cabeza con un velo que le ciñe la garganta.

–Pues toma, a que no sabes a qué se dedican tus tías, ¡son prostitutas en la ciudad, me lo ha dicho mi madre!

Y Anselmo Menichetti, de adoptado Zanardelli, se levanta con la cara muy colorada, le saca la lengua en son de burla y le mira con ojos torvos, de mofa. Sesto se lanza con la cabeza baja. Pero no por ira, por deber, para responder al desafío. Ruedan por el pedregal, arañándose las rodillas. El corcho se aleja con la corriente, la caña resbala hacia el agua, cabecea, se engancha, fuerza la hierba, se zafa, toma carrerilla, adelanta al corcho y abre camino oscilando. No le resulta difícil a Anselmo Menichetti, de adoptado Zanardelli, superar a ese huraño chiquillo de pelo rojo que tiene dos años menos que él; lo inmoviliza con la espalda contra el suelo, apoyando sus rodillas en los brazos en cruz, y a pocos centímetros de distancia le escupe afanosamente en la cara, con el triunfo del ganador:

–¡Son prostitutas, son prostitutas, son prostitutas!

Y después lo suelta, pagado y satisfecho. Sesto se levanta y se atusa el pelo rojo. Le sangra la nariz y baja al río a lavársela. Su caña, inalcanzable ya, perdida, tal vez arrastre en su huida un pequeño rutilo que ha picado al vuelo. Llora en silencio, para no dejar que lo vea su rival, y se lava los ojos también. Y entonces Anselmo Menichetti, de adoptado Zanardelli, se le acerca por detrás de puntillas, cauto y temeroso. Se arrodilla él también, se lava un arañazo en la pierna, se refresca un ojo maltrecho, se peina con los dedos mojados.

–Te doy mi caña, venga, te doy mi caña, no llores.

Pero el niño al que llamaban Marianna no lo mira, mira el río a lo lejos, siguiendo su caña hasta que la engulle la curva, piensa en el oficio de sus tías que viven en la ciudad, en el cortaplumas que le han regalado: un

cortaplumas de madreperla verde en el que está escrito «Hôtel Majestic» sobre una corona dorada, que tiene una hoja estupenda, y si se aprieta un botoncito sale una hélice retorcida para sacar corchos.

–Pues entonces te doy la bocina –dice Anselmo Menichetti, de adoptado Zanardelli.

–¿Qué bocina?

–La bocina del automóvil de mi padre.

–¿Y cómo vas a hacer eso?

–Bah, la desmonto, me voy con el destornillador y la desmonto, total en el automóvil no hay nadie.

–¿Y si te pilla?

–Ya te digo que no.

–¿Y si te pilla de todas formas y luego me pilla a mí, que no quiere que juegues conmigo?

–Te estoy diciendo que no.

–¿Y no te chivarás después de que me la has dado a mí?

–Te digo que no.

–Entonces hagamos un pacto de sangre.

Sesto ha lanzado resuelto la propuesta. Aprieta en el bolsillo el cortaplumas del Hôtel Majestic, regalo de sus tías que viven en la ciudad y se dedican a un oficio desconocido, el cortaplumas con el que ha grabado el banco de la iglesia, la mesa de la cocina, el olivo de delante de casa, y que testimoniará ahora con la sangre un histórico trueque.

Anselmo extiende el antebrazo y aprieta los ojos. Sesto titubea, mira la hoja del cortaplumas, pone encima un poco de saliva y se la restriega en los pantalones para limpiarla.

–Date prisa –murmura Anselmo Menichetti, de adoptado Zanardelli–, date prisa porque si se hace de noche mi padre irá al garaje a recoger el automóvil y ya no nos dará tiempo.

De modo que Sesto sujeta la muñeca de su amigo y apoya la punta, pero la piel es elástica, resiste al corte, se vuelve blanca y después roja cuando la sangre mana.

–Pero así me estás haciendo daño –se queja Anselmo, que tal vez se haya arrepentido ahora de la propuesta.

Pero ya es demasiado tarde: abre los ojos y se mira la muñeca, en la que está grabado un arañazo rojo que gotea, mientras Sesto, acurrucado con una

expresión de sufrimiento, está haciendo lo mismo en su antebrazo. Hay que darse prisa porque está cayendo la tarde y si el señor Zanardelli va a recoger el coche, adiós a la bocina; ninguno de los dos tiene demasiado clara la fórmula del pacto de sangre: acercan las muñecas y restriegan los dos cortes uno contra el otro, mirándose a los ojos. El río va adquiriendo un color violeta, la caña de Sesto ya ha desaparecido detrás del meandro arrastrando el corcho tambaleante, el contrato ha quedado estipulado.

–Para siempre –dice Sesto.

–Para siempre –repite Anselmo Menichetti, de adoptado Zanardelli. Y se baja la manga hasta la muñeca, se aleja corriendo, dice «espérame» y desaparece entre las cañas.

Pero esto ocurría en una infancia mítica, y por lo tanto improbable, antaño cuando Anselmo Zanardelli aún iba a pasar los veranos al pueblo y no pensaba aún en convertirse en un buen italiano; antes de que la Historia echara otra vez a correr, a pesar de Fonzio, que descansa bajo tierra, y arrastrara en su carrera por un lado a Anselmo Menichetti, de adoptado Zanardelli, y por otra a Sesto, al que llamaban Marianna. De manera que la Historia seguía estando detenida aquella tarde, y el pelirrojo Sesto, al que llamaban Marianna, acurrucado a orillas del río, cortaba una caña para hacer con ella un caramillo de tres agujeros; y mientras estaba ahí, impaciente y atento, oyó como una bocina de automóvil alborotaba detrás del cañaveral, hasta que apareció Anselmo completamente sudado que hinchaba las mejillas y decía «brum, brum, brum», tocando al mismo tiempo la bocina. Entonces se echaron a reír a carcajadas, persiguiéndose el uno al otro por las orillas casi a oscuras, después se sentaron y Anselmo Zanardelli sacó del bolsillo un purito y dijo:

–Mira, me he llevado esto también.

De modo que se pusieron a fumar, en aquella oscura poza inmóvil que la Historia había creado por encima de ellos y por encima del río. En el pueblo empezaban a encenderse algunas luces y resonó una campana.

–Mi padre no irá esta noche a la ciudad –dijo Anselmo Zanardelli–. Mi madre le ha montado una escena y le ha dicho que si se va otra vez de putas lo manda al diablo y volvemos a Fiesole, así que he podido rebuscar en el compartimento del automóvil donde guarda los puros.

Encendieron dos o tres cerillas, porque el puro, maltratado, se apagaba a menudo y ahogaba el fuego dentro. Pero fumaron de todas formas, soplando

el humo lo más lejos que podían, sintiéndose hermanados por un pacto de sangre y por el puro que brillaba en la oscuridad con cada calada. Y cuando la náusea empezaba ya a ofuscarles los ojos, Anselmo Zanardelli, embargado por los remordimientos y por el miedo, dijo que era necesario esconder la bocina de modo que nadie la encontrara; y Sesto, al que llamaban Marianna, atropellado por la conmoción del pacto de sangre, dijo que tenía un escondrijo seguro que solo él conocía, que iría que ni pintado. De modo que se levantaron, tratando de orientarse en la oscuridad.

–Júrame que no se lo contarás a nadie.

–Te lo juro –dijo Anselmo Zanardelli.

–¿Para siempre?

–Para siempre.

Se buscaron una vez más los cortes de las muñecas, pero ya estaban secos, de modo que se estrecharon las manos; y cogidos de la mano para no resbalar, avanzaron por la orilla del río, entre las piedras, hasta el viejo pozo enterrado por las cañas que nadie conocía, aparte de él, Sesto, al que llamaban Marianna, porque lo había excavado hacía mucho tiempo un tío suyo que se había ido a América, como le había contado su tía Addolorata, a la que él consideraba su madre legítima.

–Enciende una cerilla –dijo Sesto, al que llamaban Marianna.

El pozo tenía una profundidad de apenas un par de metros, porque lo habían rellenado de piedras y se bajaba con facilidad gracias a sus paredes irregulares. Bajaron con cuidado y cuando estuvieron en el fondo cavaron otro pequeño escondrijo con las piedras donde enterraron la bocina.

–Júrame que no se lo contarás a nadie.

–Te lo juro –dijo Anselmo Zanardelli.

–¿Para siempre?

–Para siempre.

Quemaron la última cerilla y se quedaron en la oscuridad en aquella oscura poza de la noche, buscando con el miedo de la infancia el camino hacia el pueblo.

Pero esto sucedió hace mucho tiempo, aquel verano en el que la Historia echó a correr en aquel pueblo repleto de piedras y el señor Correado Zanardelli, a bordo de un atronador automóvil sin bocina, abandonó el pueblo antes de lo previsto, mientras Sesto, al que llamaban Marianna, de pie sobre el murete de la anteiglesia, veía alejarse entre una nube de polvo el brazo de

su amigo Anselmo Zanardelli que se asomaba por la ventanilla en señal de despedida.

Al principio, la Historia empezó a resonar con un ruido sordo, no claramente perceptible, de fondo: pero desde la hermosa casa de los Zanardelli no se la podía oír. Culebreó en cambio en la casa ocre y llena de grietas de aquel pueblo repleto de piedras, y allí se incubó durante algunos días, como un río que está incubando su crecida. Es una pena que los fidedignos Anales de Paolo Fonzio, revisados, aumentados y proseguidos hasta el año 1900 y 19**, en cuatro tomos, hace mucho que se hayan acabado; una auténtica pena, porque si el buen clérigo aún sostuviera su pluma no podría dejar de relatar, a pesar de sus pudores clericales, que una mañana de finales de agosto, al llegar a sus canteras de mármol, el señor Corrado Zanardelli, hijo del difunto Federigo, quedó sorprendido al encontrarse con los obreros, *sus* obreros, reagrupados en la explanada de delante de los cabrestantes. Las canteras estaban paradas, las máquinas apagadas, las cintas de transporte dormían y el nuevo aserradero que el señor Corrado Zanardelli había montado con un ingente empleo de capital no daba señales de vida. Y todo ello era muy raro, insólito e incomprensible para la inteligencia del señor Zanardelli, que prefería dedicar su tiempo a abrillantar un coche sin bocina con el que siempre se iba de putas después de cenar. De manera que su reacción fue sencilla y decidida, propia de un hombre que pensaba que el tiempo le pertenecía tal y como le pertenecían las canteras, un automóvil sin bocina y las putas. Así que dijo: «Pues me voy a llamar a los guardias», dio media vuelta y se marchó.

El encuentro acabó por defección de una de las partes. La otra parte, sin embargo, no se quedó sentada esperando a que el adversario regresara con los refuerzos. Los obreros se dispersaron lentamente en cuanto Vittorio Emanuele Degli Angeli refirió las intenciones del amo; y los guardias, un grupillo que llegó un par de horas más tarde, se encontraron con las canteras desiertas, el pueblo desierto, las puertas atrancadas. Parecía exactamente, al pasear por las calles desiertas en aquella tarde de un año no mejor precisado, como si la Historia siguiera estando inmóvil; en cambio, sus engranajes complicados y silenciosos ya habían empezado a girar detrás de los postigos cerrados, bajo la luz mortecina de las lámparas de petróleo; se movió un poco, se encogió de hombros, y lentamente, insensiblemente, empezó a trazar caminos. Porque la huelga, tan inesperada y repentina, no tuvo por el

momento ninguna histórica consecuencia. Las casas del pueblo permanecieron cerradas durante una semana y con ellas permaneció cerrada la casa de Sesto-Marianna, que su madre postiza Addolorata atrancó con cerrojo; y así, en ese silencio grávido de amenazas, el precavido Corrado Zanardelli, hijo del difunto Federigo, preparó su coche reluciente y estruendoso, montó en él a su señora con el sombrero y a Anselmo Menichetti, y se los llevó a Fiesole a toda velocidad. Sesto-Marianna, que vagabundeaba detrás de un perro callejero en una anteiglesia desierta a merced del sol, vio pasar un nubarrón de polvo del que asomaba un brazo saludador que reconoció como perteneciente a su compadre o hermano de sangre Anselmo Menichetti, de adoptado Zanardelli. Contestó al saludo agitando todo lo que podía ambos brazos y hasta se encaramó a la tapia de la anteiglesia para que se le viera mejor; y después se le vino a la cabeza la bocina de latón que habían escondido en un pozo algunas semanas antes y se relamió de placer con la idea de ir a desenterrarla, de limpiarla con un trapo hasta dejarla reluciente y de tocarla al final majestuosamente en el pedregal del torrente, haciendo como que iba montado en un estruendoso automóvil como el que se estaba alejando seguido por un nubarrón de polvo. Pero no le dio tiempo, al pequeño Sesto, al pelirrojo, porque la Historia, indolente y socarrona, estaba entrando solemnemente en el pueblo, bajo forma de una gigantesca bobina de cobre, a bordo de un carro arrastrado por bueyes. Era la electricidad, pero el pequeño Marianna no podía saberlo y se puso a seguir, junto al perro, ese carro misterioso del que cuatro hombres vestidos de marrón desenrollaban un cable refulgente. Al principio, Sesto-Marianna, viendo aquel cable reluciente, sintió aún más imperiosamente el deseo de ir a desenterrar su bocina; pero después aquellos hombres se pusieron a excavar unos grandes agujeros y clavaron en ellos postes coronados de dientes de porcelana; y se subían a ellos, bajaban, se llamaban mientras desenrollaban el cable. Y entre tanto el pueblo, tras haberse convencido de que no eran hombres de Corrado Zanardelli, había empezado a abrir las puertas y la gente se había reunido en la plaza; incrédula al principio, pero después convencida de la evidencia de los hechos. Y empezaba ya a extenderse un nombre mágico y lleno de electricidad: Volta, Alessandro Volta. Y fue así como el niño del pelo rojo se olvidó completamente de su bocina de latón enterrada en un pozo; porque esa noche en la plaza del pueblo brilló un farol sin petróleo, y también en la iglesia del padre Giacomo una cruz que no se apagaba con el

viento intentó infructuosamente servir de luminoso anuncio de la misa solemne celebrada en honor de la Corriente Eléctrica. E incluso cuando un pelotón penachudo de carabineros fue a engrosar el cuartel, por prudente solicitud de Corrado Zanardelli, al oficial que los conducía le parecieron exagerados los temores de aquel caballero elegante y engominado: le dio la impresión de que todo estaba de lo más tranquilo, de que todo marchaba, y perfectamente bien. Y entre tanto había caído el otoño, y el pelirrojo Sesto, al que llamaban Marianna, se había olvidado completamente de su bocina de latón enterrada en un pozo; mejor dicho, se le había venido a la cabeza un par de veces, pero había tenido que renunciar a ir al río porque aquel otoño no hizo más que llover. Sesto, detrás de los cristales de su casa, miraba el mundo transformarse en lluvia pensando con añoranza en una bocina de latón; pero después, cuando el tiempo se despejaba, la bocina se le borraba de la cabeza como por arte de magia y no volvía a pensar en ella hasta el siguiente día de lluvia. Con los lentísimos andares del tiempo de la infancia, pasó rápido también el invierno, y también la primavera, y el sol volvió a asaetar una anteiglesia en la que había un perro callejero y un chico sentado sobre la tapia con las piernas colgando, absorto en cortar una caña con una nueva navajita de madreperla llegada de la ciudad, que llevaba la marca dorada de un tal Hôtel Majestic. Y en ese momento un coche asomó por la curva y llegó hasta la plaza en medio de un nubarrón de polvo, se detuvo dando potentes acelerones y se metió por la carretera privada del señor Corrado Zanardelli, hijo del difunto Federigo. Entonces el niño al que llamaban Marianna se acordó otra vez de la bocina de latón y se relamió pensando en un verano de baños en el torrente junto a Anselmo Zanardelli; un verano de pesca de gobios, de carreras por el pedregal del río conduciendo un automóvil imaginario; y aguardó, con la impaciencia de quien se acuerda de repente de un placer olvidado, a que su amigo y hermano de sangre se reuniera con él en la anteiglesia. Todo parecía favorecer el encuentro de dos muchachos que habían enterrado una bocina de latón: julio era una clara poza inmóvil, en la anteiglesia solo había un perro amarillento y el verano podía ser perfectamente el del año anterior. Pero no era así, porque Anselmo Zanardelli, que tenía ya casi catorce años, tenía que convertirse en un buen italiano y llegaba vestido con un uniforme azul celeste coronado por un gorrito color vino y rematado por un espadín que parecía un abrecartas.

–Soy cadete –dijo. Y se puso en posición de descanso, adelantando un pie.

El niño al que llamaban Marianna se lo quedó mirando y había dejado de balancear las piernas—. Porque tengo casi catorce años –dijo lacónicamente Anselmo cruzando los brazos en el pecho–, y mi padre quiere que estudie para convertirme en un buen italiano.

El niño al que llamaban Marianna hizo un último intento para devolverlo a los viejos tiempos del río: estiró la mano sucia y con cortes debidos a las cañas, ofreciéndole una nueva navajita del Hôtel Majestic. Pero Anselmo miró con suficiencia esa arma infantil y ridícula dotada de sacacorchos y, con perfecto estilo, desenvainó su espadín plateado de hoja con arabescos.

–Y además –dijo con displicencia, haciendo como que se limpiaba las uñas con el espadín– papá no quiere de ninguna manera que juegue contigo.

–¿Por qué?

–A ver si lo adivinas.

–Pero cómo voy a saberlo.

–Te he dicho que lo adivines, tontorrón.

–¡Te has chivado –gritó Sesto-Marianna bajando de la tapia–, te has chivado! ¡Chivato, chivato, chivato!

–¿Pero qué dices? –dijo retrocediendo Anselmo Zanardelli–, ¿pero de qué estás hablando?

Pero para entonces Sesto, al que llamaban Marianna, cuya inocencia le impedía pensar en dos tías de ciudad que mandaban cada mes una carta a su madre, se había lanzado con la cabeza gacha, arrastrando por el polvo de la anteiglesia a Anselmo Zanardelli y su uniforme de cadete. No le resultó difícil al anguloso Sesto llevarse la peor parte, como siempre había ocurrido. De modo que las circunstancias malograron una vez más el proyecto de desenterrar una bocina de automóvil escondida en un pozo seco; y hay que creer que Sesto, al que llamaban Marianna, se olvidó de ella, o tal vez ya no le quedaron ganas de ir a desenterrarla, y prefirió pasarse el resto del verano en la anteiglesia poseída por el sol, en compañía de un perro callejero, cortando una caña para hacer un caramillo de tres orificios, esperando tal vez que Anselmo regresara para jugar con él, cuando por el contrario no volvió a dejarse ver.

Pero a la historia privada de un niño al que llamaban Marianna le quedaba poco de fingir que dormitaba, justo el tiempo que empleó en llegar a casa. En la mesa le esperaba una carta con el membrete del Hôtel Majestic en la que sus tías de la ciudad le comunicaban de manera perentoria que ya tenía

reservada una plaza para él en un pensionado donde se haría un hombre y estudiaría, porque ya era hora de empezar a pensar en su educación. En definitiva, también el joven Sesto, al que llamaban Marianna, percibió con confuso orgullo que alguien se estaba afanando para que él también llegara a ser un buen italiano como Anselmo Menichetti, de adoptado Zanardelli. Y entre tanto la Historia, definitivamente desenfrenada, iba moliendo entre sus mandíbulas años, fechas y acontecimientos; los italianos aprendían gracias a un libro titulado *Nuestra tierra prometida* que su tierra prometida era Libia; y ese concepto fue inculcado también en la mente de un chico que en otros tiempos se llamaba Marianna, sin que pudiera sospechar que en su pueblo repleto de piedras las canteras de Corrado Zanardelli habían sido bloqueadas para protestar contra la agresión italiana en África. El joven Sesto, larguirucho y anguloso, con un mechón rojo sobre la frente pálida, estaba incómodamente sentado en un pupitre del colegio al que daba su contribución de jeroglíficos con un cortaplumas de madreperla y escuchaba desganadamente la voz de su profesor de literatura recitar a excelsos poetas italianos que expresaban en rima su adhesión a la conquista. Hasta que Italia fue a buscar su espacio vital y las calles se vieron invadidas por multitudes vociferantes, por pancartas, por carteles, por banderas, por fanfarrias, por sombreros, por uniformes. Y Sesto, mientras tanto, con un crecimiento anual de seis centímetros, intentaba acomodarse en su pupitre, que se volvía cada vez más angosto para sus rodillas, escribía cartas a su madre postiza, grababa el pupitre con una navajita de madreperla y miraba por la ventana el tiempo que discurría con enloquecida andadura; a sus oídos llegaban, atenuados por la voz que los relatava, los estallidos de los bombardeos de Trípoli, las gloriosas marchas italianas, los gritos victoriosos de los soldados italianos en África, las rimas de los excelsos poetas italianos. En estas circunstancias llegó el verano, pero duró poquísimos, porque el tiempo lo trituró en un instante: el anguloso Sesto, al que de niño llamaban Marianna, desembarcó con una maleta de cartón de un autocar desvencijado, se encontró con un pueblo desértico al que la guerra de Libia había vuelto semejante a Libia, en el que solo quedaban viejas y carabineros con los que se cruzaba por las calles al atardecer, con pasos cansinos y acompasados, siempre en parejas. Demasiado poco duró aquel verano y en pocos días se llegó a septiembre; y Sesto, mientras esperaba en la explanada de la iglesia con la maleta a sus pies al mismo autocar para que lo llevara de vuelta al pensionado, pensó de

repente en una bocina de latón de automóvil que yacía enterrada en un pozo seco. Y justo cuando estaba a punto de lanzarse a la carrera hacia el río, desabotonándose el cuello de la camisa, el hocico azul del autocar asomó por la curva; de modo que Sesto, con la maleta de cartón brincando en la redcilla, dejó de nuevo el pueblo con una mano colgando fuera de la ventanilla que no se despedía de nadie porque las calles estaban desiertas, y su madre postiza Addolorata, encerrada en casa, estaba echándose una siestecita cargada de sueños dolorosos.

El tiempo que siguió fue aún más exiguo bajo las mandíbulas de la Historia, que, definitivamente lanzada, masticaba, por detrás de los cristales del pensionado, hechos y hechos y hechos. Esos años pasaron de repente, como movidos por una ráfaga de viento que hojea un libro: en cada página había nombres, fechas, lugares que circulaban, se abanicaban, remolineaban cada vez más rápido, mientras que él, ese Sesto al que de niño llamaban Marianna, se había convertido en un joven larguirucho y anguloso, encapsulado en un pupitre que parecía haberle crecido encima, que leía a escondidas a Pascoli, el *Avanti!*, y cartas iguales y distintas con el membrete del Hôtel Majestic que al cabo de tantos años le explicaban la verdad, tal y como ha sido relatada en esta historia, admitiendo que pueda ser considerada verdad. Y mientras tanto continuaban las sopas de pan interminables, en las que navegaban trozos de corteza, el *De bello gallico* se había convertido en civil y el calendario, inexplicablemente, marcaba 1914. Aquel fue el año más largo de la juventud de aquel Sesto largo de miembros y rojo de pelo, que miraba el mundo desde las ventanas de un pensionado. Fue el año más largo, porque el vello, naturalmente rojizo, que le había crecido en las espinillas, con la consecuente utilización de pantalones largos, lo autorizaba a salir de los muros del pensionado para codearse con el mundo de los adultos. Salía del pensionado después de las sopas de pan del refectorio y con la escasa calderilla en el bolsillo que le mandaban sus madres del Majestic se iba de paseo por las calles de aquella ciudad de provincias. La ciudad no era bonita por sus monumentos, sino por su paisaje: una ciudad apacible y rosada, en una colina, con un palacio ducal neoclásico y un arzobispado de pórticos renacentistas, sobrio y enrejado. Sesto, con un ejemplar del *Avanti!* en el bolsillo, cruzaba los empedrados sonoros, en aquel invierno del catorce, hasta un callejón de muros altos y redondos por los que asomaban cipreses y boj de jardines señoriales. Las reuniones eran a las cuatro de la tarde, todos los

viernes, en un sótano amueblado con bancos, con una cátedra escolar que servía de palco para quienes deseaban tomar la palabra, con una pizarra y un pequeño armario repleto de libros. Se hablaba de la guerra, aquel año, para condenarla y exorcizarla, porque la guerra ya estaba presente aun cuando no estuviera, y la estudiaban en sus mecanismos sociales, que por aquel entonces al joven Sesto le parecían oscuros y complejos. Tras aquel año que pasó en las reuniones del sótano, el muchacho empezó a darse cuenta no sin cierto estupor de que las guerras dependen de la voluntad de los hombres y por lo tanto están motivadas por ideas y por intereses. A esta conclusión no llegó por su cuenta, sino gracias a la ayuda de enfervorizadas discusiones con sus compañeros de círculo, gracias especialmente a las sugerencias de una muchacha dulce y decidida, que decía llamarse Carlotta. Y que era dulce, bajita, católica, lo sabía todo sobre las masas campesinas, no tenía dinero para pagarse una carroza, era miope aunque no llevara gafas y creía en la cultura popular. Sesto mantuvo con ella un amor que podríamos llamar platónico, intenso y agotador como una caminata bajo el sol, hecho de miradas pegajosas de las que eran incapaces de despegarse, de rubores, de paseos, de ideales comunes, de fe en los hombres, en las masas campesinas y en el socialismo cristiano del padre Curci, y que ninguno de los dos tuvo jamás el valor de confesar al otro, por mucho que se miraran cada vez con más frecuencia por encima de los bancos del sótano. Hasta el día en que el joven Sesto se dio cuenta de que si recorría a la carrera cada viernes el callejón de los altos muros no era por las discusiones políticas, sino para encontrarse con la mirada dulce y miope de Carlotta. Eso ocurría a finales de mayo de 1915, en una ciudad rosada y llena de avispones; y el joven Sesto, a quien se le había autorizado a presentarse anticipadamente a sus exámenes para obtener el título de magisterio, con el fin de que pudiera cumplir con sus deberes de soldado italiano, fue a despedirse platónicamente de su amor con el diploma en el bolsillo, algo de calderilla y un ejemplar del *Avanti!* Después fue a la estación del autocar, dejó su maleta de cartón en el depósito de equipajes, se montó en una carroza con los últimos céntimos que le quedaban y le dijo al cochero:

–Al Hôtel Majestic.

El Hôtel Majestic era bastante menos majestuoso de lo que daban a entender el nombre y los cortaplumas de madreperla. Se hallaba en el primer piso de un edificio con una fachada de falsas ventanas, que recibía luz por el

patio, y en su vestíbulo se topaba uno con el taburete de un limpiabotas desocupado. «Este lugar debe de haber conocido tiempos mejores», pensaba el joven Sesto mientras subía por las escaleras; y también el interior del Majestic, que con aquel papel en las paredes y las butaquitas acolchadas de color verde oliva tenía casi el aspecto de una pensión familiar. El encuentro con su doble madre fue breve y cordial, como si ella lo hubiera estado esperando. Maria y Anna lo recibieron en un saloncito de té, se conmovieron con elegancia, lo abrazaron con abochornado afecto, le hicieron varias preguntas sobre su salud. Al joven Sesto lo había impelido a subir esas escaleras una pregunta que le apremiaba en el pecho y sin cuya respuesta no quería irse a la guerra; pero delante de aquellas dos mujeres sentadas en el saloncito le pareció inútil, casi retórica. Eran tan iguales de rostro, de voz y de gestos, aquellas dos madres suyas tan hermosas y ajadas, que no suponía diferencia alguna ser hijo de una o de otra; al contrario, eran tan iguales, demasiado iguales, que cuando bajó a la calle y se encontró bajo la luz de aquel mayo lleno de avispones le entró la sospecha de haber sufrido una alucinación, como si su mente hubiera escindido una imagen en dos. Y se había preparado incluso otro discursillo, el joven Sesto, antes de llegar a aquel saloncito verde oliva; pero ahora solo se acordaba de segmentos algo confusos en los que se mencionaban el socialismo cristiano, la redención de los oprimidos y el padre Curci; de modo que prefirió callar y escuchar las dobles y tiernas palabras maternas, tomarse un té de limón, fumarse un cigarrillo. Y cuando, ya a punto de despedirse, las dos madres le preguntaron en voz baja si tenía ya novia, él se puso más colorado de lo que ya era por naturaleza, balbuceó, se confundió, dijo que conocía a una muchacha con la que salía de paseo los viernes y que iban a un círculo y que bueno, en fin, no se habían dicho nunca nada pero estaba claro que para los dos... Entonces las dos madres lo empujaron delicadamente a otro saloncito donde estaba la muchacha que le había abierto antes la puerta y después se retiraron, insistiéndole en que les mandara una postal desde el frente. Y así el joven Sesto a quien de niño llamaban Marianna usó por primera vez su navajita personal en el Hôtel Majestic con una muchacha de enorme ternura, que olía muy bien y que le dijo muchas olvidables palabras al oído; después se vio a sí mismo en el rellano, bajó las escaleras hasta donde estaba el limpiabotas desocupado, volvió a la estación preguntándose si no tendría una sola madre a la que su imaginación enferma había escindido en dos madres iguales y

distintas, montó en un autocar desvencijado, colocó la maleta de cartón en la redecilla y volvió traqueteando a ver a su madre postiza.

No se hace uno adulto hasta que no se piensa en la infancia con nostalgia, aunque haya sido una infancia de piedras; en ese momento esta se nos aparece como un planeta perdido en el tiempo, inalcanzable y presente aún, como una fotografía que nos retrata pero de la que hemos salido irremisiblemente; y nos damos cuenta de que ser adulto es solo haber desaprendido a ser niño. Eso pensó el joven Sesto vestido con el uniforme gris verdoso, un día de junio en el que abandonó su pueblo repleto de piedras: porque, entre tanto, hasta aquel perdido trocito de mundo al que ya había llegado la corriente eléctrica habían llegado también los raíles, un tramo que se unía a la vía férrea de la llanura y que terminaba justo debajo de las canteras; y ahora, en vez de bloques de mármol, el tren se llevaba a una decena de jóvenes gris verdoso, confusos entre la multitud, y para homenajearlos o por orgullo los habitantes habían levantado una marquesina de hojalata con un cartel toponímico que hacía las veces de estación. Dadas las circunstancias, la banda había venido vestida de fiesta y para arrancar con el himno esperaban en fila a que el tren silbara; y el joven Sesto, asomado a la ventana, miraba la multitud que había acudido a despedir a los soldados. Le hubiera gustado responder a los saludos de la gente que tendía las manos para estrechar manos, pero en cambio solo le dio tiempo a lanzar un saludo a Vittorio Emanuele Degli Angeli, que sostenía en brazos a su última hija, porque sus ojos se sintieron atraídos por el viejísimo Mentone, que había levantado el brazo derecho para dar el gesto de arranque a la banda, y desde la mano de Mentore los ojos le resbalaron hasta un viejecillo de la primera fila que tenía las mejillas llenas de aliento para soplar en su instrumento. Como ya se ha dicho, era junio y lucía el sol, de manera que cuando el músico acercó el instrumento a los labios, el sol lo hizo relucir con un deslumbramiento; el instrumento era una tuba, una tuba corta y retorcida con unos cuantos pistones de latón reluciente. Por eso, a Sesto ex-Marianna se le vino a la cabeza una bocina de latón que había enterrado de niño entre las piedras de un pozo seco; y le entraron ganas de correr a recuperarla y de quedarse en el pedregal del río tocándola, haciendo como si condujera un estruendoso automóvil como el de Corradino Zanardelli. Pero la banda ya había arrancado con las primeras notas del himno y las ruedas del tren giraban en dirección opuesta a la de la marquesina y en un instante banda,

multitud, marquesina, pueblo, montaña se habían convertido en un cuadro que retrocedía enmarcado por las cortinas de la ventanilla, y la infancia de Marianna, esta vez, se había ido para siempre.

LAS PRISAS DEL TIEMPO

Ha pasado mucho tiempo desde aquella noche en la que un joven de bigotes majestuosos se zambulló en un río helado para esquivar a dos gendarmes. Ahora descansa bajo una piedra y en una esquina descansa a su lado el pequeño topo que le hizo de mujer; y bajo una piedra urbana descansa también el clérigo Paolo Fonzio, aquel que intentó encerrar la Historia en cuatro tomos; ¿y quién es el que lee hoy en día esos anales fidedignos? ¿Quién lee a estas alturas un recetario, una rústica farmacopea envuelta en un lazo desvaído que en sus tiempos pigmentó el pelo de un recién nacido por vías desconocidas para la ciencia? Quién sabe dónde descansa, nadie se molestó nunca en volver a buscarlo. Y bajo las piedras descansa Carlo Filippo Degli Angeli, definitivamente transformado en un envoltorio de orquitis, al igual que las manos rítmicas y al final parkinsonsianas del maestro Mentore. Bajo una piedra, bajo muchas relucientes piedras de mármol travertino descansa también el apuesto Corradino Zanardelli, hijo del difunto Federigo, que confió su vida a la decisión de un disparo de pistola en las habitaciones desiertas de una villa de Fiesole. Pero ¿cómo admitirlo, cómo defenderlo si Paolo Fonzio, que hubiera podido escribirlo, descansa bajo una piedra? Y además está el cortaplumas de madreperla verde del Hôtel Majestic, un cortaplumas tan pequeño que cabía en la palma de una mano, provisto de una minúscula hoja y de una espiral que servía para destapar las botellas: porque el Hôtel Majestic conoció tiempos mejores antes de que en él se bebiera té con limón y que su personal se viera considerablemente menguado. Y ahora descansa también el Hôtel Majestic, quebrado por la competencia. Los tiempos cambian y cambian los deseos: a un burdel humbertino y algo púdico que reparte en Navidad navajitas de madreperla verde entre sus clientes solo le cabe admitir su derrota ante los lupanares procaces y abarrotados que exigen los tiempos. De modo que descansa también el Hôtel Majestic en cuanto tal, se rindió a su visceral propensión hogareño-familiar, cambiando su letrero por el de «Pensión Majestad», en deferencia a la corona y a los tiempos que cambian; y ahora lo recorren los pasos aterciopelados de directivos educados y pálidos, de funcionarios

arancelarios de una rosada ciudad de provincias que en mayo se llena de avispones; y sus gariteras descansan también, por ahora descansan en un saloncito verde oliva, bebiendo té con limón, aguardando a descansar juntas bajo una piedra después del final sincrónico de una vida sincrónica. Por último, tenemos la bocina de un viejo automóvil que a estas alturas ha perdido su brillo y yace enterrada entre las piedras de un pozo seco oculto en el pedregal de un río. Bocina que es testimonio de la infancia míticamente feliz de un niño al que llamaban Marianna, que había hecho un pacto de sangre con un amigo. ¿Pero quién ha de desenterrar esa tromba si quien la escondió entre las piedras ya no se acuerda en absoluto de ella? Porque entre tanto el tiempo, sin hacer ruido, ha empezado a rodar a una velocidad impresionante; Anselmo Menichetti, de adoptado Zanardelli, a estas alturas un buen italiano y hombre respetado, dirige la cantera que perteneció a su padraastro cuando se libera de sus compromisos políticos, mientras que un hombre al que de pequeño llamaban Marianna enseña el abecedario en la real escuela primaria de un pueblo repleto de piedras. De modo que estamos realmente en tiempos muy distintos.

En estos tiempos, Anselmo Zanardelli celebraba periódicamente un mítin en la plaza que daba al palacio episcopal de una rosada ciudad de provincias. Por lo general, hablaba ante un público escaso, formado por los notables del lugar, las autoridades eclesiásticas al completo y dos bancos de viejecillas vestidas de negro. Pero aquella tarde de agosto en la que se produjo un disparo, el público había aumentado de manera notable, porque en agosto hace calor en aquella rosada ciudad de provincias y la gente aprovechaba para tomar el fresco.

Nunca fue un gran orador, Anselmo Zanardelli, y por lo demás su especialidad eran los mármoles; pero tenía ímpetu, buena voluntad, elegancia y la dicción de una lengua aprendida en Florencia. Y justo cuando, con una perfecta escansión de sílabas, pronunció ante el micrófono la palabra anarquía, justo en ese preciso momento sonó el disparo. Retumbó de manera tal, en aquella plaza de soportales enrejados, que fue imposible establecer de dónde procedía. Pero era un disparo de escopeta de caza, de eso no había la menor duda, porque el estallido fue fragoroso y rimbombante, y los perdigones que llovieron sobre la tarima eran de un cartucho de caza. Siguieron los gritos de las viejecillas, los bancos por el suelo, el pandemónium causado por los jerarcas que extrajeron las pistolas y

empezaron a disparar como locos contra todas las ventanas de la plaza que estuvieran iluminadas. En un primer momento nadie acudió en ayuda de Anselmo Menichetti de Zanardelli que había recibido algunos perdigonazos en un hombro y yacía hecho un ovillo bajo la tarima, aguardando nuevos posibles disparos. De modo que cuando corrieron hacia él, con algunos minutos de retraso, había tenido tiempo de desgarrarse la chaqueta y de darse por desmayado. Al día siguiente, en casi todos los periódicos de la península, una fotografía desvaída en los bordes, de formato cubital, mostraba a los italianos a un mártir de la revolución fascista herido por los bolcheviques en un atentado.

Ha caído el silencio en torno a una monstruosa lámpara de techo en un saloncito lleno de grietas, y hay tanto humo que convendría abrir la ventana, pero nadie la abre porque da demasiado afuera y hasta las piedras, como suele decirse, tienen oídos. Sí, quizá sea verdad, ha sido un error, ya veremos, aunque desde luego la satisfacción de llenarlo de perdigones, eso es lo que se objeta por ahora, sin motivaciones estratégico-ideológicas. Entre tanto, Addolorata ha traído vino y los vasos acaban sobre el periódico desplegado en la mesa; el héroe de la revolución fascista, desvaído en los bordes, está lleno de circulitos de vino, como un tiro al blanco. Ahora sí que resulta tentador.

–Y además es una figura de medio pelo y las figuras de medio pelo no pueden ser el objetivo de una lucha política realista.

Sesto sigue refunfuñando con su mechón pelirrojo en la frente, lanza una letanía mascullada que podrían ser improperios, pero que son consideraciones personales acerca de lo que significa hacer política. Y en ese momento el círculo se rompe, alguien cambia de sitio, la discusión empieza de verdad, porque en esas tierras tarda lo suyo en arrancar; se ve por cómo carraspean y no solo a causa de todo ese humo. Y sin nadie que se decida a abrir la ventana.

–Menos hablar y más trabajar.

La frase proviene de Vittorio Emanuele Degli Angeli, cuya presencia en ese lugar no debe sorprendernos, a pesar del nombre saboyano y un difunto padre realista. Y así Vittorio Emanuele está allí con todos los demás, igual que está con todos los demás desde siempre; en el mismo lado, que además es

su lado, aunque siga siendo el capataz de las canteras. Está allí y se nota su autoridad sobre la audiencia, porque es viejo, equilibrado, ha llegado al Ideal por convicción, no por ideas de familia. Y además tiene una hija que se llama Amelia, es hermosa y tiene dieciocho años, lo que por el momento nada tiene que ver con la presente historia pero que más adelante tendrá su peso.

—¿Y eso qué quiere decir?

Sesto sigue refunfuñando y se aparta el mechón de los ojos, que le arden a causa de todo aquel humo.

Pero Vittorio Emanuele no le contesta porque la suya era una simple frase de arranque, como exige el código de las conversaciones, que por esas tierras tardan en arrancar. No contesta y tamborilea con los dedos en el periódico repleto de circulitos rojos, bebe un sorbo, se aclara la garganta para contestar y no contesta.

—Esperamos el evangelio del padre Curci y la divina providencia.

Ese sí que es un arranque de verdad, pero no proviene de Vittorio Emanuele Degli Angeli, cuyo cometido es solo dar la señal de salida a una conversación que tarda en arrancar. La frase es de otro, pero podría ser de todos, porque resume el pensamiento común y quiere decir oye, que estamos hartos de ser siempre los muñecotes de las ferias que se derriban a pelotazos: si quieres trabajo, esta es la paga, si no te basta te doy un aumento a base de porrazos, si no estás calladito, te cae una carta de despido de aceite de ricino: eso es lo que quiere decir esa frase, que es lo que piensan todos. Y que quiere decir también: o te amoldas o no te amoldas, las cuentas claras y el chocolate espeso, y cada uno por su camino: nosotros hacemos *algo*. Y ahora hay una pausa, una larguísima pausa. Por aquí las conversaciones tardan en arrancar, cada uno habla para sus adentros y todos se entienden con la mirada. Qué hacer y cómo hacerlo: de eso querrían discutir. Discutir como hombres abriendo la ventana, porque uno se ahoga con todo ese humo. Todo lo demás ya lo saben, no hace falta que se lo digan. No hace falta decirse que se mueren de hambre, de piedras y de palizas. Eso es lo que hacen; se presentan en las casas de noche, llaman: dos palabras, queremos hablar contigo, anarquista de mierda. Y no hay nada que hacer, esa es la verdad, y están desesperados. Desesperados y atrapados en un pueblo repleto de piedras, en una habitación llena de grietas, invadida por el humo.

Sesto se bebe su vino, se atusa el mechón, se restriega los ojos enrojecidos. Quisiera protestar, explicar sus razones, hablar de estrategia. Pero calla.

Sesto tiene los ojos rojos a causa de ese humo, pero también podía ser llanto. Desesperación, como todos los demás. Al padre Curci no lo han hecho papa y no lo será nunca, en su lugar el elegido ha sido Achille Rati, ahora Pío XI; la pedagogía, que era el arma de los hombres de mañana, se enseña en un libro ilustrado con un mosquetón; y detrás de los hombros del maestro, sobre la cátedra, los tiempos han conjugado la imagen del duce, del numismático y de Cristo en la cruz. ¡Estos son los hechos, esta la verdad práctica, y no el socialismo cristiano del padre Curci! Estos son hechos. Mulos, trincheras, judías, piojos, dos años en el frente, congelamiento de los pies, hospital militar, inválido de guerra: esos son los hechos.

Es la última ronda de los vasos. Hay un agujero de bordes mojados sobre el héroe de la revolución fascista, la habitación está grávida de humo y la lámpara monstruo parece una medusa fluctuando en la niebla.

—No, a Anselmo ni tocarlo.

Eso dice Sesto con decisión. Nadie responde, porque por ahí las discusiones tardan en arrancar y también porque saben que esa es una afirmación gratuita y tendrá que ser aderezada con razonamientos más convincentes. De modo que Sesto se restriega los ojos rojos, se pasa los dedos por el cabello e intenta ser más convincente.

—Ya os lo he dicho, es una figura de medio pelo. Y además sería contraproducente, vendrían por aquí para hacer una buena limpieza.

Eso es lo que dice Sesto. Pero nadie puede saber de un niño que se llamaba Marianna y de su amigo Anselmo Menichetti, de adoptado Zanardelli. Y mucho menos que un verano, mientras el niño al que llamaban Marianna empezaba a llamarse Sesto y vagaba detrás de un perro callejero en una anteiglesia vigilado por el sol, Anselmo Menichetti de Zanardelli apareció vestido de cadete. Eso provocó una discusión que acabó a puñetazos sobre el polvo de la anteiglesia, después de lo cual Anselmo se marchó para ir a convertirse en un buen italiano. Y como es natural llegó a serlo de verdad, por más que hubiera dicho una pequeña mentira, porque no estaba en la academia militar, sino en un internado fino. Pero era una mentira insignificante, porque el uniforme del internado era tan parecido al uniforme de los cadetes, incluso en el espadín que parecía un abrecartas, que podía pasar perfectamente por el de la academia. Además tenía picadero, esgrima y menú. Y en el menú estaba escrito *potage, caro, viande*; de modo que para poder elegir había que aprender latín o francés. Y además se decía: *fortasse*,

frater, gentilicium nomen, s'il vous plait y parbleu, única imprecación tolerada, hasta el punto de que la decía incluso el director cuando se ponía hecho una fiera. Para convertirse en buenos italianos había que estudiar el idioma latino, que es la madre del italiano, y el francés, que era su hermano; y, además, aprender a obedecer para aprender a mandar, cabalgar como César, practicar esgrima, acordarse del rey en las oraciones y rechazar los actos impuros que reblandecen la médula espinal y hacen que te vuelvas jorobado. Respetando esas reglas, Anselmo Zanardelli empezó a convertirse en un buen italiano y, como es natural, se olvidó de una bocina de latón enterrada en un pozo. Entre tanto, la Historia, fuera de los cristales del internado, pasaba también por allí con banderas y estandartes, por las calles de una ciudad llena de mármoles y de renacimiento, anunciando que África era italiana y animando cada vez más a ser buenos italianos. Creció derecho como un tronco, Anselmo Zanardelli, demostrando inequívocamente que no se masturbaba; le dijeron que estudiara mecánica para llegar a ser un buen italiano ingeniero, lo que se apresuró a hacer, porque para saber mandar hay que saber obedecer. Y entre tanto llegó mayo, un mayo repleto de olores y de glicinias, y Anselmo Zanardelli deambulaba por las calles, visitaba museos y se apresuraba a convertirse en un buen italiano ingeniero. Iba al museo de las piedras y miraba los cuadros de los mosaicos de los que conocía cada pieza; y el mundo, para él, estaba hecho de ónix, travertino, lapislázuli, amatistas y así sucesivamente. Estaba lleno de mañana. Y el mañana dio comienzo de inmediato en la Escuela de Aspirantes a Oficiales de Caserta, donde permaneció casi toda la guerra y donde acabo, convertido en un buen italiano ingeniero. Y Nápoles, ¡cuántas piedras le brindó! ¡Nápoles y los museos arqueológicos, los mosaicos romanos, Pompeya, Herculano, Paestum! El aspirante a oficial y casi ingeniero Anselmo Zanardelli tomaba el autocar descapotable y se iba a adquirir cultura llevando consigo un cuadernito de notas en el que apuntaba los nombres de todas las piedras: ónix, travertino, lapislázuli, amatistas y así sucesivamente. Entre tanto, en las habitaciones vacías de una villa de Fiesole, resonaba un estruendoso disparo de pistola que interrumpía la vida fatua del maduro Corradino Zanardelli, hijo del difunto Federigo. Si es que se trató de suicidio, porque subsisten razonables sospechas. Sospechas, solo sospechas; las malas lenguas, ya se sabe, la gente murmura, no tiene respeto por nada; tuvo poco respeto por aquella viuda enjergada. El caso es que el maduro Corradino Zanardelli, hijo del difunto

Federigo, no había perdido la costumbre, en su fatua andropausia, de irse de putas, lo que parece ser que su mujer llevaba cada vez peor. Y así, de la noche a la mañana, resonó una tarde un estruendoso disparo de pistola en las habitaciones de una villa de Fiesole y al maduro Corradino Zanardelli, hijo del difunto Federigo, lo hallaron sobre la alfombra delante de la chimenea. Pero su viuda, su recientísima viuda, ni siquiera lo tocó, de modo que el médico forense lo encontró ya rígido con la pistola en la mano, la pistola del propio Corradino Zanardelli debidamente registrada, apuntándole al corazón. Sí, sospechas, solo sospechas, en definitiva: las malas lenguas. Pero la mancha de sangre de la alfombra se limpió y las ventanas del salón se abrieron de par en par para que se desvaneciera el hedor a pólvora, mientras al maduro Corradino, con el glande por fin sosegado, lo depositaban en la tumba de la familia. Quién sabe si sospechó algo también Anselmo Zanardelli mientras el autocar descubierto lo llevaba de paseo entre los almendros de Paestum, ¿quién puede decirlo? Pero él era un buen italiano, y los buenos italianos no alimentan horrendas sospechas, de las que han de huir como de la masturbación. Anselmo solo Zanardelli era alto, derecho como un huso, estudiaba las piedras, era culto, casi ingeniero, amante del arte clásico y se había convertido en el precoz propietario de una cantera de mármol gracias a un disparo de pistola que había quitado de en medio a su padrastro.

–Yo digo que Sesto tiene razón –dice Vittorio Emanuele Degli Angeli.

Lo que quiere decir salirse con la suya, porque Vittorio Emanuele es viejo, equilibrado, ha conquistado el Ideal, tiene autoridad sobre la audiencia. El círculo se disuelve, se despiden todos en silencio, es ya muy de noche, una hora sospechosa, en todo caso, puede abrirse la ventana porque ya no hay nada que temer.

De modo que los hombres se despidieron en silencio, Sesto abrió la puerta, arrebujo el periódico manchado de vino donde sobrevivía la frente de un héroe de la revolución fascista sin pensar todavía en Amelia Degli Angeli, que aún no había entrado en su tiempo. Pero también ese tiempo acabaría por llegar, porque el tiempo siempre tiene prisa, aunque no lo demuestre, y sabe engullir años y años de un bocado.

RESERVADO A AMELIA

Querida Amelia:

A veces pienso en ti y te recuerdo de niña. Como es obvio, tú no puedes tener la claridad de mis recuerdos, porque entonces eras una niña. Cuando volví de la guerra tenía poco más de veinte años y venía a trabajar de maestro, el pueblo estaba repleto de piedras, como ahora, y la escuela era un regalo del rey. Vosotros erais quince o dieciséis, de todas las edades, y tú tendrías quizá siete u ocho años y cursabas primero. Eras feúcha y levemente bizca, aunque no costaba adivinar que acabarías siendo muy guapa. Tu abuelo se llamaba Carlo Filippo y creía en los reyes, pero tú no llegaste a conocerlo. Yo mismo apenas lo recuerdo, se me quedó grabado una vez que me había refugiado detrás de un olivo con una grulla disecada y él salió de mi casa junto con otras personas llevando a hombros un diminuto ataúd que contenía una abuela de la que no me acuerdo.

Querida Amelia:

No me acuerdo de si me había quedado dormido, estaba en casa, no me lo esperaba. Oí un motor, parecía más un camión que un automóvil. Me asomé a la ventana pero no conseguía ver nada, porque el camión permanecía detrás de la iglesia. Había apagado el motor pero seguía con los faros encendidos, de manera que dos cilindros de luz asomaban de la oscuridad dirigidos a la plaza. Entonces me vestí, quería salir vestido como es debido. Ellos empezaron a cantar sus canciones y silbaban como se silba a las ovejas. Iban de casa en casa sacando a la gente. Yo pensé: salgo yo solo, porque no quería que me sacaran, quería salir por mi propio pie, vestido, sin que me empujaran, de modo que me uní a los demás, que estaban ya alineados en la plaza, muchos descalzos y en calzoncillos, incluso los más ancianos. Los que dirigían el tráfico eran los hermanos Piazzì con las borlas bailándoles en el cuello. También a tu padre le había dado tiempo a vestirse. Tu padre era un hombre muy estimado. Lo golpearon con saquitos de arena, porque se avergonzaban de dejarle marcas en la cara. Con saquitos de arena en los hombros, que no dejan marcas por arriba y las dejan por abajo, con el

tiempo. Pero ¿sabes tú por qué te cuento esto, Amelia? ¿Qué necesidad hay? ¿Y yo? Verás, yo era un hombre delgado y fuerte, no había problema, podía sangrar tranquilamente y llevar marcas. Así que... Pero ¿qué necesidad hay, Amelia?

Amelia:

Había una vez un hombre que estaba en la cárcel por actividades subversivas, pues lo consideraban responsable de los desórdenes ocurridos tras una expedición de castigo. De niño lo llamaban Marianna, tenía el pelo rojo, una vez fue maestro y le escribía a una muchacha a la que había conocido de niña, contándole una curiosa manía que le había entrado cuando había emergido desde una profundidad violeta durante un tiempo inconmensurable, de manera que se había puesto a estudiar la metempsicosis voluntaria en un libro que se llamaba *Corporisation et décorporisation dans la métempyscose volontaire*, de un alsaciano que murió loco, y para leer ese libro se había puesto fatigosamente a repasar el francés que había estudiado en el pensionado. Le escribía una carta en la que le decía:

Querida Amelia:

Tendré tiempo para escribirte cartas. Mucho tiempo, demasiado quizá. Si sufriera aún de una manía que me perseguía cuando emergí de una profundidad violeta, te aseguro que querría descorporizarme para atravesar estos muros y saber lo que ocurre fuera.

Querida Amelia:

¿Qué ocurre ahí fuera? Aquí el tiempo está detenido. Nos han robado el tiempo y la Historia. Pero desde luego el mundo se mueve. Lo sé, corre en el espacio a una velocidad de locura, y con él corren los mares y los montes y una montaña blanca y un pueblo repleto de piedras a los pies de una montaña blanca. Y tú, que ahora serás hermosa, tal vez estés cruzando una plaza repleta de piedras sin darte cuenta de que corres a una velocidad de locura en el universo, y junto a ti corro yo, también encerrado entre estas cuatro paredes mientras siguen tratando de robarme el tiempo.

Amelia:

En la época de su encierro, mientras te escribía una carta creyendo que

nunca saldría, Sesto no podía imaginar que un día habría de recibir esta carta que le decía:

Querido Sesto:

Estamos muy contentos por usted porque nos hemos enterado de que por fin lo dejaran libre. Aquí se habla mucho de la guerra, a mi padre le gustaría mucho escribirle pero no puede porque no se siente bien, de modo que lo hago yo en su lugar y le mando nuestros más afectuosos saludos y los de todos los amigos. Pero ¿por qué no nos ha escrito nunca? O tal vez sus cartas no nos lleguen nunca.

Amelia:

No te llegaron nunca todas las cartas que te escribió desde una celda un hombre al que de niño llamaban Marianna. Te había contado tantas cosas de él, de una mítica infancia feliz, de su oficio de maestro, de su fe en los hombres, de cómo lo habían sepultado en un abismo lívido. Tantas cartas como te había escrito, pero tú nunca llegaste a recibirlas; y cuando salió no te dijo nunca por qué, mejor dicho, ni siquiera te dijo que te las había escrito. No te lo dijo porque quizá no se presentó la ocasión, quizá sintiera pudor o quizá le faltara tiempo. No te sorprendas, en todo caso.

Querida Amelia:

No te sorprendas si te lo digo ahora, desde este tren en marcha; tal vez habría debido decírtelo cuando salí y fui a verte a tu casa y tú saliste a recibirme a la puerta y me diste la mano. O cuando te besé por primera vez y tú me pusiste una mano en el pelo. O cuando iba a tu casa por la noche y nos quedábamos en silencio mirándonos. Hubiera querido decirte que cuando estaba en la cárcel te escribí muchas cartas. En cambio no te lo dije, y pensándolo bien no sé por qué. Quizá porque no nos dio tiempo. Pero qué más da. Te lo digo ahora, con retraso, el amor que empecé a sentir por ti mucho antes de que te lo dijera. Te lo digo ahora desde este tren en marcha, en este desierto del mundo, para que lo sepas y recuerdes, si te es posible.

Amelia:

¿Será posible que recuerdes cartas que jamás llegaron porque nunca fueron enviadas en aquellos minúsculos días pulverizados, cuando eras una

hermosísima muchacha con los ojos dilatados por el terror? El mundo era una explosión y tus vísceras estaban grávidas de un amor breve, brevísimo, al que no le había dado tiempo siquiera a hablarte de las muchas cartas que te había escrito sin llegar a enviarlas. Y tú

Querida Amelia:

Tú no sabes que para hablar de aquella tarde en la que me presenté tendrías que hablarte de una bocina de latón. Quizá te haya hablado de ello en esas cartas que te escribí desde la cárcel, pero que luego no te envié nunca, de modo que debería empezar desde el principio y sería demasiado largo. Solo te diré una cosa: hay un pozo seco cerca del río, enterrado entre las zarzas y el cañaveral. No lo conoce nadie, aparte de mí y de un niño que me regaló una bocina de latón a cambio de una navajita de madreperla.

Amelia:

Una navajita de madreperla que ya está completamente cubierta de herrumbre, ni siquiera apretando el botón salta la hoja que servía para descorchar las botellas. Y completamente cubierta de herrumbre está también una bocina enterrada en un pozo seco. Pero ese pozo tú no lo conoces, y el hombre que de él quiere hablarte se ha interrumpido porque mientras tanto el tren ha llegado a los alrededores de Venecia.

Querida Amelia:

El tren ya ha llegado a los alrededores de Venecia. Han hecho montar a más hombres, una decena. Ahora el vagón empieza a estar abarrotado, pero aún no estamos incómodos. Es un viejo vagón con asientos de madera, sin separación de compartimentos, de modo que es muy ruidoso. Entre los nuevos hay un señor elegante de unos sesenta años, con bigotillos plateados, bien vestido, con una maletita. El otro es un comerciante regordete y lampiño, un fascista asustado que ha dicho con voz temblorosa: «¿Somos todos camaradas?»

Amelia:

«¿Somos todos camaradas?», preguntó un señor regordete y pálido que estaba sentado en un vagón junto a un hombre de pelo rojo. «Camaradas o compañeros, me parece que a estas alturas ya da igual, estimado señor»,

replicó el hombrecillo elegante de unos sesenta años que había dicho que era el conde Tal de Cual. «Bueno, diferencias hay», dijo el comerciante regordete y pálido. «Hay notables diferencias.» Y movió sus dos ojos de renacuajo en busca de asentimiento. Pero el asentimiento no llegó. Estaba cayendo la tarde, el vagón no tenía luz y ya había alguno que dormía. La ventanilla atrancada dejaba entrever un campo de colinas grises, de una tenue belleza. «Lo único que hacemos en responder a la llamada de los amigos de nuestra patria», volvió débilmente a empezar el comerciante regordete y pálido. Se encendió una lucecita azulita y mortecina que subrayó la caída de la noche. Por detrás del ojo redondo de la ventanilla atrancada el campo era un manto negro sobre el que de vez en cuando pasaba una luz. «¿Y todos estos señores son de su misma opinión?», preguntó educadamente aquel que había dicho que era el conde Tal de Cual. Pero nadie contestó porque había caído la noche.

Querida Amelia:

La noche que me capturaron me había citado con mis compañeros cerca del río, en el sitio de siempre. Para mí era un sitio absolutamente seguro, porque conozco en las inmediaciones un pozo que no conoce nadie, en el que podía estar escondido hasta el momento justo. Los compañeros bajaban una vez al mes, siempre en domingo, porque parecía un día más afortunado. Yo me fui al río cuando el reloj del campanario dio las once. La cita era a medianoche, pero pensé que era mejor ir antes, en el caso de que ellos pudieran adelantarse, como ya había ocurrido otras veces. El pozo lo conocía solamente yo, porque cuando era un niño escondí en él la bocina de la que ya te he hablado, una bocina de automóvil que tiene en el embudo la marca de una fundición de Viena.

Amelia:

«Viena», dijo el señor que sostenía ser el conde Tal de Cual. Y puso una maliciosa sonrisa de nostalgia. «Ya estamos en Viena.» «En mis tiempos era la capital de la música. Ahora debe de estar envuelta en el silencio.»

Querida Amelia:

En el silencio nocturno yo estaba tumbado sobre las piedras del pozo escuchando los grillos precoces, el agua del arroyuelo sobre las piedras y el crujido de las cañas, como un vuelo de pájaros.

Amelia:

«Como un vuelo de pájaros empieza *La flauta mágica*», dijo el señor que sostenía ser el conde Tal de Cual. «Es un murmullo, no, mejor dicho, es una melodía ligera al principio, y luego adquiere una andadura majestuosa. Pero tiene pasajes que parecen un vuelo de pájaros. En esos momentos la naturaleza, que se había adormecido, se desata. Todos los seres de la naturaleza, en definitiva, todo el bosque.»

«A usted le gusta mucho la música, ¿verdad?», preguntó el comerciante pálido, intentando distraer sus miedos con una conversación que no le interesaba.

«No soy más que un aficionado», se retrajo su vecino de asiento, «en el sentido de que toco por mera afición.»

«Ah, de modo que toca», preguntó con falso interés el comerciante, en desesperada lucha con sus miedos. «¿Y qué instrumento toca usted?»

«La flauta», contestó con modestia el conde Tal de Cual. Y rebuscó en su maletita. «Puedo tocarles algo si quieren. La traigo aquí conmigo.»

Querida Amelia:

Tenía en mi poder cinco tubos de trilita, aquella noche, pero no me los llevé al pozo por una razón que te diré más tarde, porque entre tanto el tren se había parado fuera de la estación en una terminal de mercancías ahogada entre dos edificios agrisados por la niebla y por los humos de las locomotoras. Esperemos que nos den algo de comer, porque por ahora solo nos han dado agua y dos sacos de manzanas aún verdes. Por detrás de la ventanilla se ven los topes de otro tren, y esta es la capital de la música.

Amelia:

«Una música divina, su flauta parece mágica de verdad», dijo el comerciante asediado por sus temores, externalizando vivo interés.

«No la mía», se retrajo con modestia el señor que sostenía ser el conde Tal de Cual. «No la mía, la de Mozart. La mía no es más que una pobre flauta aficionada.»

«¿Y Wagner? ¿Le gusta Wagner?», preguntó el comerciante intentando desesperadamente adquirir interés por una conversación que no le interesaba.

«Me parece un poco..., a ver cómo lo digo..., un poco excesivamente yámbico. Eso es, yámbico.»

«¿Cómo dice?», preguntó el comerciante.
«Yámbico», dijo el conde Tal de Cual.
«Ah, claro», dijo el comerciante.
«Y sin enmarcar», prosiguió el conde Tal de Cual.
«¿A qué se refiere con eso?», preguntó cansinamente el comerciante.
«Las pausas, estimado señor, las pausas. Es de las pausas de donde nace la elegancia. Una música sin pausas es como un cuadro sin enmarcar.»

Querida Amelia:

El marco del pozo no había resistido al asedio de las zarzas por haber sido empedrado en seco, de modo que, cuando apoyé el pie, algún guijarro se desprendió y rodó por las piedras del fondo con un ruido sordo. Aparté las ramas espinosas y me dejé caer yo también. Me acurruqué en la oscuridad y me dispuse a esperar, tenía unos cigarrillos y la trilita la había dejado en el pedregal porque me daba pena llevármela al pozo, aunque pueda parecer ridículo. El cielo estaba tan claro que parecía el alba, después quizá me quedé dormido unos minutos y cuando me desperté la luna se había puesto. Llegué a temer haber dormido demasiado, pero en cambio eran solo las once y media, faltaba aún media hora para el día siguiente.

Amelia:

Al día siguiente llegó a su destino un convoy plomado repleto de hombres, pero eso tampoco puedes saberlo. Cruzó una ciudad industrial que tenía el cielo pegado a los tejados de las casas. Era una ciudad cerrada y desierta que parecía de muertos o hecha para los muertos. Al final, pasada la ciudad, al cabo de unos cuantos kilómetros de llanura esteparia, apareció otra ciudad hecha de barracones de madera y rodeada por alambre de espinos, con garitas de guardia sobre armazones.

«Soy de la opinión de que sus camaradas no van a hacer muchos distingos entre quienes quieran y quienes no, estimado señor», dijo el caballero elegante que sostenía ser el conde Tal de Cual. Pero el comerciante miedoso y pálido no le contestó. Movié los labios para decir algo, pero su voz fue una especie de sollozo y se apagó en el silencio.

Querida Amelia:

En el silencio oí sus pasos y me asomé al parapeto del pozo. La luna se

había puesto y no conseguía divisarlos. Después, uno de ellos encendió una linterna y conseguí localizarlos. Pero ¿por qué te hablo de esto, Amelia? Debería contarte lo que encontré aquí, pero no me siento con ánimos. Por ejemplo, en mi barracón hay un niño.

Amelia:

«Niño, ja, niño también.» Eso dijeron los dos soldados que entraron en el barracón del campo. Pero eso tú no puedes saberlo, Amelia. Los soldados entraban en los barracones para llevarse a los prisioneros a las duchas. Los soldados eran dos y nos apuntaban con sus metralletas.

Querida Amelia:

Los soldados eran dos y me apuntaban con sus metralletas. Y las voces se parecían a sus armas. Dijeron: «Quieto.» De modo que levanté los brazos. No podía hacer nada. Tal vez, si no hubiera dejado en el pedregal los tubos de trilita habría intentado algo. Pero no había nada que hacer. Me iluminaron con sus linternas, de modo que levanté los brazos en el fondo del pozo. Bajaron mirando a su alrededor, rebuscando con la luz entre las piedras. Buscaban explosivos, o armas, o mensajes.

«¿Qué estás haciendo aquí?», preguntó el que hablaba italiano.

«Estoy escondido», dije. «Estoy escondido porque estoy enfermo.»

«Camarada, ¿es que no has leído los bandos», dijo el que hablaba italiano.

«Estoy escondido desde hace mucho tiempo, estoy enfermo.»

Me hicieron subir el primero delante de la boca de las metralletas. La oscuridad era total. Me pregunté cómo habían podido encontrarme. Porque ese pozo no lo conoce nadie, ni siquiera los compañeros: lo excavó hace mucho tiempo un tío mío que se marchó de casa y después quedó oculto por las piedras, entre las zarzas, en el cañaveral que crece en el pedregal del río. Solo lo conocemos dos: yo y un hombre que de niño me regaló una bocina a cambio de un cuchillo, y el nombre de ese niño...

Amelia:

«No, el niño no», dijo un hombre que estaba escribiendo en un rincón oscuro del barracón. Se levantó de su camastro y fue al encuentro de los dos soldados que le apuntaban con sus metralletas.

«Tú también», le dijo el soldado al hombre. Y le hizo un gesto con la cabeza indicándole que saliera.

Pero tú eso no puedes saberlo, Amelia, porque la larga carta que aquel hombre te estaba escribiendo no llegarías a recibirla nunca.

Segunda parte

LOS RECUERDOS EMPIEZAN MÁS TARDE

Un día cualquiera de la inmediata posguerra, un señor de mediana edad llegó a un pueblo repleto de piedras en el que acostumbraba a presentarse a principios de mes por motivos de negocios. Este sujeto se llamaba Anselmo Zanardelli, mucho tiempo antes Menichetti. Era un buen italiano de mediana cultura, de práctica fe y de limitada inteligencia; locuaz, extrovertido, optimista, experto en mármol y en travertinos, perdidamente enamorado de Alcide De Gasperi, de quien conservaba religiosamente una felicitación navideña en una vitrina de madera en su salón, sobre terciopelo. Negado para los negocios en tanto que amante del arte que era, como de sí mismo solía decir siempre, no carecía en cualquier caso de cierta forma de comercial astucia, de un olfato prodigioso, para la época: Italia no era entonces más que un montón de escombros polvorientos donde puede decirse que la gente revolvía en busca de baratijas. Pero Anselmo Zanardelli tenía el don de la clarividencia y se disponía a construir su futuro sobre los escombros aún humeantes. El trato ya se había cerrado: *in pectore*, no ante notario. Lo importante era que Anselmo se había librado virtualmente de las canteras y había echado el ojo ya a la persona adecuada, pero no quería tomarle el pulso al papel moneda, afectado por tercianas inflacionistas. Anselmo hizo sus indagaciones en el mercado, se informó acerca de títulos de naturaleza diversa, acciones de compañías recién fundadas y otras mercancías no deterioradas, y concibió un fenomenal trueque. Después le escribió una carta a la persona adecuada, en la que le decía que el sector del mármol había dejado de interesarle, que tenía ganas de cambiar de oficio, que, en pocas palabras, podría haber un negociete que concertar. Pero un poco más adelante, porque los tiempos no estaban aún maduros. Entre tanto, se apresuró a ir a ese pueblo repleto de piedras para poner en marcha los engranajes y presentar una cantera diligente y apetecible, cuando los tiempos estuvieran maduros, a la persona adecuada. No le resultó difícil reorganizar las huestes. La gente tenía hambre. Anselmo pagaba en papel moneda, que a él le importaba un pimiento, pero que servía para comprar pasta y azúcar. Y

las maquinarias de los aserraderos volvieron a ponerse en marcha y a rechinar.

Mientras desempeñaba semejantes cometidos, Anselmo Zanardelli se fijó en una muchacha joven con un hijo. De ella y de su desaparecido o difunto prometido, quizá Anselmo supiera más de lo que daba a entender, pero dado que la mujer no recibió jamás carta alguna a tal respecto, eso está destinado a quedar para siempre como una simple suposición. La primera condición necesaria para lo que siguió estriba en el hecho de que la mujer le gustó. Pero tal vez también cupiera añadir otras consideraciones: no sería la última que Zanardelli pudiera sentirse invadido por sentimientos que generalmente se suelen señalar como remordimientos. Esos remordimientos saludables y honrados, prácticos y a un módico precio que permiten acallar la conciencia y a menudo consiguen aunar el deber y el placer.

Fue una boda catártica y parcialmente libidinosa. En ella, en la persona de Amelia Degli Angeli de Zanardelli, Anselmo, llegado a cierta edad en la que uno empieza a echar la vista atrás, desahogó sus remordimientos y pudo pensar en el futuro. Y Capitán Sesto, entonces un niño tan pequeño que era incapaz de grabar ordenadamente los recuerdos, se encontró en una villa de Fiesole.

–Alcide, aquí te convertirás en un hombre –le dijo su nuevo papá.

Y el pequeño Sesto no le contestó, pensando tal vez que la cosa no iba con él.

–Alcide, contesta a papá.

–Sí, papá –dijo Sesto, enterándose en ese momento de que se llamaba Alcide.

Pero esas no son más que voces, los recuerdos empiezan más tarde. Antes hay una gran escalera engullida por la oscuridad de un rellano, y el reciente Alcide tiene que aprender a subirla solo para irse a su habitación después de cenar. La barandilla de madera acaba en una pequeña cabeza leonina, reluciente y mordaz, con los ojillos adormilados, como los de Alcide cuando está subiendo. El barandal está frío y resbaladizo, parece una larga serpiente de cabeza monstruosa que sube hasta la curva, donde se retuerce, y luego sigue hacia la oscuridad de la planta de arriba. Alcide, para darse valor, piensa que no va a morderle, porque él mentiras no dice, no como el Pinocho de la historia que le ha contado esa vieja permanentemente sentada en un sillón. Ese Pinocho que creyendo muerta a la serpiente quería pasar por

encima de ella para cruzar la calle: pero ni siquiera había acabado de levantar la pierna cuando la serpiente se irguió de repente, lanzada como un muelle... Y el pequeño Alcide, en medio de la escalera que acababa en la oscuridad, con la mano clavada por el terror en la fría espalda de la serpiente grita hasta que no le queda aliento para seguir gritando.

Pero ese no es más que un grito, los recuerdos empiezan más tarde. Antes hay una señora llamada María, un carpintero llamado José y un niño regordete que mira muy derecho hacia delante. Son tres bustos de escayola en bajorrelieve sobre la cama de mamá y papá. Son la Sagrada Familia. Hasta que un día el pequeño Alcide se pone de rodillas delante de ellos y les ruega que le digan qué significan los llantos quedos de mamá que, a veces, cuando la casa está inmersa en el silencio, salen del dormitorio. Pero ellos permanecen en silencio: el niño regordete mira hacia delante, la señora María sonríe serena y el carpintero está gravemente complacido. No le contestan porque no son más que un cuadro, los recuerdos comienzan más tarde.

Antes hay una carta con la dirección cayendo a pico hacia la esquina inferior para Amelia Degli Angeli de Zanardell, dado que la *i* acabó saliéndose del sobre; lo cual le hizo mucha gracia a Anselmo Zanardelli al verse privado de una vocal que le correspondía legalmente, de modo que dijo entre risas, tendiendo la carta a Amelia Zanardell: «Querida, es para ti, de la tía de Alcide.» Y después hubo dos lágrimas de la señora Zanardell que mojaron la carta de la caligrafía a pico, y el señor Zanardell preguntó compungido: «¿No se encuentra bien?», y la señora Zanardell contestó: «Quiere ver a Alcide.» Siguió un silencio saturado de olor a pescado y el señor Zanardell, chupando una espina, dijo: «No veo que pueda ser posible.» Por ello, de los hermosos ojos de la señora Zanardell cayeron otras lágrimas sobre la carta y sobre la pescadilla aún ilesa en el plato, ante lo que el señor Zanardell continuó: «Come, que se te va a quedar fría.» Pero la señora Zanardell no movió el tenedor. «Qué más te da si viene una vez», suspiró mirando con desesperación las raspas de pescado en el plato de su marido, «¿qué habrá de malo en que venga una vez?» «¡¿Vamos a dejar de una vez este asunto?!», ordenó el señor Zanardell, enredado con una nueva raspa. «Tiene derecho a ver a Alcide», insistió la señora Zanardell. A lo que el señor Zanardell, apropiándose de nuevo de la *i* de la que se había dejado benévolamente privar, exclamó: «¡No entrará en casa Zanardelli porque no la quiero ver ni en pintura y punto y final!» Y en el ardor de la puntuación dio

una palmada sobre la mesa, rociando el mantel con el caldito de la pescadilla. Y entonces a la señora Zanardell se le escapó: «¡Jodido egoísta!», y se lanzó llorando hacia las escaleras, mientras la carta de la caligrafía a pico flotaba en el caldito de la pescadilla.

Pero esa no es más que una carta, los recuerdos empiezan más tarde. Antes hay un perro gigantesco, blanco y remendado de negro. En las mañanas de aquel año en el que aún no era capaz de manejar los recuerdos, el pequeño Alcide, bajando por la escalera vigilada por la serpiente, se encontraba a su perro aovillado bajo un árbol frondoso, al lado de un fusil que el amo había dejado allí tirado para ir a ayudar a una muchacha vestida de rojo que quería bajarse del caballo. Había otros perros también, pero estaban demasiado lejos y no merecía la pena llamarlos. Alcide susurraba: «Sesto, psss, Sesto», y Sesto se despertaba, enderezaba las orejas, abría un ojo, levantaba la cabeza y lo seguía. Sin hacer el menor caso a su amo, que había ido a ayudar a la muchacha vestida de rojo, ni a un faisán de cola tornasolada que se alzaba en vuelo entre los rastrojos que habían dejado los segadores. Ni tampoco a los campesinos que estaban desayunando bajo un árbol, con una gran hogaza redonda sobre la hierba, cerca de un carro con una enorme lanza. Seguía a Alcide en las mañanas de un verano que se asoma a los confines de los recuerdos sin conseguir penetrar en ellos. Es un verano sin crónica ni cronología, sin días y sin meses. Es el verano del perro Sesto. Por allá está Maiano, oculto entre las matas de los árboles. La villa, vista al fondo de la colina, ya lejana, tiembla casi a punto de licuarse y de despejar el paisaje de su silueta amarilla manchada por el marrón de las contraventanas. A Sesto le cuesta jugar y divertirse pero tiene mucha paciencia. Se niega a correr detrás de las piedras que Alcide lanza más allá del sendero, porque es un setter perezoso y grave que prefiere dormir.

—¿Tú te crees eso de que la serpiente se come a los mentirosos?

Sesto mira a su alrededor, se lo piensa, endereza las orejas. Tal vez allí también, entre los rastrojos, haya alguna serpiente, alguna bicha tardía e indolente cambiando de piel. Olfatea el terreno con circunspección, excava entre las piedras, introduce cautamente una pata entre los espinos, sacude la cabeza; no cree en las serpientes porque es un setter perezoso y escéptico y las serpientes le importan un bledo, al igual que las escopetas, los faisanes y las damiselas vestidas de rojo. Reclina la cabeza entre las patas meneando la tripa para hacerse un hueco en el terreno. Son largas las tardes de ese verano

no admitido aún en el ordenado archivo de los recuerdos: las tardes fluctúan, son elásticas, extensibles, basta agarrarlas de una punta y tirar de ellas para encontrarse en la tarde del día siguiente, sin que haya pasado día alguno. Aquel verano era inasible hasta tal extremo en la subespecie de los recuerdos que tal vez fuera una sola tarde, una ininterrumpida tarde veraniega que duró desde que empezó el verano hasta que ese verano acabó. Y esa infinita tarde la cruza un niño que ha prestado su nombre abandonado a un setter que lo sigue perezosamente.

–¿Con quién hablabas, Alcide? –pregunta una de esas voces que hablan para mandar o para prohibir o para preguntar.

–Con Sesto –responde Alcide, que ha dejado de llamarse Sesto–, un perro que se llama Sesto.

–Aquí no hay ningún perro, ¿de qué perro hablas, cuál perro Sesto?

–Mi perro, Sesto.

Pero la voz que habla para preguntar no cree en los perros Sesto, no cree en ninguna clase de perro; porque en ese lugar no hay perros que al ladrar puedan molestar a una vieja que dormita siempre en su butaca. De modo que, con la impunidad de no ser creído, el pequeño Alcide vuelve otra vez a cruzar la tarde veraniega.

–¿Quién es la tía Addolorata que no ha dejado que mamá se comiera su pescado?

Sesto es un perro sabio, pero ante ciertas preguntas no sabe qué contestar. Menea la cabeza, sopesa, se resigna con el hocico en las patas: pero Alcide lo arrastra de un lado al otro de la tarde tirando piedras más allá del sendero, intentando alcanzar los conos de los cipreses. Por allá está Maiano, oculto entre las matas de los árboles, agazapado en la inmanencia de un verano sin antes ni después, un verano que obedece a las cigarras y deja que lo cruce un niño seguido por un enorme perro blanco remendado de negro.

–Venga, muévete, no te echas otra vez a dormir –le dice el pequeño amo al perro, al que le gustaría pararse–. Si te vienes hasta el sendero, te cuento un secreto. ¿A que no sabes por qué mamá se echado a llorar y no se ha tomado la pescadilla? Porque el sacristán no sabe barrer la iglesia. Lo ha dicho el chófer que por la noche nos sirve a la mesa. ¿Tú sabes lo que significa eso?

El enorme perro sopesa, interroga su experiencia perruna, olfatea entre las macetas de flores, renuncia. Pasa el chófer que también es jardinero y camarero, viniendo del lado opuesto de la tarde. A él también le gustaría

saber algo del fantasmal perro Sesto, y le hace una pregunta. Pero Alcide no contesta. No contesta porque se ha alejado ya, seguido por su paciente perro Sesto. Por allá está Maiano, que ahora se entrevé entre las ramas de los árboles casi calvos; las cigarras se han rendido, han entregado el verano al silencio; la tarde veraniega, que podía alargarse como una cinta elástica tirándola de una punta, se ha roto repentinamente sin ruido; a través del agujero gotea un atardecer que no es veraniego ya y hay que volver a casa porque alguien está llamando. De modo que Alcide regresa seguido por su paciente perro Sesto y se despide de él justo detrás del biombo del vestíbulo que oculta la entrada a las escaleras. Reina un silencio familiar sobre el pescado de la cena, a causa de una tía que había escrito una carta que acabó en el caldito y de un sacristán que no sabe barrer la iglesia; de modo que es necesario que el pequeño Alcide cene a toda prisa y se vaya a su habitación. Por eso Alcide, que ha dejado de llamarse Sesto, deja sus raspas de pescadilla en el plato, dobla la servilleta, da las buenas noches a papá, que está chupando una raspa de pescadilla, y a mamá, que tiene la mirada clavada en su pescadilla, incólume en el plato. La serpiente de madera sigue aún de guardia, finge dormir y tendría todos los motivos del mundo para engullir a quien dice mentiras: por eso Alcide, cuando llega al rellano, se vuelve hacia el biombo para buscar consuelo en los ojos de su perro Sesto, que no cree en las serpientes. Pero el perro Sesto, que es perezoso y escéptico, se ha quedado dormido de nuevo. Se ha acurrucado bajo un árbol, al lado de una escopeta que su amo ha dejado allí tirada para ir en ayuda de una doncella vestida de rojo que quería bajarse del caballo. Y nadie se ha dado cuenta de nada: los campesinos están comiéndose la hogaza redonda, el faisán de cola variopinta vuela desmañadamente, hay otros perros a lo lejos pero no merece la pena llamarlos porque no lo oirían. De modo que Alcide se resigna a subir la última rampa de las escaleras, procurando mantenerse lejos de la serpiente de madera que vigila la barandilla.

Pero ese no era más que el perro de una vieja tapicería. Los recuerdos auténticos llegarían más tarde.

LÁGRIMAS Y PESCADILLAS

La mañana en la que comenzaron los recuerdos, Alcide bajó las escaleras ya sin miedo a una barandilla de madera que fingía ser una serpiente. El miedo se había quedado envasado en el saetín inmemorial del verano del perro Sesto en el que un setter acurrucado cerca de una escopeta salía de la tapicería para pasear por los huertos que bajaban hacia Maiano, oculto por las cepas de los árboles. Así que esa mañana, bajando las escaleras, Alcide sacó los pies del légamo de las memorias inmemorables, echó un vistazo a un perro acurrucado en un biombo que exhibía sin heroísmo los desgarrones de la trama de sus hilos y entró resueltamente en los recuerdos recordables, bajo el acecho de una monumental cruz blanca sobre un escudo azul que había invadido una parte del salón como una araña de cartón piedra de carnaval. Alcide se limitó a mirar la cruz y clasificarla en el fichero consultable de los recuerdos auténticos, como sus facultades por fin le consentían. Registró las notas de una canción desconocida, esparcidas por un gramófono que hablaba de blancas flores, el aplauso de Anselmo Zanardelli al final del disco, la voz apacible y sosegada de un señor aún desconocido que más tarde aprendería a conocer como monseñor Degli Agli, quien a pesar de su nombre olía a colonia.¹

La operación había sido lanzada esa mañana precisamente, y estaba destinada a concitarse, a retorcerse, a desvivirse, a henchirse de nombres, de visitas, de rostros, de programas, de proyectos, de imperativos categóricos, de palabras de orden, de divergencias, de discusiones: todos registrados ordenadamente en el fichero de recuerdos auténticos de un niño llamado Alcide.

–Este será sin duda el pequeño Alcide –dijo monseñor, emitiendo efluvios de colonia de la boca–. Entra, chiquillo, no sientas temor.

–Dejad que el pequeño venga a mí –le hizo eco Anselmo Zanardelli con el aspecto triunfal de las personas que carecen del sentido del mal gusto–. Está un poco asilvestrado, no está acostumbrado a los extraños, siempre está solo.

–Ah, pero yo no soy un extraño, ¿verdad, pequeño Alcide? Soy un tío.

–Es usted excesivamente bueno, monseñor –dijo Anselmo Zanardelli con

el aspecto triunfal de las personas que subrayan las frases hechas con otras frases hechas-. Alcide, saluda a monseñor Degli Agli –dijo, deseoso de conducir la conversación hacia la caridad; y Alcide hizo una reverencia antes de ofrecer la frente para recibir un rápido beso de colonia.

–Hay que ver qué niño más bien educado –dijo la voz de monseñor Degli Agli, con las vocales henchidas de colonia–, mis congratulaciones, ingeniero Zanardelli.

–Hacemos lo que Dios nos consiente, monseñor –dijo Anselmo Zanardelli como si pronunciara una verdad desconocida.

–Cuánta caridad cristiana –contestó una ráfaga grávida de agua de colonia.

–Es usted excesivamente bueno, monseñor –dijo Anselmo Zanardelli, satisfecho de haber llevado la conversación hacia la caridad

Siguió una larga charla sobre la caridad hoy en día, que Capitán Sesto, entonces llamado Alcide, no juzgó meritoria de ser registrada en el archivo de los recuerdos recordables, durante la que monseñor Degli Agli procuró mitigar el huracán de colonia con un purito toscano.

–No, gracias, nunca por la mañana –dijo Anselmo Zanardelli con aire de culpabilidad, rechazando la cigarrera–. Intenso tabaco el suyo, monseñor –se justificó simpáticamente.

–Solo cigarros toscanos –contestó monseñor Degli Agli, procurando mostrarse original–, soy una persona chapada a la antigua.

Anselmo Zanardelli asintió con aire de complicidad, dando a entender que él lo era también, incluso sin cigarros toscanos.

–Pero no nos llamemos a engaño –prosiguió la voz que alternaba el hedor a puro con el hedor a colonia–, a la antigua como los buenos tiempos antiguos, no como el pasado reciente. –Y adoptó una actitud de desdén.

–Por eso precisamente luchamos –dijo Anselmo Zanardelli con aire triunfal–. Para borrar el pasado reciente.

–O para redimirlo –añadió monseñor Degli Agli, alternando la colonia y el cigarro toscano–. Son ya demasiados los muchachos a los que ha tocado sufrir en ese pasado reciente.

Estábamos apenas al principio; aquella no era más que la primera mañana de los recuerdos recordables. La tarde en la que hubo una invasión pacífica de hombres de grandes sonrisas que solo de forma parcial quedaron enredados en el archivo de los recuerdos recordables. Fueron recibidos por la familia Zanardelli colocada como la Sagrada Familia: en el centro, el niño

Alcide, que en otros tiempos se llamaba Sesto, con la mirada fija hacia delante; a su izquierda Anselmo Zanardelli, gravemente complacido; a su derecha Amelia Degli Angeli de Zanardelli, con los pendientes colgados de los lóbulos que iban haciéndose cada vez más pequeños a medida que dejaba de comer pescadilla. Al entrar cada invitado, el chico se levantaba y hacía una reverencia, para volver luego a su lugar central mirando fijamente hacia delante. Cuando ya llegaron todos los invitados, su cometido terminó y se le dijo que se retirara a su habitación; ante lo que el chiquillo silencioso obedeció inmediatamente, puesto que ya no tenía nada que temer de una barandilla de madera.

Aquella noche, tras haber subido las escaleras con perfecto desentendimiento de la barandilla, el pequeño Alcide, que tenía a su disposición un archivo de recuerdos aún por llenar, se inició en el desciframiento del mundo con el único medio que la realidad hogareña le consentía. Se olvidó de la puerta entreabierta, se metió en la cama y abrió de par en par el desierto fichero de sus facultades memoriales a las voces que venían del salón. Muchas frases las descartó, por no juzgarlas meritorias de quedar registradas en el archivo de los recuerdos recordables; a otras las colocó en una parte de la memoria no expuesta a la luz del juicio; y por estas supo que había una línea blanda y una línea dura y que Anselmo Zanardelli, según sus propias palabras, aún no había tomado una decisión al respecto. Después registró la cerrazón a la izquierda y la sociedad interclasista, la campaña electoral y las masas rurales, las mujeres cristianas y la acción católica. Y luego acabó saliendo la Virgen, sacada a colación por la voz triunfante de Anselmo Zanardelli que cubrió el vocerío del salón: «¡Precisamente en las zonas rojas es donde más necesaria resulta la intervención de la Virgen!»

Los días que siguieron se vieron invadidos por la fiebre de los manifiestos. Todo empezó con una frase misteriosa que Anselmo Zanardelli pronunció con la perentoriedad de las verdades reveladas: «Te lo ruego, querida», dijo retirándose al despacho, «ahora no tengo tiempo, debo pensar en el manifiesto.» Se había lanzado el dado del manifiesto, que iba a ocupar como las tropas de un ejército invasor las habitaciones desiertas de casa Zanardelli. Se redoblaron inmediatamente las prohibiciones para que nada molestara el proceso creativo del ingeniero. «Chiss, el ingeniero está haciendo el manifiesto», se susurraban mutuamente al oído los habitantes tolerados en

aquella casa. «¡Alcide, no des portazos, papá está haciendo el manifiesto!» Si sonaba el teléfono, había un encargado que deambulaba siempre cerca y contestaba con voz queda: «No, en este momento está muy ocupado, está haciendo el manifiesto.» El manifiesto se había convertido en un espectro temido y respetado, el compendio de la escalada al poder, el símbolo de la victoria, la suma de la responsabilidad, importancia y capacidad del buen italiano ingeniero y político Anselmo Zanardelli.

Entre tanto, al mismo tiempo que el escritor de manifiestos, otra persona escribía: en una casa llena de grietas de un pueblo repleto de piedras, un pequeño mejillón mudo escribía cartas de una caligrafía cada vez más a pico dirigidas a Amelia Degli Angeli cada vez menos de Zanardelli a causa de las letras que tendían a salirse cada vez más fuera del sobre y que Amelia Degli Angeli de Zanardelli, de Zanarde, de Zanard, de Zonar, leía llorando en vez de comerse sus pescadillas; mientras Anselmo Zanardelli, en pleno periodo creativo, con el ojo absorto del artista, chupaba las raspas que aún tenían un poco de caldito. Y leyendo las cartas adoloradas de caligrafía ya casi vertical, llorando sobre el mantel y dejando incólumes sus pescadillas, Amelia Degli Angeli de Zonar había conseguido que se le formaran unos lóbulos auriculares, casi transparentes, a pesar de sus humildes orígenes. Hasta que una noche salió de la garganta de Amelia Zonar un sonido ahogado que tal vez fuera un sollozo o tal vez un jodido egoísta, no se entendió bien, después de lo cual Amelia Zonar abandonó el trincherero familiar de las pescadillas y se retiró a su habitación. Y entonces Anselmo Zanardelli, con el ojo absorto y el pensamiento puesto en la creación del manifiesto, chupando las raspas llenas de caldito, dijo como si hablara para sí mismo: «Las mamás lloran a menudo. Y también la Virgen llora a menudo y no quiere comerse su pescadilla, porque la Virgen es la madre de todos nosotros.» Después de lo cual se retiró a su despacho a crear su manifiesto.

En los días sucesivos, el archivo de los recuerdos recordables del niño Alcide fue barrido por una violenta tempestad de agua de colonia y de cigarro toscano que arreció sin pausa en los pasillos y en el salón de casa Zanardelli. Eran vaharadas impetuosas, que llegaban a bordo de un reluciente coche negro y que salían a chorros nada más abrir las portezuelas, ensalzaban la habilidad de Anselmo Zanardelli, ingeniero civil e ingeniero de almas, quien, bajo el escudo victorioso de Constantino, estaba guiando su manípulo hacia una nueva victoria histórica. Y mientras el pequeño Alcide se mantenía lo

más alejado posible registró en su fichero voraz, entre los aullidos del viento de colonia y de cigarro toscano, trozos de voces que mencionaban el nombre de la Virgen, la desesperación de la Virgen, las lágrimas de la Virgen, que, para llorar tan abundantemente, debía de tener ella también sus problemas con las pescadillas y con un sacristán que no barría la iglesia. Hasta el día en que la tempestad se aplacó y Anselmo Zanardelli, con la gravedad del adalid, lo llamó a solas al salón y, después de hacer que se sentara bajo el escudo de Constantino, le dijo estas palabras textuales.

Pero antes de referir las palabras textuales de Anselmo Zanardelli, que el archivo de los recuerdos recordables de Alcide registró con provecho, es necesario, dando un paso atrás, describir el ceremonial de los domingos por la mañana.

Al llegar a la plaza de la catedral, el ingeniero se entretenía unos minutos hablando con el jardinero-chófer, se fumaba con él un cigarrillo, fingía que le hacía gracia lo que le contaba y después le daba una horilla libre para que se tomara un helado en algún café de los elegantes al que acudían las personas influyentes de la ciudad. El acto de cruzar la plaza se realizaba cual pequeña marcha triunfal, a paso de revista. Los pasos, sincronizados y acompasados; el saludo de Anselmo, un ademán con el sombrero; el saludo de Amelia, una sonrisa complacida; la mirada del niño, fija hacia delante. Quedaba la nave central, afrontada con resolución. Ahora eran Anselmo y Amelia los que miraban fijamente hacia delante; a esas alturas ya no había nadie digno de ser saludado, solo la custodia del Santísimo en el altar mayor. El pequeño Alcide intentaba descifrar signos ignotos esculpidos en los sarcófagos de piedra, miraba con disimulo bustos en bajorrelieve de mármol, nombres desconocidos escritos en letras doradas. Eran personajes ilustres, si bien no tan ilustres como el ingeniero Zanardelli, pensaba el joven Alcide. Y tomaban posesión del banco Zanardelli. Desde aquel banco, adornado con bucles de madera y una placa de latón con el nombre Zanardelli, se dominaba en pleno el altar mayor y una capillita con frescos donde se hallaba la estatuita lignaria de una Virgen sobria y austera que un artista moderno se había afanado en embellecer. Lo que más le gustaba a Alcide de la estatua sagrada, además de un cetro de lo más dorado que la hermosa mujer sostenía en la mano, era el hervidero de viscosos animales que la fantasía del artista moderno le había colocado bajo los pies: un amasijo de animalejos, henchidos de formas y de volutas, entre los que emergía la cabeza triangular y sardónica de una

serpiente. En la iconografía mariana que el joven Alcide aprendió a conocer, la Virgen, sobre la cabeza de esa repugnante serpiente, lanzaba un potente golpe de calcañar, o aparecía retratada en el acto de hacerlo, con su piecico levantado a medias y una expresión de asqueado triunfo en los labios. Pero aquella angulosa señora, nacida de la fantasía de un escultor que no preveía serpientes, tenía los pies discretamente reunidos, hasta el punto de que sobre ese amasijo de reptiles se mantenía erguida en vilo, casi por casualidad, como si su mayor preocupación fuera la de no perder el equilibrio y no derrumbarse estruendosamente contra el pavimento. Aquella imagen sagrada producía un extraño efecto en la fantasía del pequeño Alcide, considerablemente sensible a la amenaza de las serpientes, y era su mayor distracción en la interminable misa dominical. Entre la señora en vilo y las serpientes colmas de anillos se había establecido, y él lo intuía, una tácita competición: un torneo privado que escapaba a la atención de los fieles, que se jugaba con astucia y elegancia en el plano del equilibrio. El propósito de la serpiente consistía sin duda alguna en tirar a la señora patas arriba para tomar posesión del pedestal; el propósito de la señora, en contrapartida, consistía en mantenerse de pie sobre las volutas de los reptiles, como un malabarista que camina sobre una pelota, hasta el momento en el que, con un empujón más decidido, la pelota se alejara rodando y ella tomara posesión de su pedestal con los pies juntos. En ocasiones, le parecía que el grupo de los reptiles estaba a punto de llevarse el gato al agua y veía a la señora angulosa, con expresión de angustia en los ojos, próxima a caerse patas arriba; otras veces, en cambio, la seguridad que la señora manifestaba con la majestad de la varita dorada y la constancia de los ojos de madera era prueba de su ineluctable victoria. Pero antes de que una de las partes sobrepusiera a la otra, la señal del oficiante, que imponía que se marcharan, aplazaba la disputa a la semana sucesiva: a la misma hora de mediodía, dado que la función de las nueve quedaba reservada a clases menos acomodadas, que no acudían a misa de doce porque no tenían a nadie en casa que les preparara el almuerzo. Por lo tanto, tras la imposición del *itemissaest*, los Zanardelli abandonaban la iglesia en el mismo orden en que habían entrado, se reunían con el jardinero vestido de chófer y se marchaban derechos a casa.

—¿Te gustaría que tu mamáita dejara de llorar?

Esas fueron las palabras textuales de Anselmo Zanardelli, bajo el escudo cruzado del emperador Constantino. ¡Ah, pues claro que le gustaría al

pequeño Alcide que la madre de Sesto dejara de llorar y volviera a comerse las pescadillas! Pero ¿cómo lograrlo? ¿Qué podía hacer él contra las cartas de caligrafía a pico que flotaban en el caldito de las pescadillas? Pues claro que puedes, le dio a entender Anselmo Zanardelli: bastaba con que gritara a todo el mundo que junto con su mamaíta lloraba la madre de todas las madres. ¿Se acordaba de esa imagen de madera, de pie sobre un nido de serpientes, en un nicho cerca del altar mayor? Oh, sí, sí, asintió el pequeño Alcide, claro que se acordaba, ¿cómo iba a olvidarla si todos los domingos tenían delante a aquella delicada y angulosa contendiente? De modo que era fácil, sonreía Anselmo Zanardelli bajo el escudo del emperador Constantino. Bastaba con ponerse de pie en el momento de la elevación, justo en el momento en el que el sacerdote levanta hacia arriba el cáliz: ese era el momento mágico; bastaba con ponerse de pie y gritar que la mamá de todas las mamás estaba llorando. Y todo acabaría arreglándose. Asintió con la cabeza y con su corazón el niño Alcide; dijo que sí, que no se echaría atrás en la misa de mediodía.

Y en cambio no fue a mediodía, al domingo siguiente, sino en la misa de las nueve. En efecto, el cabo mayor de Constantino, mirándose la lengua en el espejo del salón, anunció que no había sido capaz de digerir la pescadilla y se había visto obligado a comerse también la ración de su mujer. Ante lo que la señora Amelia de Zanard emitió un sonido ahogado, que tal vez fuera un sollozo o tal vez un jodido egoísta, y llegados a tal punto el cabo mayor, con el estómago revuelto, les rogó que fueran sin él; es más, les rogó que fueran a misa de nueve, porque se sentía terriblemente indispuesto y le gustaría que estuvieran de vuelta en casa lo antes posible. Y se pasó el pañuelo por la lengua para limpiarse las papilas del sarro de las pescadillas en descomposición.

El pequeño Alcide salió tras las orejas transparentes de su madre con una sensación de levedad en el ánimo, acaso de alegría, admitiendo que pudiera conocer la alegría, convencido de que esa noche a la hora de cenar su madre chuparía las raspas mojándolas en el caldito. Y fue con esa misma sensación con la que cruzó la plaza elegante de la iglesia elegante, con la que recorrió la nave central vigilada por hombres célebres, con la que penetró en el banco con la placa Zanardelli. Aquel domingo, el torneo parecía inclinarse a favor de las serpientes. La señora angulosa, con una expresión consternada en los ojos de madera, estaba tan peligrosamente en vilo sobre la esfera de los reptiles que no tardaría en desplomarse. Incluso la varita dorada, que oscilaba

a la luz de las velas, había perdido la intrepidez del mando y se limitaba a cumplir, a esas alturas, la función de la barra usada por los equilibristas para caminar sobre el cable: sin el auxilio de esa varita, la pobre señora habría tenido que retirarse antes del *itemissaest*. El pequeño Alcide, con la cabeza confusa por las lágrimas, las serpientes y las pescadillas, se dejó arrebatar por el espectáculo de la competición, se dejó arrebatar también por la atmósfera de la misa de nueve, que desconocía y que le pareció mucho más agradable que la de doce. Era más sosegada, menos majestuosa. El público, formado en buena parte por viejecillas, estaba sentado con aire tranquilo, sin otra preocupación en el rostro que la de asistir a misa. Y tampoco los cantos litúrgicos, estridentes y desentonados, resultaban desagradables en absoluto. Pero el pequeño Alcide no cantaba: tenía un ojo puesto en los movimientos del celebrante, para que no se le escapara el momento propicio acordado con Anselmo Zanardelli, y otro ojo en el grupo lignario, en parte porque el duelo lo tenía fascinado, en parte porque temía que la señora angulosa fuera derrotada antes del límite, es decir, antes de la elevación. En tal desgraciado caso, el plan de Anselmo Zanardelli para que los lóbulos auriculares de su madre recuperaran su solidez habría fracasado miserablemente. Fueron minutos interminables. El celebrante leía el misal con una lentitud exasperante, humedeciéndose el dedo índice en la lengua cada vez que daba la vuelta a la página; los monaguillos manejaban las olieras con una cautela inusitada; y mientras tanto el niño Alcide sufría en silencio, junto a su madre de lóbulos transparentes, se clavaba las uñas en las palmas de las manos, sudaba como cuando tenía fiebre y un velo de humedad y de desesperación le había caído sobre los ojos, haciendo temblar los cirios del altar mayor. «Venga, venga, resiste», le decía mentalmente a la señora angulosa. «Aguanta unos minutos más. ¡Te lo ruego, no te rindas justo ahora que el cura está limpiando el cáliz con la servilleta!» Pero la señora angulosa, pobrecilla, estaba al límite del equilibrio y a punto de perder el centro de gravedad: el pequeño Alcide se percató de que agitaba los brazos hacia atrás; captó en los ojos de la serpiente un destello de victoriosa perfidia, se dio cuenta de que el maravilloso plan de Anselmo Zanardelli se derrumbaba con el derrumbe de la señora de madera.

—¡A la Virgen no le gusta la pescadilla!

Eso fue lo que gritó el pequeño Alcide, arrollado por las lágrimas y las pescadillas. Y su grito resonó entre las naves de la catedral, aleteó sobre las

cabezas de los fieles, encontró un eco complaciente en la bóveda de la iglesia. El cura, con el cáliz a media altura, se volvió a mirarlo; el monaguillo había dejado caer las olieras en la alfombra; el público de los bancos traseros se puso de pie para ver quién había lanzado el grito. Y entonces el pequeño Alcide, tratando de salvar lo salvable, volvió a gritar:

—¡A la Virgen no le gusta el caldito de la pescadilla!

Y cuando su madre intentaba taponarle la boca con una mano, hundió desesperadamente los dientes en ella, sintió en la lengua un agudo sabor a pescadilla y empezó a sollozar y a golpear con la cabeza en el respaldo del banco con la placa de los Zanardelli.

Fue un regreso trágico en el coche estruendoso. El niño Alcide sollozó sin rémora abrazado a una madre con lóbulos transparentes y una mano ensangrentada, y ella también sollozó sin rémora y le preguntó entre sollozos qué significaba esa historia de la pescadilla de la Virgen; a lo que él le contestó que tampoco la Virgen quería comerse la pescadilla, se lo había dicho papá, y este era un valle de lágrimas. Entre tanto, el cabo mayor de Constantino los estaba esperando con aire inocente en el portal leyendo un manifiesto. Por eso, cuando llegaron, la madre le dijo al chófer que fuera al garaje y lo primero que hizo fue dirigirse a Anselmo Zanardelli llamándolo jodido egoísta, aunque quizá solo fuera un sollozo.

Al pequeño Alcide le hubiera gustado explicar que todo el plan se había desbaratado porque la señora angulosa había perdido el equilibrio; le hubiera gustado explicar que tuvo que decir la frase mágica antes del momento acordado, aunque esperó todo lo que le fue posible esperar; le hubiera gustado explicar que había gritado con toda claridad que a ella no le gustaba la pescadilla. Pero no se le concedió el tiempo, porque a Anselmo Zanardelli lo asaltó un ataque de furor pánico con el que hizo trizas el manifiesto, a su madre le asaltó un amago de vómito sin vómito y, mientras la casa se animaba con un indescriptible ajeteo, una voz que hablaba para mandar lo mandó a su habitación.

VIRTUD DE LA GRAMÁTICA FRANCESA

Anselmo Zanardelli no triunfó personalmente, y tal vez fuera culpa de la pescadilla. Pero como compensación triunfó su partido, de modo que determinados terrenos no cayeron en los recuadros reservados a edificios públicos porque fueron asignados a los recuadros aptos para edificaciones privadas, como recompensa por todos los manifiestos; Anselmo Zanardelli los compró con una maniobra sencilla y se dispuso a construir una serie de viviendas de futuro rentable. Pero, y eso es lo más importante, Amelia volvió a comer pescadilla, por más que no durara mucho y por más que no fuera mérito de la angulosa madre de todas las madres sino de la noble lengua francesa. Los lóbulos auriculares de Amelia Zenar, ya muy cerca de resquebrajarse como hojas de cristal, se salvaron gracias a la gramática francesa. Y a ello contribuyó también el pequeño Alcide. Porque ha de saberse que, en el periodo crucial de las elecciones, el ingeniero Zanardelli se dio cuenta de que su mujer, a pesar de lo diminuto de sus lóbulos, no sabía francés. Era una deficiencia conyugal que nunca se le había ocultado, pero solo en ese momento se percató de su alcance social y del significado histórico de semejante menoscabo. La conversación, mejor dicho, el monólogo con el que Anselmo Zanardelli comunicó a su consorte la decisión de hacerle estudiar francés, no quedó textualmente registrada en el archivo de los recuerdos recordables del niño Alcide, porque fue absorbida en el momento en el que se estaba hundiendo en el pozo acolchado del sueño. Pero el proyecto de Anselmo Zanardelli, fácilmente reconstruible *a posteriori*, fue el siguiente: ante la inminencia de una posible elección como diputado, ella, Amelia de Zanardelli, si tenía en estima el prestigio de su marido, no podía limitarse a exhibir los lóbulos transparentes que solo parcialmente celaban sus modestísimos orígenes, sino que tenía que aprender *por lo menos* la gramática francesa. Ante este imperativo categórico de un marido ya casi diputado, Amelia Zanardelli, exhausta por los pertinaces ayunos, no supo qué objetar. Su garganta gorgoteó un sollozo que tal vez fuera un jodido egoísta, pero no se entendió bien, y se resignó al decreto ley.

La gramática francesa entró tímidamente en vigor en casa de los Zanardelli

el sábado siguiente al de la ordenanza y tenía el pelo rojizo. Eso le pareció en seguida de buen auspicio al pequeño Alcide, dotado de una intuición atávica que le dictaba una simpatía natural por todas las cosas coloreadas de rojo. La Gramática Francesa era de mediana estatura, con rojizos cabellos desordenados, unos bigotillos rojizos también, zapatos algo polvorientos, una gramática francesa bajo el brazo, y viajaba en bicicleta. Estaba a punto de acabar la carrera, venía de Florencia, tenía que ganarse el pan y, después de esta presentación a la señora de los lóbulos transparentes, dejando su gramática francesa en la mesa del salón, dirigió una mirada llena de simpatía y una sonrisa entre pelirrojos a un niño que estaba sentado en el sofá mirando muy fijamente hacia delante. Porque también el pequeño Alcide tenía, como es natural, el pelo rojo. Pues ¿cómo iban a ser, sino rojos, los cabellos del pequeño Alcide? De un rojo insólito y raro, que se remontaba al rojo de un lazo que envolvía un recetario de medicina rústica que quedó enterrado quien sabe dónde, y que estaría fuera de lugar en casa de los Zanardelli, bajo aquel enorme escudo azul con una cruz blanca que descollaba sobre el sofá. La Gramática Francesa notó la incongruencia entre el rojo del niño que miraba fijamente hacia delante y el azul del escudo que colgaba sobre su cabeza, y tal vez por eso le dirigió una mirada de complicidad como él nunca había recibido, ni siquiera en el verano del perro Sesto. Después de lo cual se sentó delante de la señora del marido que esperaba ser elegido diputado y dijo con voz tan simpática que a Alcide le pareció coloreada de rojo: «*Bonjour, madame.*» Y con esta fórmula empezó a entrar en vigor.

El pequeño Alcide, en su fichero de recuerdos recordables, registró aquel día los primeros sonidos desconocidos y leonados de esa gramática rojiza: los diptongos y las vocales turbadas, las nasales, la erre apagada, la *liaison* y por último, con un escalofrío de placer que le recorrió de arriba abajo, la consonante que hizo que se decidiera de una vez por todas, que le dictó la elección de un padre, que lo conquistó: una doble consonante de un rojo encendido, espléndida y de color procaz, de paterno orgullo, de afectuosa semejanza: la *elle mouillée* de la palabra *vermeille*, referida a su triste cabeza de un Alcide sin apellido con la mirada fija hacia delante. «*Tu as la chevelure vermeille*», eso le dijo la Gramática Francesa, montando en la bicicleta que había dejado apoyada en los soportales; y le tradujo la frase revolviéndole el pelo. Una oleada de conmoción subió a los ojos del pequeño Alcide de nombre perdido, y con ella fue una frase de gratitud con la que hubiera

querido irrigar las mejillas, los bigotillos, la bufanda y la bicicleta de su paterna Gramática Francesa; pero el pudor lo contuvo y se limitó a sonreír con los ojos inundados de felicidad, despidiéndose con la mano hasta que la bicicleta desapareció por detrás de los tilos del paseo.

Y mientras tanto el ingeniero Zanardelli escribía interminables manifiestos llenos de interjecciones, de promesas y de amenazas, delectándose con voz diputadesca en el auricular del teléfono, recibía visitas grávidas de colonia y de cigarro toscano, preparaba proclamas y gritos, mandaba telegramas cada vez más urgentes, trituraba con quijadas incansables kilos y kilos de pescadilla, mojando las raspas en el caldito. Y su consorte, Amelia, que aún no había empezado a sentir la benéfica influencia del francés, empezaba a mostrar preocupantes signos de transparencia en el cuello y en las muñecas, de los que su ocupadísimo marido ni siquiera se daba cuenta. Así se llegó por fin al día fatídico de aquel año. Era abril: un floridísimo abril de un verde tierno, más prometedor que el verano del perro Sesto, pero Anselmo Zanardelli, la mañana de aquel historicísimo día, no pareció darse cuenta siquiera de que estaban en abril y de que el sol entraba a chorros por las ventanas del salón. Su única preocupación, mientras se exploraba la lengua en calzoncillos y se ataba una elegante pajarita, era la incapacidad electoral de su transparente consorte, a la que repetía una y otra vez: «Atenta a no equivocarte.»

«Atenta a no equivocarte», repitió durante el majestuoso descenso hacia Florencia en el coche, que no superaba los cuarenta por hora. Pero el pequeño Alcide ya no podía oírlo; libre por fin de la misa, dado que era el día más histórico de todos, estaba asomado a las ventanas de casa de los Zanardelli viendo estallar *l'avril* del verde tierno y maduraba su plan de hijo legítimo *a posteriori* de la Gramática Francesa. Durante toda la tarde, mientras el ingeniero en espera de convertirse en diputado empezaba a dar muestras de aprensión, deambulando por el salón con el mondadientes enarbolado y mirándose la lengua en el espejo, el pequeño Alcide no dejó de pensar en ningún momento en su plan para reconquistar un afecto de registro civil del que nunca había disfrutado. Le invadió un momento de terror: fue cuando el derrotado de Constantino, pálido ante el trincherero familiar, rechazó por primera vez en su vida la pescadilla porque no tenía apetito. El pequeño Sesto sintió el súbito terror de que, si las cosas le iban mal a Anselmo Zanardelli, la Gramática Francesa sería expulsada de casa de los Zanardelli, ya que en tal

caso Amelia ya no tendría necesidad de exhibirse en lenguas extranjeras para mantener en alto el prestigio de un marido diputado. Pero, como era de esperar, los pensamientos del ingeniero estaban lejos de semejantes preocupaciones. Su mente se había puesto ya a buscar una carta ganadora que presentar en la mesa de negociaciones, trabajaba para alcanzar con la astucia diplomática lo que las técnicas bélicas le habían negado. Y la encontró. Encontró de inmediato la contrapartida, aquel infatigable pensador, reflexionando acerca del caldito de sus pescadillas; le brotó una sonrisa de satisfacción, apartó el plato y gruñó:

–Y ahora, los terrenos. Los terrenos me corresponden, quede claro, y los quiero, si no se armará una buena.

Eso dijo el derrotado entre palabras soeces que no eran de su estilo y fue a colgarse del auricular del teléfono. Siguió una llamada llena de efluvios de colonia, a base de palabras susurradas y frenéticas, en la que de vez en cuando se oía un pequeño silbido de aprobación y un «eh, eh» intransigente, de la que Anselmo Zanardelli regresó con aire triunfal para anunciar que acababa de ser fundada la Sociedad Constructora Zanardelli & C.; y con aire de restaurador de la Italia bombardeada, el ingeniero civil dio buena cuenta de la pescadilla, ya casi fría, mojando las raspas en el caldito.

Fue así como la Gramática Francesa dispuso de tránsito libre en casa de los Zanardelli, volvió a bordo de la bicicleta con la gramática francesa en el portaequipaje y siguió enseñando los meses del año, los días de la semana y las *elles mouillés* a una señora con propensión a la transparencia y a un niño sentado en un sofá sobre el que ya no campeaba el escudo del emperador Constantino, sino cuatro óleos de campesinos de escuela veneciana del siglo diecisiete. Por ello, en la calma que había seguido a la tempestad electoral, el pequeño Alcide pudo llevar a cabo con toda tranquilidad su plan. Un día en el que el salón estaba desierto, se apoderó de la gramática francesa y en el frontispicio del volumen, justo al lado del dibujo de Notre-Dame, dibujó con el mayor cuidado un hombrecillo tumbado en el suelo, dormido, con una escoba abandonada sobre sus piernas. Después cerró el libro y esperó hasta el sábado siguiente. ¿Entendería su Gramática paterna el desesperado mensaje que su hijo le transmitía con aquel dibujo infantil al no haber entrado aún en posesión del alfabeto? ¿Lograría entender que el sacristán no barría la iglesia y que por eso la señora Amelia no comía pescadillas y se estaba volviendo cada vez más transparente? El sábado siguiente, el pequeño Alcide, sentado

bajo los campesinos venecianos, escrutó la cara de su Gramática paterna a través de los lóbulos transparentes de su madre. Y la Gramática rojiza, como es natural, lo entendió, dio las gracias a Alcide con una sonrisa paterna y se puso a enseñar el plural irregular. Y entonces el pequeño Alcide se levantó con aire perezoso e indiferente y pidió a su madre permiso para irse a jugar al jardín. Y desde ese momento su madre volvió a comer pescadilla.

Entre tanto, para Anselmo Zanardelli, el mundo había adquirido un significado de espacios habitables, su maquinaria había empezado a despejar los terrenos de los escombros del pasado reciente y llamaban al teléfono aparejadores frenéticos que preguntaban por el señor ingeniero. En aquella época poselectoral que asistió al triunfo del genio edificador del ingeniero Zanardelli, el fichero de los recuerdos recordables de Capitán Sesto registró interminables excursiones en coche, realizadas con ritmo majestuoso hacia los terrenos en ebullición de la Sociedad Zanardelli & C., vallados con alambre de espino y presididos por un letrero onomástico que prohibía la entrada al personal ajeno a la obra. Eran regiones desérticas y tristes encajadas entre el verde de las zonas periféricas y el gris de otros edificios; pero allí estaba el futuro de la ciudad. Lo aseveraba Anselmo Zanardelli, que con el futuro siempre había tenido familiaridad y que para mirar hacia el futuro no podía tomar en consideración el presente ni a sus habitantes, por lo que difícilmente pudo percatarse, por lo tanto, de que la señora Amelia, además de haber vuelto a comer pescadilla, insistía en tener la ventanilla bajada porque el automóvil le provocaba náuseas. Hasta que una noche, mientras cenaban, frente al marido que engullía trozos de pescadilla pensando en espacios habitables, Amelia Zanardelli, al límite de las náuseas, anunció vomitando que estaba esperando un hijo. Aquello fue una inyección de autoestima para Anselmo Zanardelli, que medía el mundo en metros cúbicos y no alimentaba sospechas hacia la lengua francesa. Y su futuro, sustentado en comunidades de vecinos, adquirió un significado establecido por la providencia. La providencia, mientras tanto, bajo la forma del legítimo padre de bigotillos rojizos, había llegado a los pronombres personales, y a Alcide y a Amelia les hablaba de tú, de forma natural. Un tú secreto y tierno, que se convertía en un usted en cuanto alguien ponía el pie en el salón, y que entrelazaba entre los componentes de aquella familia formada *a posteriori* afectuosas conversaciones llenas de *elles mouillés* durante las cuales el niño Alcide se retiraba discretamente a jugar en el jardín. En aquella época

siempre era sábado por la tarde y, más allá de aquello, las cosas ocurrían en una zona que no era digna de ser registrada en el archivo de los recuerdos recordables. Independientemente de esas tardes, idéntica al espectáculo visto por un pez dentro de un acuario, se deslizaba la vida edificadora de Anselmo Zanardelli, que construía futuros de hormigón para un hijo providencial; más allá de aquello, crecían las colmenas de espacios habitables de la Sociedad Zanardelli & C.; más allá de aquello, atronaba el motor prepotente de un automóvil conducido por un jardinero vestido de chófer.

Pero un día llegó una carta que hizo que volviera el viernes. Era una carta con la dirección en vertical, escrita a Amelia Degli Angeli de Zanar, en la que las palabras verticales de un mejillón adolorado suplicaban que le fuera concedido volver a ver al pequeño Sesto, antes de que sus valvas se cerraran para siempre, como amenazaban con hacer. Pero ¿qué podía responder con su inteligencia de hormigón el ingeniero constructor Anselmo Zanardelli?

Desde aquel nefasto viernes los trozos de pescadilla quedaron incólumes en el plato de Amelia Zanar, y sus lóbulos empezaron de nuevo a transparentarse. El ingeniero pensaba tal vez en llegar a someterla por hambre: pero no podía siquiera sospechar la influencia avasalladora que las direcciones verticales tenían en el estómago de Amelia. De modo que tuvo que capitular él, presidente accionista de una sociedad constructora toda suya, y llamó con urgencia a un especialista. Este prescribió filetes de carne roja. Gracias a una carta de caligrafía a pico, la alimentación en casa de los Zanardelli cambió radicalmente, pero ello no pareció ser de provecho para el apetito de Amelia, cuyos filetes quedaban incólumes en el plato, rezumando un caldito rojizo que al enfriarse se convertía en un grumo marrón reluciente de grasa.

–Come, querida, que se va a enfriar –le decía Anselmo Zanardelli mientras trituraba el filete de carne roja en la hormigonera de sus mandíbulas–. Pero ¿por qué te obstinas en no comer? –imploraba secándose con la servilleta la grasa rojiza que le manchaba las comisuras de la boca–. Ya sabes que estás anémica, que te faltan muchos glóbulos rojos. El médico ha dicho que en estas condiciones no podrás sacar adelante tu embarazo.

La preocupación del cultivador del hormigón no era la salud de su consorte: lo que temía era que su anemia le privara del heredero que le había enviado la providencia, por insospechadas vías gramaticales, al que confiar en un futuro el conjunto de sus espacios habitables. También el pequeño

Alcide, con las fuerzas de su tierna edad, buscó todos los medios para que su madre de lóbulos transparentes se comiera los filetes de carne roja. Pero sin éxito. Se le ocurrió entonces involucrar en la tarea a su padre gramatical y, en una desesperada tentativa, dibujó, al lado de la catedral de Notre-Dame, escobas y filetes de carne roja. Pero tampoco esa estratagema surtió el efecto deseado. No había nada que hacer. Amelia seguía rechazando los filetes de carne roja que se endurecían en la mordaza de grasa de un caldito parduzco.

Anselmo Zanardelli se rindió cuando la dirección a pico se detuvo en Zan por falta de sobre. Pero a esas alturas Amelia estaba en el séptimo mes y tenía el cuerpo tan liso como el apellido. El pequeño mejillón de nombre Addolorata llegó pocos días después de la rendición, besó al pequeño Alcide con las valvas entreabiertas, susurrándole un nombre del que él ya no se acordaba, y después se adhirió a la cabecera de la cama de la ayunadora como contra una escollera. Solo que era ya demasiado tarde, dijo el especialista, sin saber con quién tomarla por una dejadez tan irremediable.

–Es anemia perniciosa –dijo–, solo que es demasiado tarde.

Era demasiado tarde. En vano se prodigó el pequeño mejillón adherido a la cabecera de la cama, intentando introducirle en la garganta zumos y consomés: el estómago de Amelia Zanardelli, definitivamente desacostumbrado a la comida, debía de haberse pegado como las páginas de un libro viejo y era impermeable a cualquier alimento. Pero subsistió durante muchos días más, y alcanzó la transparencia en distintas partes del cuerpo cuya existencia se suponía solo porque anteriormente se veían. De la transparencia sobresalía una tripa hinchada que elevaba las sábanas como una pequeña colina. Mientras su delgadez se lo consintió, albergó en su vientre las amadas virtudes de la Gramática Francesa; después, al límite del séptimo mes, se vio obligada a expulsarlas. Fue un parto facilísimo, al doctor no le dio ni tiempo a intervenir: bastaron los avaros cuidados de la concha adherida a la cabecera de la cama.

Aquella noche en la que el ingeniero Zanardelli entró a darle a su consorte sus postreras buenas noches, pudo tomar en brazos a un hijo providencial sin comprender que se trataba de un cambio de guardia y que Amelia se estaba yendo hacia la transparencia absoluta. El reconstructor de la Italia destruida, pensando en un futuro de hormigón para el hijo de la Gramática Francesa, dijo para sí:

–Se llamará Alcide.

De la transparencia de Amelia ya solo salía un silbido que no podía alcanzar las dimensiones de la voz; por ello intentó señalar a un pequeño Alcide de pelo rojo que, sentado en un rincón, miraba fijamente hacia delante, queriendo expresar con ese gesto que existía ya en esa casa un niño con el nombre de Alcide. Pero el ingeniero constructor Anselmo Zanardelli salió del apuro con la lógica de un razonamiento irrefutable:

–Pero es que Alcide no se llama Alcide –dijo–, se llama Sesto.

Ante lo que la señora Amelia Degli Angeli de Zan, con la cabeza transparente apoyada en las almohadas como una pluma de cristal, emitió un gorgoteo que tal vez fuera un sollozo, tal vez un jodido cerdo, no llegó a entenderse bien, y se deslizó en la transparencia eterna.

Y fue así como el pequeño Alcide, de una sola vez, perdió una madre, ganó un hermano, reconquistó su legítimo nombre y escogió el silencio.

EL SILENCIO ES ORO

El mejillón fue desalojado antes de las exequias, de modo que cuando Sesto se despertó ya se había marchado; y aunque hubiera querido reunirse con ella, no habría sabido a dónde ir, ya que de ella apenas sabía que habitaba en un pueblo repleto de piedras cuyo nombre Anselmo Zanardelli fingía haber olvidado. El pequeño Sesto, quien hasta el día anterior se llamaba Alcide, bajó de su habitación y se encontró a su madre colocada sobre un catafalco en un salón nuevamente dominado por el escudo de Constantino. Fue una mañana fajada por una esponja de silencio y de soledad. El viudo Zanardelli, destrozado por el dolor, apenas se dejó ver unos minutos, atareado como estaba entre la organización del entierro y la construcción de espacios habitables de cemento. También a su propia consorte había pensado colocarla en un pequeño espacio habitable de hormigón, como el pequeño Sesto consiguió inferir por una llamada telefónica. En la tumba familiar decorada con mármol zanardelliano, el viudo hizo cavar dos pequeños nichos colindantes, a dos metros del suelo, en uno de los cuales aposentó los despojos transparentes de su amada consorte.

Por la tarde empezaron a llegar las visitas llenas de abrazos y desinterés, que en una mejilla expresaban al viudo su pésame por la viudez y en la otra sus felicitaciones por la paternidad.

–Y pensar que hasta se había puesto a estudiar francés –suspiró el viudo Zanardelli.

–Oh –dijeron las voces, llenas de pésame y de felicitaciones.

En ese momento llegó la estola de monseñor Degli Agli, que bendijo a la difunta con agua de colonia. Y después, todos en marcha majestuosa hacia el cementerio, sin pasar de cuarenta. El pequeño Sesto iba sentado en el asiento posterior, detrás del cogote del jardinero vestido de chófer, entre el ingeniero, a su izquierda, y el recuerdo de su madre, a su derecha. Miraba fijamente hacia delante un coche fúnebre aerodinámico, tan lujoso como correspondía a un ingeniero como Zanardelli. Aquel cementerio, idílico y de colina, todo enhiesto con sus cipreses que ni pintados, le pareció poco apto para su madre, por más que hubiera estudiado francés. Amelia Degli Angeli habría

encontrado una sepultura adecuada en un cementerio lleno de piedras, o bien en un pozo seco, invadido por las zarzas en el pedregal de un río, donde una vez estuvo enterrada una bocina de latón. Pero eso el pequeño Sesto de nombre recuperado no podía en modo alguno imaginarlo. Pensó solo que su madre no se sentiría a gusto en aquella caja de hormigón en la que la habían puesto como una media vieja. Fue una ceremonia de despedida elegante y llena de aromas: colonia, cigarro toscano, incienso y el moderado olor a filete de carne roja que desprendía el viudo. El pequeño Sesto consiguió entrever, entre las personas llenas de pésame y desinterés, los bigotes rojizos de su padre, pero no le resultó posible reunirse con él. Y aunque hubiera podido hacerlo, ¿qué le habría contado? Antes de salir del lujoso acomodo de Amelia Zanardelli, en el que ella ocupaba un restringido espacio, el viudo depositó un ramo de lirios y no, como hubiera resultado más legítimo, un plato de pescadilla flotando en caldito, cifra y significado de su pretérita vida conyugal. Y entonces, dentro del angosto espacio habitable de la difunta transparente, se oyó un leve ruido: un gorgoteo, una corriente de aire, un sollozo. Los presentes pensaron en los gases de una precoz descomposición y se miraron con gesto de incomodidad; pero el pequeño Sesto entendió perfectamente que aquel ruido era un jodido cerdo murmurado entre dientes. Pero no podía revelárselo a nadie.

El regreso tuvo lugar a buen paso, como ocurría con todos los regresos del automóvil de los Zanardelli. También el coche fúnebre aerodinámico que los precedía debía de tener algo de prisa y no se dejaba adelantar. La carretera quedó despejada en el desvío hacia Florencia, porque el coche fúnebre aerodinámico giró a la derecha y el paseo lleno de curvas que llevaba a casa de los Zanardelli se abrió delante de ellos completamente tapizado de hojas. Fue en ese momento cuando el pequeño Sesto vio la bicicleta de su padre, un par de curvas más abajo, descendiendo hacia Florencia. Desde lo alto podía ver su cabeza rojiza, la bufandita tremolante y el portaequipaje con la gramática francesa. Intentó inútilmente hacerle un gesto apretando una mano contra el cristal, pero justo en ese momento el coche fúnebre aerodinámico se lo ocultó al adelantarlo.

—¿Te da mucha pena? —le preguntó el ingeniero Zanardelli mientras las ruedas frenaban en la grava del paseo. Pero el pequeño Sesto, que había vuelto a tomar posesión de su nombre, no le contestó. Y no solo porque para una pregunta como esa no existe respuesta, sino porque estaba tomando la

decisión de no volver a contestar a las voces que hablaban para preguntar, para dar órdenes o para prohibir. De este modo, tampoco esa noche, cuando el ingeniero Zanardelli le manifestó su decisión de mandarlo con los padres escolapios, el niño Sesto le contestó. No dijo ni sí ni no y siguió comiéndose su pescadilla porque se estaba ejercitando secretamente en el silencio.

El color predominante de los escolapios era el blanco. Blanca era la fachada del internado, blancas sus vestiduras, blancos los manteles. Las sábanas y las paredes eran blancas. Todo ostentaba el candor de un lugar en el que uno no se masturba y se convierte en un buen italiano. Pero el niño silencioso no pronunció palabra; entró en silencio en aquella blanca sociedad que aspiraba a darle una instrucción en la que estaban vedados los colores del arco iris.

–¿Por qué no dices nada, chiquillo? –le preguntó el padre escolapio más blanco de todos.

Estaban en una habitación de una blancura insostenible, tan blanca que las dimensiones cúbicas habían sido borradas por el blanco y parecían vivir sobre una superficie.

«Porque no me gusta», contestó mentalmente el silencioso Sesto.

–Llevas ya una semana con nosotros y no has dicho una sola palabra –dijo el padre escolapio desprendiendo blancos cirros de la boca.

El silencioso Sesto no consideró esa afirmación digna de una respuesta mental.

–¿Pero puedes oírme por lo menos? –preguntó el padre escolapio.

«Claro que te oigo», contestó mentalmente el silencioso Sesto.

–Hagamos una prueba –dijo el padre escolapio esparciendo talco a su alrededor–. Yo ahora voy a intentar silbar. Si consigues oírme, haz un gesto de afirmación, ¿de acuerdo?

«De acuerdo», replicó mentalmente Sesto.

El padre escolapio silbó y el silencioso Sesto movió la cabeza de arriba abajo.

–Sordo no eres –concluyó el padre escolapio con una sonrisa cubierta de nieve. Y el silencioso Sesto le correspondió con una sonrisa cándida.

–Puedes irte al recreo –concedió la voz blanca.

Sesto se fue al recreo. Jugó, en aquel recreo, como habría de jugar en todos

los recreos, porque su silencio no tenía nada que ver con los recreos, con el juego, con el blanco o con los escolapios. Su silencio era una cápsula sin paredes pero más resistente sin embargo que el hormigón del ingeniero Zanardelli; desde allí podía mirar hacia fuera a su gusto, pero por el contrario nadie podía mirar hacia adentro. Protegido por su campana de silencio, Sesto empezó a registrar en su archivo de los recuerdos recordables, perfectamente salvaguardado de toda indiscreción, pequeños signos, rayitas, ganchitos y círculos, burbujitas de tinta, palitos y guioncitos; aprendió a conjugar todos esos signos, a separarlos cuando era oportuno, a quebrarlos con dos pequeñas líneas cuando llegaba al final de la página, a dejarlos correr como trenes. Y después volvió a leerlos, pero solo mentalmente.

–No es tonto en absoluto –dijo el escolapio más blanco de todos–, pero no habla. No ha dicho nunca ni una palabra desde que está aquí con nosotros.

El ingeniero Zanardelli, que había abandonado las obras de los espacios habitables, se revolvió en su butaca y le lanzó una sonrisa de incompreensión al pequeño Sesto.

–No lo entiendo –dijo con voz constructora–. Tampoco es que en casa hablara mucho, pero alguna cosa sí que decía.

–Bah –dijo el escolapio más blanco de todos abriendo los brazos.

–¿Y aprende por lo menos? –preguntó el ingeniero.

–Aparentemente atiende, pero aún es pronto para decirlo. Sin embargo, si cree oportuno sacarlo...

–No creo que sea lo más adecuado –dijo el constructor con un corte neto de la mano. Y en ese gesto había muchas casas en construcción.

–Tú vete si quieres al recreo –concedió el escolapio más blanco de todos.

Y el silencioso Sesto se fue al recreo. Jugó, como jugaba en todos los recreos, bien protegido por su campana de silencio, más resistente que el hormigón Zanardelli. Después volvió a clase, se sentó en su sitio, contestó mentalmente al maestro escolapio y registró todo lo que era digno de ser registrado en su archivo de recuerdos recordables.

Así, jugando en silencio y participando mentalmente en la instrucción escolapia, empezaron a pasar los meses para el silencioso Sesto de nombre recobrado. Llegó un carnaval en el que participó con silenciosa alegría; una Cuaresma a la que silenciosamente no se sumó; una Pascua de Resurrección en la que devoró silenciosamente huevos bendecidos; un mayo de preveraniegos silenciosos; y, por último, un verano sin promesas en el que fue

devuelto a casa de los Zanardelli, porque el curso escolar, silenciosamente, había terminado.

En casa de los Zanardelli, además de la construcción, se idolatraba la memoria de Amelia Zanardelli, que había ocupado cómodas, mesitas y estanterías en distintas guisas. Eso remarcaba de manera tan prepotente la ausencia de la fotografiada que Sesto tuvo la impresión de poner el pie en la no existencia de su madre explicada a los profanos. Por lo demás, la casa seguía igual a cuando Sesto la había dejado tras haber reconquistado su legítimo nombre. Como añadido, estaba su hermano Alcide, que deambulaba por las habitaciones desiertas y una criada que no solo era una criada pero que Anselmo parecía considerar como tal en presencia de extraños; como merma, además de la difunta fotografiada, estaba una vieja abuela a la que no había que molestar bajo ningún concepto, pero de la que Sesto, pese a rebuscar en sus recuerdos, no consiguió averiguar si se había ido antes o después de su marcha, porque tal vez se hubiera escabullido cuando el archivo de los recuerdos recordables aún no funcionaba. Con Amelia, como la llamaba el ingeniero, es decir, con la criada que no solo era una criada, surgió de inmediato, espontánea y natural, la simpatía que surge entre las personas toleradas en el mismo lugar por el mismo amo. Se estableció también, por canales secretos y no bien identificados, una complicidad tácita, dada la naturaleza del niño Sesto. Amelia era una muchachona de lóbulos bastante rollizos que denunciaban orígenes de lo más modestos y una alimentación a base de hidratos de carbono. Por lo menos, hasta que entró en casa de los Zanardelli, porque después dio muestras de apreciar la pescadilla, los calditos y los filetes a la plancha, alimentos que habían potenciado su estructura y coloreado sus formas. Aquel verano Amelia se mostraba rellenita, rubia y rubicunda, y el ingeniero Zanardelli no podía evitar que la vista se le fuera hacia determinadas zonas mientras ella llevaba a la mesa soperas humeantes. A Amelia no parecía molestarle en exceso el interés demostrado en sus partes posteriores; además, tenía la gran virtud de tratar al pequeño Alcide de la misma manera con la que trataba al pequeño Sesto, que había conservado un nombre que no era suyo para un hermano menor que siempre se había llamado Alcide. En efecto, no siendo madre ni del uno ni del otro, no manifestaba amor materno ni hacia uno ni hacia el otro; no como Anselmo Zanardelli, quien, no siendo padre ni del uno ni del otro, manifestaba a ambos un amor paterno impuesto por el registro civil.

Tranquilo y silencioso pasó ese verano para el silencioso Sesto, mientras Anselmo Zanardelli construía, construía y construía. Todos los domingos eran de pragmáticas excursiones en automóvil a paso majestuoso hacia las obras de los espacios habitables de radiante futuro en hormigón. Las obras se habían reproducido como conejos y todos enarbolaban carteles onomásticos en los que se prohibía el paso a los extraños: pero ellos no eran extraños, eran la familia del presidente y único accionista de la Sociedad Constructora Zanardelli & C., en la que la C. quería decir «Construcciones». Por ello entraban en fila india en las obras, tras los pasos desenvueltos del dueño, que vagaba entre las barras de metal de su cemento armado, acariciaba el hormigón, observaba con concupiscencia los cimientos de los macabros edificios Zanardelli, accionaba poleas, subía por escaleras y se asomaba por las órbitas de los ventanales aún carentes de postigos gritando «oh, oh» a los que se habían quedado abajo. Y mientras tanto el silencioso Sesto seguía callando. Callaba en el coche, callaba en las obras, callaba en las habitaciones atiborradas de Amelias, mientras que su hermano Alcide llamaba papá a su padre putativo, llamaba comidita al caldo de pescadilla, llamaba mamá a todas las imágenes de Amelia Zanardelli, como si fueran una sola Amelia y no muchas Amelias diversas y distintas retratadas en momentos diversos y distintos.

—¡Tu hermano habla perfectamente y tú te obstinas en no hablar! —decía el ingeniero Zanardelli, creyendo poder hacer mella en el inexistente orgullo facundo de Sesto.

Pero Sesto no opuso objeciones, pues se hallaba estupendamente en la totalidad del silencio y no iban a ser observaciones como esas las que lo sacaran de una campana inaccesible para todos. Aguardó en silencio a que llegara octubre y regresó silenciosamente con los escolapios blancos. Volvió a entrar en la blancura calasancia envuelto en su envoltorio de silencio y volvió a jugar en los recreos; y jugó como jugaba en todos los recreos: bien protegido por una campana más resistente que el cemento Zanardelli.

Para que lo largo se nos haga breve, como decían antaño las historias que querían hablar brevemente de un tiempo largo, el pequeño Sesto dejó que el tiempo discurriera a su lado sin sumergir en él ni un dedo siquiera. Se limitaba a verlo discurrir, preservado por la inocencia del silencio que lo mantenía fuera del tiempo, y que podía mirar como una fotografía que entendemos pero que no nos concierne. Desde su observatorio de cristal

registró en su archivo de recuerdos recordables cuanto consideró digno de ser registrado, pero se cuidó mucho de que nadie se percatara de ello. No dijo nunca que había aprendido perfectamente a colocar en el orden lógico y simbólico establecido por los hablantes todos los signos llamados palabras a través de los que uno puede expresarse incluso sin hablar. Evitó cuidadosamente abrir la menor brecha en su campana de cristal, el más diminuto orificio a través del que pudieran introducirse las voces que hablaban para preguntar, para prohibir, para mandar. Y mientras tanto los escolapios, presionados por el ingeniero que tantas casas en construcción tenía, seguían tolerando entra la blancura de su comunidad a ese niño pelirrojo que no sabía una sola palabra pero que, a cambio, jugaba en los recreos. Y el tiempo en el que él no había sumergido ni un dedo siquiera empezó a convertirse en iterativo, en el sentido de que terminaban silenciosamente los cursos escolares de los escolapios y llegaban veranos carentes de promesas en los que Sesto era devuelto a casa de los Zanardelli: comía trozos de pescadilla mojándolos en el caldo, miraba a su hermano Alcide que cada vez hablaba mejor, iba a visitar nuevos bloques de cemento mientras Anselmo miraba con concupiscencia los cimientos y tocaba el trasero de una Amelia de lóbulos rollizos, suplente de por vida de una Amelia difunta que había dejado la casa repleta de numerosas sí mismas. Y mientras tanto, en ese tiempo en el que el tiempo se había vuelto iterativo, el silencioso Sesto seguía mentalmente la enseñanza de los escolapios llenando con orden su archivo de recuerdos recordables; participaba en carnavales con silenciosa alegría, dejaba que trascurrieran silenciosas cuaresmas, devoraba silenciosamente huevos pascuales, disfrutaba de los preveraniegos silencios de mayo, se resignaba en silencio a la llegada de veranos sin promesas en los que era devuelto a casa de los Zanardelli, mojaba trozos de pescadilla en el caldo, iba a visitar constantemente nuevos bloques de cemento, soportaba en silencio las observaciones constructoras según las cuales su hermano Alcide, que solo tenía nueve años, hablaba como un orador, mientras que él, que tenía diecisiete, no despegaba los labios, esperaba en silencio que llegara octubre para regresar con los escolapios blancos.

UN MONUMENTO AL RADIANTE FUTURO

Hay que ver qué lentos pasan los años cuando se están viviendo, y lo rápido que pasan cuando ya los hemos vivido. Los años cincuenta, que en el cuarenta y ocho le parecían astronómicamente lejanos al silencioso Sesto, ya habían terminado para su enorme sorpresa. Y en esos años el dinero empezó otra vez a valer algo, de modo que Anselmo Zanardelli, a quien no le faltaba olfato, empezó a vender, y luego a comprar otra vez. Y después a vender de nuevo. De manera que le concedieron el título de Caballero de la Orden al Mérito en el Trabajo.

El motor prepotente del automóvil Zanardelli retumbaba ese domingo más de lo habitual. O eso le pareció a Sesto cuando el automóvil entró majestuosamente en la verja de los escolapios y se detuvo en la gravilla sin apagar el motor. Bien alimentado y elegante, escultórico, sentado en el asiento delantero con el codo apoyado en la ventanilla, el Caballero del Trabajo movió el dedo índice con un gesto improrrogable e invitó a su hijastro a sentarse al lado de Amelia, de rollizos lóbulos auriculares, y del pequeño Alcide, parlanchín y escuchimizado. Se fueron como era ya tradición que se fueran en sus excursiones dominicales: majestuosamente y con una marcha corta. La mano del Caballero se alzaba gravemente hacia el sombrero para un saludo apresurado cuando se cruzaban con una persona conocida; Amelia ofrecía sus rosáceos lóbulos al aire burbujeante de la ventanilla; Alcide hablaba sobre su futuro de arquitecto, y Sesto... El silencioso Sesto pensaba en una madre que imprecaba en el ataúd y en un padre al que nunca había conocido. Y dándole vueltas y vueltas, rebuscando en un archivo en el que había fichado los recuerdos recordables, acabó por sacar del caldito en el que flotaba una carta escrita con una caligrafía que tendía a huir del papel. Y a partir de la carta llegó hasta un nombre que había permanecido agazapado durante aquellos años en el fondo del fichero, tal vez porque pertenecía a una mujer minúscula y negra, casi un mejillón, con dos pequeñas valvas por boca que besaban rozando: la tía Addolorata. Y a partir del nombre del pequeño mejillón, el fichero pasó a un lugar indistinto e inidentificable que en lugar de un nombre propio se llamaba *un pueblo*

repleto de piedras. El silencioso Sesto rebuscó, indagó debajo de viejas tapicerías que representaban perros moteados de negro, indagó en un año de campaña electoral, interrogó voces perfumadas de colonia y conversaciones escuchadas a hurtadillas desde la habitación, pero el fichero no registraba el nombre propio. Y, mientras tanto, el automóvil de los Zanardelli se estaba acercando a una nueva obra.

Retumbaba realmente más de lo acostumbrado el motor del automóvil de los Zanardelli al pasar por debajo del cartel que prohibía la entrada a los extraños. El Caballero saludó con gesto breve y condescendiente a su capataz, que lo esperaba con el bonete en la mano; Amelia asomó sus lóbulos rollizos para decir: «¡Buenas, Ginetto!»; el escuchimizado Alcide farfulló algo relacionado con las dimensiones de la nueva obra, y Sesto... El silencioso Sesto pensaba en su infancia blanca y hedionda de colonia, en un caldito de pescadilla en el que veía flotar una barquita atiborrada de palabras que tendían a huir del papel, una carta proveniente de un pueblo repleto de piedras en el que vivía un mejillón de nombre Addolorata.

Mientras tanto, el coche se había detenido delante de los cimientos del último edificio en construcción, delante de una selva de hierros, de grúas, de hormigoneras y de poleas. Y Anselmo Zanardelli, dando un salto ágil y escultórico, como había aprendido en la Escuela de Alumnos Cadetes de Caserta, llamaba con un gesto del brazo a su pequeño pelotón para que lo siguiera cruzando el foso de los cimientos. Pero desmañada y divertida, mientras hacía temblar toda su gelatina, la decimoquinta Amelia dijo que no, ¡¡que no y que no, que no iba a ser capaz, Dios mío, menuda locura!! El Caballero, sonriendo con seguridad, intentó otra vez convencer a su consorte, pero ella, escudándose con las almohadillas de las manos, se negó con decisión. Sesto se quedó mirando la escena: miraba los ágiles gestos de su escultórico padrastró, los lóbulos tremolantes de la nueva Amelia de Zanardelli, la grúa que descollaba en un cielo que tal vez hubiera adquirido el Caballero del Trabajo, y pensaba entre tanto en una carta que flotaba en el caldito de pescadilla como un barquito de papel. ¿De dónde vendría esa carta? De un pueblo repleto de piedras. Rebuscaba en el archivo de sus recuerdos recordables, apartaba nombres de incierta caligrafía (¿Degli Ogli, Degli Ugli o Degli Agli?), rebuscaba en oscuros rincones, removía tapicerías, volvía a escuchar conversaciones de las que le habían quedado astillas,

fragmentos, trozos roídos y enmohecidos, pero era incapaz de encontrar el nombre de ese pueblo repleto de piedras.

—¡Caballero, puede ser peligroso! —le advirtió el capataz con las manos en forma de embudo delante de la boca. Pero Anselmo Zanardelli, ágil y bromista, hizo un breve gesto de displicencia mientras seguía subiendo por la escalera de mano. Al llegar a lo alto, desapareció en el rellano del edificio en construcción y poco después apareció sonriente en los minúsculos balconcitos. Se asomaba y agitaba los brazos como si estuviera dando un imaginario mitin, casi como si quisiera demostrar lo injusta que había sido la suerte al excluirlo de la política. Porque, en efecto, era apuesto y elegante, el Caballero del Trabajo, y sobre un palco habría quedado la mar de bien. Eso fue lo que exclamó desde abajo su querida consorte, que interpretó su pantomima y gritó bailoteando:

—¡Sobre un palco habrías quedado la mar de bien!

Pero el Caballero del Trabajo, tumbado en las elecciones, haciendo como que no la oía, se retiró de ese balconcillo y se asomó a otro, desapareció y reapareció, ágil y elegante, frenético de orgullo por su imperio de cemento. Exhibiendo las dotes de gimnasta que habían hecho de él el joven campeón de la Escuela de Alumnos Cadetes de Caserta, el Caballero del Trabajo subía, bajaba, se asomaba a los balconcillos, reía, señalaba desde lo alto el poderío de su panorama de cemento. ¿Y Sesto, qué hacía Sesto? Sesto estaba más silencioso que nunca, si eso era posible. Estaba inmerso en un silencio total en el que vagaba en busca de señales, de indicaciones, de sospechas, de fragmentos del nombre de un pueblo repleto de piedras. Y mientras holgazaneaba en su silencio se había acercado hasta los cimientos de la tapia que rodearía el último conjunto de espacios habitables del Caballero Zanardelli. Y entre tanto los lóbulos auriculares de Amelia, arrastrando al chiquillo escuchimizado, estaban completamente absortos en seguir las indicaciones del capataz, que con amplios gestos de los brazos le hacía admirar la amplitud de aquel imperio. De vez en cuando, su papada rosácea emitía grititos de estupor y de complacencia, sus ojillos centelleaban de apetito y de vergüenza: era una felicidad en metros cúbicos que su alma simple no sabía medir. Sesto, sentado en una polea, rebuscando en los detritus de la memoria para cazar el nombre propio de un país desconocido, observaba la escena como si todo aquello no lo atañera. Miraba a su madrastra en éxtasis ante las construcciones de su marido y al Caballero del

Trabajo que había bajado de los balconcillos y en un ímpetu de celo había empezado a maniobrar el buldócer con la hormigonera giratoria para hacer alarde de sus capacidades de patrón-obrero. La máquina se movió, gruñó, dio un trompicon; Anselmo Zanardelli rió complacido por su destreza, tocó los reguladores de los mandos, se bajó de un salto. Olé, como en la Escuela de Alumnos Cadetes de Caserta.

–¿Has visto qué perfección? –preguntó el Caballero del Trabajo con una sonrisa de satisfacción.

Sesto no entendió si la perfección se refería a los mecanismos del aparato o a la presunta habilidad del manipulador. Estaba completamente absorto en alcanzar con su saliva un charco de escupitajos que había formado en el suelo, y en ese charco, como en un plato de sopa, veía flotar una carta escrita con una caligrafía vertical que provenía de un pueblo repleto de piedras cuyo nombre no conseguía recordar.

–¿Has visto qué perfección? –insistió, con esa sonrisa que exigía una respuesta, el Caballero del Trabajo. Y a esas alturas Sesto tuvo que levantar los ojos y mirarlo.

Sesto hubiera querido gritar. Hubiera querido decirle: «¡Cuidado!», o lanzar un chillido de alarma, o hacer un gesto, algo. Y, en cambio, no dijo nada, y se quedó quieto. No dijo nada porque estaba demasiado acostumbrado a vivir en una campana de silencio difícil de romper, y acaso también porque estaba demasiado ocupado en localizar en los vagos ficheros de su memoria el nombre de un pueblecito del que llegaban cartas escritas con una caligrafía vertical. Tal vez su mirada transmitiera un mensaje de estupor, de asombro, de desorientación, de terror; pero ¿cómo habría podido descifrarlo Anselmo Zanardelli, tan seguro de sí mismo, de su habilidad y de su imperio de cemento? ¿Cómo podía entender ese Anselmo Zanardelli que dijo irritado «Por qué no contestas, imbé...» que la mirada desorientada y estupefacta de su silencioso hijastro quería decir: «¡Peligro, peligro, peligro!»

–¿Por qué no contestas, imbé...? –exclamó Anselmo Zanardelli, pero no tuvo tiempo de acabar la frase porque, entre tanto, la gigantesca hormigonera que estaba girando con silenciosa lentitud a sus espaldas ya le había echado por la cabeza un inmediato futuro de cemento. Ineluctablemente, una tonelada de cemento cayó de repente sobre el gimnástico rey del hormigón, enterrándolo en un promontorio cónico de fraguado rápido.

«¿Por qué no contestas, imbé...?», había gritado con irritación el Caballero

del Trabajo. Le respondió un coro de burbujitas del cemento de fraguado rápido: «Plof, plof, plof.» ¡Y qué desesperada, gelatinosa, vociferante y ya viudal resultó la carrera de los lóbulos auriculares de la decimoquinta Amelia de Zanardelli!

–¡Ginetto! ¡Corre, Ginetto! ¡Haz algo, Ginetto! –gritaba la recentísima viuda con la conciencia de ser viuda al capataz que observaba atónito las manos de Anselmo Zanardelli que se agitaron durante unos segundos fuera del amasijo antes de acabar hincadas en él, inmóviles, retorcidas, recortadas contra el horizonte de las casas en construcción, como si fuera un monumento.

–¡Ginetto! ¡Ginetto! ¡Ginetto! –gritaba desesperadamente Amelia presa de una crisis de desesperación y de repugnancia mientras un hipido que parecía un conato de vómito le sacudía el pecho. Ginetto se acercó armado de pico y pala, y al principio golpeó tímidamente el cono de cemento de fraguado rápido, como si temiera hacer daño al patrón que allí estaba encerrado. Pero la pala devolvió dos o tres sonidos argentinos como si arañara una roca, y entonces el capataz se encomendó a la herramienta más idónea y empezó a soltar golpes de pico a la desesperada contra la montañita. Fue un trabajo de animales. Los golpes enérgicos restallaban y chirriaban en el amasijo de piedra, abriendo algunas grietas con gran esfuerzo. Hizo falta más de media hora de trabajo durísimo, en el que Sesto participó con una palanca, intentando que se derrumbaran las zonas ya socavadas por los golpes de pico de Ginetto. ¡Qué derecho y duro estaba Anselmo Zanardelli cuando a fuerza de golpes acabó saliendo de su pedestal boca abajo! ¡Y cuánto se le parecía esa estatua de cemento que lo retrataba vestido de oscuro, con una expresión de interrogación irritada en el rostro! Amelia había sacado el pañuelo del bolso e intentaba limpiarle la cara y desatascarle la garganta y las fosas nasales obturadas por el cemento. Ginetto acercó al cuerpo un bidón de agua y empapando los pañuelos intentaron reblandecer la costra que enfundaba a Anselmo Zanardelli; pero este, definitivamente, se había hecho uno con su adorado cemento. Fue entonces cuando el silencioso Sesto buscó con la mirada a su hermano y lo vio a lo lejos, sentado en los escalones de una casa ya acabada, masticando una brizna de hierba. Capitán Sesto no está seguro, porque Alcide se hallaba a una veintena de metros: le pareció que le sonreía. Fue una sonrisa brevísima, fugaz e indescifrable que animó por un instante su

rostro escuchimizado, y Sesto no habría de saber nunca si fue una sonrisa de enorme tristeza o de enorme alegría.

Con la mayor de las cautelas, como si tuvieran miedo de que se hiciera añicos, reclinaron en el automóvil la estatua de Anselmo Zanardelli. Lo pusieron delante, metiéndolo de través y rotándolo después en el interior, porque estaba tan tieso que fue imposible doblarle las rodillas. Cuando el chófer volvió de su paseíto, a la hora establecida, se encontró con el coche ya lleno. Se puso al volante sin decir una sola palabra y arrancó con calma, total, ya no había prisa. Majestuosamente, como acostumbraba a hacer en sus excursiones dominicales, el automóvil de los Zanardelli de motor prepotente recorrió las afueras, se metió por las avenidas arboladas y desembocó en el Lungarno. Atardecía, y la gente abarrotaba las aceras. Las manos del Caballero del Trabajo, encogidas a media altura, parecían repartir sus acostumbrados y presurosos saludos. Nadie había dicho una sola palabra. Pero cuando por encima del Lungarno emergió el claro de piazzale Michelangelo, se oyó sonora y perentoria la voz de Sesto Degli Angeli, que le gritó al jardinero vestido de chófer:

—¡Párate aquí!

Porque Sesto tenía sus buenas razones para hablar: había llegado el momento de salir de la familia Zanardelli. Y al adentrarse por el puente sobre el Arno le hizo un gesto de saludo a su desgraciado hermano, que, detrás de un padre de cemento, se alejaba en el recuadro de la ventanilla posterior.

COMO VELA QUE DESPLEGAR

Sócrates creía en el hombre, pero en el hombre terrestre. Un hombre sin mayúsculas, mortal como los hombres, que vive sobre la corteza del mundo. A Sócrates le gustaba la verdad y detestaba los dogmas. La moral, decía, es una ciencia exacta. Era un viejo filósofo alimentado por una perenne juventud y había escrito su propio libro, que no dejaba ver a nadie. Desde su ventana se veían los tejados de Florencia, en su habitación navegaban los papeles, en el bolsillo de su batín tenía una ampolla invisible mucho más eficaz que la cicuta. Sócrates dialogaba con las cosas. Las tocaba, las acariciaba, las descomponía, les hacía cosquillas, se sumergía en ellas: las miraba desde su interior como un submarino que navega dentro de las cosas. A Sócrates le gustaban las cosas porque las cosas están hechas para los hombres; y para amar las cosas hay que conocerlas y para conocerlas hay que amar a los hombres y conocernos a nosotros mismos. «Conócete a ti mismo», decía Sócrates. Por eso Sesto lo llamaba Sócrates, aunque tuviera otro nombre.

Fue aquella una primavera socrática hecha de lecturas y de discusiones: con Sócrates, Sesto releyó muchos libros que había deglutido apresuradamente durante sus poco fructíferos años escolares. Aparecía con un libro debajo del brazo y se sentaba sobre una pila de papeles cerca de una ventana por la que se veían los tejados de Florencia. Leía con calma, respetando la puntuación, hasta que Sócrates le decía: «Para, discutamos ese fragmento», e iba a coger uno de sus libros para leerlo en el original.

Mucho más tarde, y con una enorme sensación de gratitud, Capitán Sesto, mientras estaba escribiendo su historia, recordó las lecciones de un Sócrates que buscaba la verdad; porque de alguna manera su historia empezó a ser escrita de forma tácita precisamente en una habitación atiborrada de papeles desde la que se veían los tejados de Florencia. Fue allí donde Sesto, entonces solo Sesto, empezó a sospechar que para conocer el mundo era necesario antes que nada conocerse a uno mismo. En aquella época, como si fuera un juego, indagando sobre sí mismo, Sesto empezó incluso a escribir breves poemas, intensos e indescifrables, trazados con una caligrafía minúscula en hojas de cuaderno, que le servían después para hacer ligeros avioncitos de

papel que lanzaba planeando sobre el Arno desde los puentes de Florencia. ¿Cuántas poesías mandó hacia el mar Sesto Degli Angeli, en aquella primavera en la que empezó a creer que se conocía a sí mismo escribiendo? Innumerables. Pintó de blanco el Arno con hojitas que hablaban de una realidad impenetrable dispuesta en versos libres que luego, más tarde, Capitán Sesto, a pesar de todos sus esfuerzos, no fue ya capaz de recordar, precisamente porque no les daba tiempo a ser registrados en el archivo de recuerdos recordables: se materializaban en subitáneos avioncitos de papel que planeaban revoloteando sobre las aguas del Arno; y desde allí se alejaban balanceándose hacia el mar, llevándose consigo uno a uno los pensamientos que el silencioso Sesto siempre había callado. Iba a ver a Sócrates y también para él escribía poemas secretos que después confiaba al viento, porque en su búsqueda de alguien que lo sacara del pozo de su blanca soledad, había aprendido a amar con una silenciosa amistad a su paterno filósofo.

Pero ¿qué era la poesía? Se lo preguntó muchas veces el silencioso Sesto, mientras lanzaba sus poemas desde los puentes del Arno. Y mientras se lo preguntaba corregía pruebas y dejaba pasar el tiempo. Sesto nunca había sentido familiaridad con el tiempo, acostumbrado como estaba a vivir bajo una campana; y además, cuando uno es joven, parece como si el tiempo no existiera, porque no se le ve transcurrir: el tiempo pasa para los demás, no para quien lo mira desde fuera y se siente inmune a él. Eso es lo que hacía Sesto con el tiempo, en esa época de su nueva vida en la que tiraba un poema tras otro; y el tiempo pasaba sin que se diera cuenta. Y mientras tanto, Sesto Degli Angeli, que aún no se había dado cuenta de lo que esperaba de la poesía, aprendía a corregir pruebas. Con su primer sueldo de trabajador se compró una bicicleta de segunda mano, con un manillar enorme, una ruidosa cadena y un sillín de cuero largo y estrecho, sobre el que había que levantarse a cada salto del firme de la calle, porque no tenía piedad de nalgas ni de testículos. Después de practicar un poco, había aprendido perfectamente de Sócrates a señalar en los márgenes de las páginas, con pequeños signos convencionales, las correcciones destinadas al tipógrafo, y ejercía con desenvoltura su oficio, dueño de su vida. Era un trabajo que le cansaba la vista y con el que ganaba poco, pero que le bastaba para su sustento, y al final de mes le quedaba dinero suficiente para comprarse los blocs de notas a los que confiaba sus oscuros poemas.

Pero llegó un día en el que Sesto, con la bicicleta de la mano, estaba

cruzando un puente del Arno y al rebuscar en sus bolsillos se percató de que no tenía avioncitos de papel que arrojar al río. Era un día de un mes veraniego, con una luz resplandeciente, como la que en Florencia suele haber en verano; Sesto dejó la bicicleta en la acera, apoyó la barbilla en los brazos cruzados sobre el pretil y se puso a mirar el agua del río. Las aguas de los ríos siempre han sido fuente de sugerencias para los filósofos que las observan; y aunque Sesto no era filósofo sino un corrector de pruebas que se había quedado momentáneamente sin poemas, el agua del río fue fuente de sugerencias para él también. Porque el agua discurría tranquila e iba en una sola dirección. «¿Por qué no va nunca en dirección contraria?», se preguntó Sesto Degli Angeli; y a partir de esa pregunta el silencioso Sesto, un corrector de pruebas y poeta sin poemas, empezó a pensar en el tiempo que discurría; y en el universo que discurría en este, y en el mundo que sobre este discurría y, dentro de este, en un pequeño, minúsculo, insignificante granito con un penacho rojo y la barbilla apoyada en un pretil de mármol, que discurría también. Y de repente el mundo, que había estado quieto a su lado hasta entonces, se desató y empezó a discurrir. Y como cuando el oído se libera en una brusca bajada, las orejas de Sesto se destaparon y empezó a oír el zumbido del mundo que discurría. Oía la voz interior de las cosas, y en medio del flujo de las cosas se veía a sí mismo, con la barbilla apoyada en un pretil de mármol, junto a la bicicleta con un sillín de cuero, que discurría. Y comprendió también de repente, con esa sensación de pánico y de asombro propia de un poeta sin poesía, que él no era más que un punto de un tiempo en progresión, resultado y principio, adición y suma; y sintió ganas de alargar la mano hacia el río de las cosas para pescarse a sí mismo, para aferrar ese barquito chiquitito llamado Sesto Degli Angeli, depositarse sobre la palma de la mano, mirarse, descifrarse, dar un sentido a su discurrir, determinar el rumbo que había de llevar en el gran río del desplazamiento. Con el ímpetu de quien descubre algo insospechado, el joven Sesto que había intuido que discurría pensó en convertirse en capitán de sí mismo, y, deslumbrado por su descubrimiento e impulsado por la excitación, saltó sobre la bicicleta y, de pie sobre los pedales, se fue corriendo a ver a Sócrates. No sabía lo que iba a decirle, ni siquiera sabía si sería capaz de hablar: solo sabía que existía, oculto en alguna parte, un poema aún por descubrir que podría enseñar a navegar al barquito chiquitito torpe e inseguro de Sesto Degli Angeli. Pero ¿cómo explicar lo que buscaba, cómo pedir consejo acerca de lo que quería?

Balbuocéo confundidamente, entrando como un ciclón en aquella habitación atiborrada de hojas desde la que se veían los tejados de Florencia; farfulló, tropezó con sus propias palabras, se confundió, empezó a toser, se miró los zapatos, que estaban inmóviles en un pavimento que discurría, miró a su amigo Sócrates, que discurría en una habitación que discurría, miró por la ventana los tejados, que discurrían en un mundo que discurría, y preguntó en voz baja: «Pero ¿dónde está la poesía?» Después, como si se avergonzara de su pregunta, dio media vuelta y se precipitó escaleras abajo, saltando los escalones de dos en dos. Pero antes de salir del portal se detuvo un instante con los ojos levantados y vio a su amigo Sócrates, sonriente en el descansillo, que con un amplio gesto, como si lo abrazara todo, le daba una silenciosa respuesta. Y entonces Sesto Degli Angeli, erguido sobre los pedales de su bicicleta, se encaminó hacia casa.

Su nueva casa se hallaba en uno de esos barrios que los Zanardelli de toda Italia habían construido en la posguerra: un barrio de caserones desolados que lindaba con los desechos de la ciudad y con los primeros prados del campo. Desde las ventanas se veía una Florencia lejana e indiferente, velada por el bochorno veraniego, ya repleta de nostalgia y desierta de promesas. Las habitaciones, tórridas, eran de techos bajos y se desplomaban sobre un patio solitario dominado por la inmovilidad de un pequeño carrusel de hierro. Pero, a cambio, la premiada tipografía Favilla estaba solo a dos manzanas de distancia, de manera que Sesto podía llevarse tranquilamente el trabajo a casa cuando no se sentía con ganas de respirar el ruido de la tipografía. Las pruebas de imprenta de la tipografía Favilla fueron su única compañía en aquel verano de soledad, y con ellas las hojitas de un poema en el que intentaba silabear un nudo que le estorbaba y que intentaba desatar, tal como se despliega una vela, con unos cuantos signos en la página blanca.

Porque se había hecho la ilusión de que bastaba plantar las palabras como cequíes de oro en el campo de los milagros de la poesía y regarlas con constancia para conseguir una espléndida cosecha en la siguiente temporada. Por más que no pudiera definirse como feliz la vida de Sesto Degli Angeli en aquella época de soledad, había alcanzado al menos una dimensión de calma propia: una especie de poza en la que se dejaba mecer en espera del acontecimiento que antes o después habría de iluminar sus días. Un pequeño grumo de claridad, eso pensaba, estaba madurando en el invierno de sus pensamientos, para florecer en la poesía; y con esa poesía él, Sesto Degli

Angeli, zarparía con rumbo hacia sí mismo, daría sentido a esos dos puntos en los que se detenía su único poema interrumpido.

A menudo se dejaba acompañar por un amigo poeta que firmaba sus poemas con el seudónimo de Roxi y que en el registro civil se llamaba Adalberto Rossi, empleado de la oficina de correos, ventanilla de telegramas, de via Medaglie d'Oro, licenciado en Derecho, infeliz, alienado y empeñado en aquella época en resolver con versos de veintiuna palabras el problema del narcisismo en la poesía contemporánea. Acerca del narcisismo, Adalberto dictaba prolijas y telúricas conferencias en la Caverna, un teatrillo montado en un sótano cerca de la tipografía Favilla, donde se representaban las obras de los autores preferidos de Adalberto. La alienación, como estaba de moda decir por entonces, imperaba en las veladas culturales de la Caverna, cuando sobre la tarima se sucedían poetas improvisados y desconocidos, hermanados por el vínculo de la alienación. Pero a pesar de esta eucarística incomunicabilidad, Sesto no reunió nunca el suficiente valor, por más que se viera bombardeado por la insistencia de Adalberto, para expresarles a los presentes su irreparable vacío. No fue empresa fácil resistir a los llamamientos de Adalberto Rossi, que lanzaba sus mensajes en los formularios telegráficos. Roxi, en efecto, escribía poemas solo en formularios telegráficos: el remitente era el poeta Roxi, naturalmente; el destinatario, en cambio, era el hombre Adalberto Rossi. El texto poético, que no superaba nunca las veintiuna palabras, no utilizaba puntuación, sino que estaba pausado por la cadencia de los *stop*. El resultado se llamaba telepoema.

Pero Sesto no cedió. No se rindió a los llamamientos que Roxi le pasaba en formularios de telegramas en los que su nombre, Sesto Degli Angeli, aparecía escrito en letra de imprenta junto a la palabra «Destinatario». Supo decir que no a los telepoemas de Roxi y no aceptó recitar ante la platea de la Caverna sus poemas repletos de dos puntos. El poeta telegráfico, para convencerlo, llegó a prometerle una ocurrencia sensacional: escribir los textos poéticos de Sesto en formularios de telegramas que se distribuirían al público, y lanzó incluso la propuesta de una lectura a la luz de las velas, con una bailarina que ejecutaría una danza acompasando los dos puntos con la mímica. Los dos puntos se quedaron sin público y él se los meció en silencio en su solitario poema.

Fue un invierno solitario jalonado por las visitas que le hacía a Sócrates, en aquella habitación atiborrada de papeles. Iba a verlo, se sentaba en el hueco

de la ventana y le parecía haber recaído en el mutismo de su infancia. El viejo Sócrates no le hacía preguntas, porque sabía que nadie podría hallar en lugar de Sesto lo que Sesto andaba buscando; de modo que este se quedaba mirando los tejados hasta que desaparecían en el crepúsculo, y entonces se marchaba tan silencioso como había llegado. Sócrates lo despedía desde el descansillo y, una y otra vez, le hacía gestos de que tuviera paciencia y de que esperara, porque acabaría llegando el momento. Antes o después acabaría llegando el momento, acaso justo cuando menos se lo esperara. Y así, el silencioso Sesto, en espera de recolectar la pequeña mies que lo liberara de lo ignoto, seguía corrigiendo pruebas de imprenta tras pruebas de imprenta de la premiada tipografía Favilla, llenaba páginas y páginas de pequeños signos al margen de la página, comía sardinas en aceite directamente de la lata y miraba una Florencia lejana desde las ventanas de un caserón zanardélico.

Entre pruebas y telegramas pasaron dos meses extenuantes de indagaciones poéticas, pero en el campo árido de Sesto no brotó vástago alguno. Tal vez no fuera aún la época, pensaba armado de esperanza; el periodo de incubación de sus simientes no respetaba los ciclos de la naturaleza, no era como el trigo que se anida bajo la tierra helada; tal vez su mies llegase cuando menos se lo esperara, sin atender a vencimientos o meteorologías. Había que tener confianza y esperar.

Pero llegó otra estación sin brotes. Llegó un verano viscoso y sofocante, recorrido por vientos húmedos que dejaban en el alféizar de la ventana una capa de vapor y de polvo; y la ciudad se vació en un santiamén. La Caverna echó el cierre por vacaciones, y su público habitual emigró hacia las localidades de veraneo. Llegó un agosto de cansancio y soledad; los amigos se marcharon hacia una playa desconocida. Sesto, con las pocas palabras resecaídas que le habían quedado, buscó un pequeño cultivo desesperado, experimentó dos o tres injertos, buscó acoplamiento reproductivos. En vano. En el bochorno solitario las palabras se secaban aún más, se les abrían grietas, les nacían ampollas como a películas abrasadas. A mediados de agosto llegó un telepoema en un formulario firmado por Roxi. Sesto lo colocó sobre el hornillo y lo dejó allí el resto del agosto, intentando descifrarlo mientras comía sardinas decapitadas en lata. Después llegó la factura de la luz, que se superpuso al poema misterioso, y eso lo distrajo de una tentativa que estaba volviéndose desesperada. La entrada de septiembre le trajo otro formulario de Roxi y una nota de su amigo filósofo que, quién

sabe cómo, había comprendido su desaliento. Eran un puñado de palabras escritas de manera socrática donde se decía que para conocerse a uno mismo había que conocer a los demás y que para encontrar la poesía había que tener presente que la realidad es como la sopa: para saber si está salada no hay más remedio que probarla. Sesto intentó reflexionar acerca de esas palabras, después se rindió a la soledad, dejó la carta sobre el hornillo y se puso a corregir pruebas. Fue un invierno de pruebas, porque la tipografía Favilla tenía que recuperar trabajo atrasado, y de telepoemas, porque Roxi parecía haber encontrado una veta inagotable. La poesía de Sesto Degli Angeli, en cambio, no parecía experimentar mejora alguna. Sesto, cuando se iba a dar un paseo por los campos, sacaba una hojita doblada dos veces y ya cortada en los dobleces, que contenía la semilla de un poema que no se decidía a dar ningún fruto. Leía y releía las escasas palabras que se cerraban con los dos puntos y se hundía en un estado de modorra y de insensibilidad. Entonces se volvía a casa, donde lo aguardaban las pruebas de la tipografía Favilla y las sardinas decapitadas en la lata.

Pero un bonito día de finales del invierno, mientras deambulaba por los prados de la periferia que lindaban con el campo, observando si había novedades entre las flores silvestres y los tréboles; aquel día, decíamos, el joven poeta de los poemas asomados a lo ignoto pasó al lado de un edificio en construcción coronado por un gigantesco letrero que rezaba «Zanardelli». Y como estaba cansado y quizá un poco aburrido de observar las estaciones en los prados, se detuvo cerca de la empalizada que ocultaba la fealdad del edificio en construcción para mirar hacia lo alto. En el tejado, ya casi rematado, ondeaba contra lo azul la bandera italiana, y cerca de ella se movían unas cuantas señales que desde abajo parecían vocales animadas: unas pequeñas íes oscuras rematadas por un puntito amarillo. Por ello, el joven poeta sin poesía se detuvo a considerar la extrañeza de esas vocales y pensó que era realmente curioso ese tejado rojo defendido por la bandera tricolor y poblado de pequeñas íes oscuras rematadas por un puntito amarillo. Pero justo mientras pensaba eso, masticando un trébol que sujetaba entre los dientes, una de esas íes, por causas desconocidas para él, empezó a deslizarse por el plano inclinado del tejado rojo, superó sin hacer ruido la línea negra del canalón y le dio por caer con una determinación y con un peso insospechables en una pequeña i oscura rematada por un puntito amarillo,

perdió su puntito amarillo en el aire y aterrizó con un golpe seco más allá de la empalizada.

Y entonces Sesto, el joven y silencioso Sesto que buscaba en los prados los brotes de una improbable mies, experimentó una sensación repentina: un desgarrón de claridad, una iluminación, una liberación. Se acordó de las palabras de la notita de Sócrates y sintió que había llegado el momento de dejar la soledad de los prados y de ir a donde estaba la gente; sintió, con una inmensa sensación de vacío, todo el vacío que había más allá de sus dos puntos y echó a correr sin meta. Echó a correr hacia Ivana, a la que llamaban Rosa, sin saber aún que existía.

ROSA LUXEMBURGO

Ivana, a la que llamaban Rosa, llevaba un jersey de cuello redondo y una cadenita con la hoz y el martillo.

–¿Quieres un ejemplar del número extraordinario? –le preguntó Ivana, a la que llamaban Rosa, sin que Sesto supiera que se llamaba así.

La plaza de Santa María Novella estaba llena de gente dominical y eran muchos los que se paraban a comprar un ejemplar del número extraordinario. Ivana, a la que llamaban Rosa, sujetaba un paquete de periódicos que amenazaba con derrumbarse, apretándolo entre una cadera y un coche aparcado; Sesto, para ayudarla, le cogió la mitad del paquete.

–¿Se te ha comido la lengua el gato? –dijo Ivana, a la que llamaban Rosa.

Sesto tosió como diciendo que sí, y después volvió a toser como diciendo que no. Y después le cogió unos cuantos periódicos más.

–Repártelos en la otra acera –dijo Ivana, a la que llamaban Rosa–, que yo sola no puedo.

Sesto tosió como pidiendo explicaciones, pero Ivana, a la que llamaban Rosa, estaba siguiendo a un señor para darle el cambio.

–Y no respondas a las provocaciones –gritó alejándose–. Si acaso, silba.

Y fue así como Sesto empezó a repartir silenciosamente la edición espacial de *L'Unità*, al otro lado de la plaza. De vez en cuando miraba al lado contrario a su compañera Ivana, a la que llamaban Rosa, sin saber aún cómo se llamaba, que en las pausas de las ventas lo saludaba con la mano libre. Acabaron al mismo tiempo y fueron uno al encuentro del otro en la plaza, sin tener ni la menor idea de cómo se llamaban.

–Me llamo Ivana –dijo Ivana, a la que llamaban Rosa, tendiéndole la mano–, pero para los camaradas soy Rosa. Lo has hecho estupendamente.

Sesto le estrechó la mano y tosió como si la tos fuera su nombre.

–Rosa como Rosa Luxemburgo –añadió Ivana, a la que llamaban Rosa.

Sesto la miró con gesto obtuso y tosió para no quedarse callado.

–¿Pero cómo? –exclamó Ivana, a la que llamaban Rosa, con los ojos como platos–, ¿no sabes quién era Rosa Luxemburgo?

Sesto tosió en señal de negación.

–¡Dios mío, no me toca otra que darte un cursillo! –dijo Ivana, a la que llamaban Rosa, tomándolo del brazo.

Y así fue como Sesto empezó a pasear por las calles de Florencia del brazo de una Ivana, a la que llamaban Rosa por Rosa Luxemburgo, que le hablaba de los números extraordinarios, del aumento del coste de la vida y de la lucha de clases, conceptos totalmente desconocidos para su taciturno acompañante. Mientras ella hablaba y él escuchaba, recorrieron una callejuela estrecha del adoquinado en cuesta y salieron a un Lungarno rebosante de sol. Ivana, a la que llamaban Rosa, tenía recursos vocales insospechados y no dejó decaer la conversación, contentándose con tímidos golpes de tos por respuesta. Entre tanto, en su silencio, Sesto podía contemplarla a placer, y mirándola se dio cuenta de lo hermosa que era, con sus cabellos ondulados y las pestañas largas y ondeantes como mariposas sobre las dos almendras negras que tenía por ojos. En determinado momento, Ivana, a la que llamaban Rosa, en el ímpetu de su monólogo sobre el aumento del coste de la vida, se percató de que se le había olvidado pasar por la sede del partido para dejar lo recaudado, de modo que dio media vuelta y arrastró consigo a aquel chico que tosía de vez en cuando. Todo salió a la perfección; cuando salieron fue Ivana, a la que llamaban Rosa, la que, sin aguardar respuesta, propuso:

–¿Y si vamos hasta piazzale Michelangelo?

Mientras tanto, con el mediodía, la luz había aumentado de intensidad. De manera que el pelo de Ivana, a la que llamaban Rosa, parecía un manojo de lentejuelas, y el taciturno Sesto, arrastrado del brazo, tenía la impresión de estar yendo en barca y de ver a Ivana, a la que llamaban Rosa, reflejada en el agua. Hasta que ella le preguntó qué opinaba, refiriéndose al aumento del coste de la vida, y Sesto se vio obligado a toser dos o tres veces.

–Pero ¿tú eres espontaneísta o un desastre de hombre? –musitaron las mariposas de Ivana, a la que llamaban Rosa; y el taciturno Sesto miró la barca en el Arno lleno de turbación–. ¡No me queda otra que darte un cursillo! –dijo Ivana, a la que llamaban Rosa, y le dio la mano para subir por la rampa que llevaba a piazzale Michelangelo, a esas horas casi desierto. Desde allí arriba la ciudad estaba envuelta en una ligera bruma, y eso creaba una luz difusa aún más propicia para los cabellos de Ivana, a la que llamaban Rosa, quien se quejaba de que le dolían los pies porque llevaba desde las nueve sin parar. Se sentaron en la balaustrada dando la espalda a Florencia, y así Ivana, a la que llamaban Rosa, pudo quitarse los zapatos y frotarse los

pies uno contra otro para darles algo de alivio, y para romper el silencio que con Sesto se creaba con tanta facilidad, dijo:

–¡Eso sí que es un hombre! –refiriéndose al David de mármol.

Ante lo que el silencioso Sesto se puso más rojo que nunca y le entró un ataque de tos de verdad.

–¿Pero qué pasa que te has puesto colorado? –se rió Ivana, a la que llamaban Rosa, agitando las mariposas–. ¡Hay que ver lo divertidos que sois los pelirrojos cuando os ponéis rojos! En la raíz del pelo te sale una línea blanca, como si llevaras una máscara.

Y le tocó el punto de la frente del que le salía la línea blanca. Sesto intentó toser para justificarse, pero no le salió muy bien y se puso más colorado todavía, e Ivana, a la que llamaban Rosa, le dijo para consolarlo:

–¡No me queda otra que darte un cursillo! –Y volvió a ponerse los zapatos.

Pero entre tanto dio la una, en alguna parte, e Ivana, a la que llamaban Rosa, se acordó de que tenía hambre porque apenas había bebido un café a las ocho, y entonces dijo que se le había ocurrido la idea de ir a casa a prepararse algo, y Sesto se vio de nuevo en una barca, como la barca que avanzaba en el río allí debajo, a pocos centímetros del reflejo del pelo de Ivana, a la que llamaban Rosa, que empujaba la barca con una dulzura increíble, hasta el punto de que cuando llegaron a su casa Sesto hubiera sido incapaz de decir en qué parte de Florencia se hallaba. La casa eran dos habitaciones con cocina y un retrete que daba a la parte de atrás, toda llena de cortinitas de flores que había confeccionado la propia Ivana, a la que llamaban Rosa.

–Mi hermano no está, tiene turno –dijo corriendo una cortina que ocultaba un trasterillo en el que tiró los zapatos–. ¿Te apetece una tortita mexicana?

Sesto tosió de manera afirmativa, si bien no sabía lo que eran las tortitas mexicanas, pero le bastaba con que no fuera pescadilla. Ella se puso a rebuscar detrás de una cortina encima del fregadero y encendió el gas.

–Es una tortilla –dijo restregándose los pies descalzos uno contra el otro–, pero es más exótico llamarla *tortita*, ¿no? –Y puso en la mesa una cazoleta de aluminio con dos tenedores.

Y así fue como empezaron a tomarse la tortilla a la que llamaban *tortita* mientras Ivana, a la que llamaban Rosa, parpadeaba con sus mariposas y decía «¿A que está rica?», buscando su asentimiento y riendo de la ocurrencia de llamar *tortita* a la tortilla. Pero en determinado momento, un pedacito de

tortilla, una briznita, le salpicó el jersey de cuello redondo, y el silencioso Sesto, que quería caerle simpático a toda costa, intentó limpiárselo con un dedo; pero la briznita de tortilla, que como era de huevo era viscosa, se deslizó por dentro del cuello del jersey de cuello redondo, de modo que Sesto, para remediar su torpeza, se vio obligado a perseguirla con el dedo. Pero la briznita resbaló un poco más abajo, y Sesto, definitivamente decidido a capturarla, a pesar de que su rostro fuera una máscara de rubor delimitada por una línea blanca en la frente, metió la mano en el cuello redondo. En ese momento Ivana, a la que llamaban Rosa, se retorció como una anguila debido a las cosquillas y Sesto, completamente echado hacia delante desde el otro lado de la mesa, perdió el equilibrio y cayó de golpe sobre la mesa, sobre la tortita mexicana y sobre Ivana, a la que llamaban Rosa, arrastrándola consigo al suelo. Pero como era testarudo, a pesar de que su rostro, a esas alturas, fuera ya una máscara violácea, no quiso cejar en su búsqueda de la briznita mexicana y hundió el brazo en el cuello redondo, en un intento desesperado de poner remedio a aquel desastre, mientras Ivana, a la que llamaban Rosa, seguía retorciéndose a causa de las cosquillas e intentaba entre risas darle instrucciones sobre el itinerario recorrido por la briznita y le decía:

—¡Así, no, Dios mío, así no, no me queda otra que darte un cursillo!

Rodando por el suelo en busca de la briznita, se dieron de bruces con la tortita mexicana, mientras Sesto, fuera de sí por completo, intentaba desesperadamente limpiar a Ivana, a la que llamaban Rosa, de todas las briznitas que se le habían quedado pegadas encima; hasta que dejó solas a las manos buscando briznitas y hundió el rostro en aquellos cabellos que eran tan suaves como un almohadón. Algo confusamente, pero lleno de buena voluntad, empezó a besarle el pelo, las mariposas, a chuparle el cuello del jersey en un último intento de aspirar la briznita; y después a chuparle el cuello, la cadenita que estaba sobre el cuello y hasta el colgante que pendía de la cadenita y que tenía un dulcísimo sabor a tortita mexicana; y en el momento en el que encontró por fin la briznita, el mundo se transformó en una luminosa tortita mexicana que iba en barca sobre los cabellos de Ivana, a la que llamaban Rosa, y Sesto, al cabo de tanto tiempo, volvió a hablar.

¡Menuda primavera de briznitas fue aquella! ¡Cuántas tortitas mexicanas a las que llamaban tortillas devoró Sesto junto a Ivana, a la que llamaban Rosa! Se olvidó completamente de las pescadillas. Ivana, a la que llamaban Rosa, lo esperaba cada domingo en la plaza Santa Maria Novella para repartir

L'Unità; Sesto aparecía hacia las diez y le cogía medio paquete de periódicos que iba a repartir al otro lado de la plaza. Después montaba en barca sobre sus cabellos, hacían una pequeña escala en la sede del partido llena de ruido y desembocaban en el Lungarno para encaminarse a piazzale Michelangelo. Entre tanto, Ivana, a la que llamaban Rosa, se había convertido en una experta en tortitas y preparaba tortitas al estilo de Capatepex, o bien tortitas aztecas, o bien tortitas Zapata, o bien tortitas Pancho Villa, o bien tortitas Yucatán, que se diferenciaban entre sí por llevar uno, dos, tres, cuatro, cinco pellizcos de pimienta, y no eran, en definitiva, más que tortillas. El sábado por la tarde iban a ver a Sócrates y se quedaban largo rato charlando en su habitación atiborrada de papeles. En aquella habitación leyeron y comentaron libros que antes consideraban difícilísimos, pero que explicados por la voz de Sócrates se volvían de una facilidad elemental. Fue así como aprendió Sesto con exactitud todos aquellos conceptos que entusiasmaban a Ivana, a la que llamaban Rosa, pero que ella nunca había sido capaz de hacer que entendiera: el aumento del coste de la vida, la plusvalía, la lucha de clases. Después bajaban las escaleras mientras Sócrates se quedaba saludándolos en el descansillo, Sesto cogía la bicicleta en el portal y echaba a pedalear con Ivana, a la que llamaban Rosa, montada en el cuadro, para acabar el día con una bonita tortita entre las cortinas de flores, total, el sábado por la noche el hermano de Ivana estaba de turno. Se sentía feliz porque sabía que al día siguiente cogería la bicicleta para ir a la plaza de Santa Maria Novella. Los veranos florentinos eran áridos y bochornosos, pero Ivana, a la que llamaban Rosa, hiciera el tiempo que hiciera, nunca faltaba a su cita en la plaza con un paquete de *L'Unità* bajo el brazo y un manojo de lentejuelas en la cabeza. ¡Y había que ver cuánto hablaba Ivana, a la que llamaban Rosa, supliendo los golpes de tos de su silencioso acompañante que solo hablaba cuando tenía buenas razones para hacerlo! Le contaba cosas de Karl Liebknecht, de su hermano que hacía turnos y de una tortita fabulosa al estilo habanero, dado que era el gran momento de Cuba y las tortillas de Ivana, a la que llamaban Rosa, habían emigrado a las Antillas. Una tortita incandescente, con varios pellizcos de pimienta, que había que beber con un cubalibre. Y charlando mientras estaban en las Antillas, a Ivana, a la que llamaban Rosa, se le venía a la cabeza que era divertido, de lo más divertido, que Rosa Luxemburgo le pusiera los cuernos a su Karl Liebknecht comiendo tortitas en La Habana con uno que se llamaba Sesto Degli Angeli.

Arrancó un agosto antillano en una ciudad semidesierta. La sección del partido organizó veladas cubanas con proyecciones al aire libre en las que Sesto ocupaba una silla plegable de varillas de madera junto a Ivana. La tipografía Favilla no le daría las vacaciones hasta septiembre porque durante todo el mes de agosto había trabajo de sobra, y Sesto tenía que echarle una mano al responsable porque muchos tipógrafos estaban de permiso. No acababa hasta la hora de cenar: apenas le daba tiempo para tomar algo y montar en su bicicleta con el manillar alto y recto como una barra de gimnasia. Corriendo hacia el cine, Sesto iba silbando canciones cubanas acompañadas por el ritmo de la cadena que se restregaba por la rueda dentada como las maracas: crrr, crrr, crrr. El faro era un haz amarillento que atraía a los mosquitos y enderezaba las curvas; Sesto dejaba de pedalear en cada revuelta, con una pierna doblada y otra extendida en los pedales, mientras los guardabarras se unían al ritmo cubano: csss, csss, csss. Entraba en una recta ligeramente en cuesta excavada entre dos altos muros, redondeados y larguísimos. Se lanzaba. Las maracas enloquecían. Silbar resultaba también imposible, a causa del viento. Era un desafío al tiempo y a los mosquitos, y la meta correspondía a Ivana, a la que llamaban Rosa, que lo esperaba en primera fila de un cine al aire libre, reservándole una silla ocupada por un jersey, aunque ya hubiera empezado la proyección. Cuba estaba llena de caña de azúcar que se cortaba con el machete; la revolución transformaba en escuelas las casas de juego de La Habana; la gente era de piel muy oscura y cantaba las mismas canciones que Sesto silbaba en bicicleta, pero no se veía a nadie comiendo tortitas, quién sabe por qué. En cualquier caso, durante esos días, Ivana, a la que llamaban Rosa, había ideado una tortita explosiva, con una cantidad asombrosa de pimienta, bautizada la Moncada. Era un asalto a las amígdalas. Después de la proyección, Sesto cargaba con ella en el cuadro de la bicicleta y partía como si fuera en barca, por aquí y por allá, total, las calles estaban desiertas y casi hubiera podido quedarse dormido sobre aquel almohadón de pelo. Cruzaban un piazzale Michelangelo desierto, con un golpe de maracas en cada pedalada. Ivana, a la que llamaban Rosa, se quitaba los zapatos y los llevaba en la mano, colgando del manillar, aliviando los pies con el fresco nocturno.

—No, no —decía saltando del cuadro—, no me dejes debajo de casa, mi hermano sale de turno justo a estas horas y no quiero que te vea. —Y se alejaba con los pies descalzos y los zapatos en la mano.

Fue también un agosto repleto de hoces y martillos, que Sesto veía cada vez más a menudo porque frecuentaba la sede del partido. Y cada vez que veía esa imagen, la encontrara donde la encontrase, sin darse cuenta le venía el impulso de chupar, porque notaba en la boca un delicioso sabor a tortita y a cuello redondo, y tragaba saliva. Acudía a la sede solo, cada tarde, cuando el bochorno era más antillano que nunca, a explorar la biblioteca, esperando la hora en la que el hermano de Ivana, a la que llamaban Rosa, entrara de turno, que aquel mes empezaba a las seis: entonces cruzaba con su bicicleta llena de maracas el asfalto abrasado por el sol antillano. Ivana lo esperaba descalza entre sus cortinas de flores. Y así llegó septiembre, que fue tan tórrido como agosto. Pero ello no desalentó al taciturno Sesto, ahora que podía disfrutar por fin de sus vacaciones con Ivana, a la que llamaban Rosa, las tortitas cubanas y *Don Quijote de la Mancha*. Era un libro que leían con Sócrates, y así Sesto pudo encontrar por fin, traducido en una obra, lo que Sócrates siempre había defendido: que se puede inventar la libertad incluso en una cárcel. Sócrates estaba encantado de poder comentar aquel libro que tanto le gustaba y, a menudo, enfervorizado por el argumento, perdía incluso su calma socrática y paseaba por la habitación atiborrada de papeles hablando con voz alterada por la conmoción. Al final de cada lectura, Ivana, que creía que estaba demasiado delgado y pálido, se acercaba al rincón de la cocina para prepararle una tortita sencillita, sin pimienta ni orégano, y no se marchaba hasta que su paciente se la acababa. Sócrates resoplaba y mascullaba que lo estaban tratando como un viejo chocho, pero se veía que estaba radiante de que alguien se preocupara si no comía lo suficiente.

Pero entre tanto septiembre había empezado a declinar y perdía los días como pétalos; para ir en bicicleta había que meterse un periódico debajo del jersey porque las noches ya eran frías. Hubo una lluvia en las proyecciones nocturnas y, mientras los espectadores corrían con la chaqueta sobre la cabeza, el rostro barbudo de la pantalla se volvió pálido a causa de las luces que iluminaron el cine vacío con la gravilla brillante. No faltaba más que un puñado de días para reincorporarse al trabajo. Sesto los tradujo en horas para disponer de más tiempo: ciento veinte horas. Calculó cuánto le haría falta para acabar de leer los libros que había empezado. Se prohibió incluso reconfortarse con miradas al emblema que le llenaba la boca de saliva. Por si fuera poco, faltó incluso a una tortita, porque ya le quedaban poquísimas horas útiles y el tiempo corría inexorablemente en aquella habitación de la

sede del partido iluminada por una enseña apetitosa. Le costó, pero le dio tiempo: en su última hora libre giró la última página y cerró el volumen. Después cogió un pedazo de papel y por primera vez en su vida escribió todo lo que sentía dentro de él. Escribió un poema sin título en el que hablaba de una campana de cristal, de tortitas, de pescadillas definitivamente olvidadas y putrefactas que flotaban en el pozo de sus recuerdos infantiles.

Aquel fue un invierno de tortillas y de poesías. Sesto empezó a escribir poemas de un hermetismo impenetrable para quien no hubiera conocido una realidad de pescadillas, de lágrimas, de silencios, de tortitas y de mariposas, pero que resultaban comprensibles al primer vistazo para Ivana, a la que llamaban Rosa. Llenó páginas y páginas con su caligrafía diminuta, que después transformaba en graciosos avioncitos de papel que lanzaba desde el puente del Arno, cerca de piazzale Michelangelo, cuando iba a comer las tortitas cubanas. Los avioncitos, guiados por un fuselaje con cola de golondrina que aprovechaba a su favor el viento, revoloteaban a la perfección y se posaban con delicadeza sobre el agua del río; después se alejaban balanceándose sobre la corriente como sobre la barca de los cabellos de Ivana, a la que llamaban Rosa.

Fue también un invierno de octavillas, porque el ciclostil resoplaba como una locomotora prodigando hojitas que había que repartir por todas partes. Pero no se trataba de un reparto tranquilo como el de *L'Unità*. Había que desplazarse constantemente en la zona asignada para no llamar la atención y repartir con prontitud sin demorarse en explicaciones. Sesto e Ivana cubrían una zona que no era muy insidiosa en sí misma, pero que exigía mucha precaución porque había callejuelas en las que cuatro o cinco personas bastaban para formar una aglomeración, y con las aglomeraciones la policía no se andaba con chiquitas. Y fue así como aquel domingo, como quien no quiere la cosa, apareció la policía deambulando en coche por la zona de Sesto y de Ivana, que casi habían terminado con su reparto y se habían citado en la plaza de una iglesia elegante para ir a tomarse su tortita. Ivana, a la que llamaban Rosa, se encargaba de los buzones de los portales, por lo que trabajaba tranquila; Sesto, en cambio, abordaba tácitamente a los transeúntes soltándoles octavillas en las manos. En determinado momento, Sesto, que en su largo trato con el silencio había aprendido a servirse bien del oído y de la mirada, oyó un coche cuyo motor sonaba con excesiva discreción; oyó cerrarse con suavidad las puertas y vio con el rabillo del ojo a tres individuos

que, a unos cincuenta metros, haciendo como si nada, iban detrás de él. Ver, oír y comprender fue todo uno: se metió las octavillas que le quedaban debajo del jersey y alargó el paso, mirando hacia atrás como un turista curioso. Y los otros alargaron el paso. Y Sesto aceleró. Y los otros hicieron un gesto al coche que empezó a hacer maniobras. Y Sesto echó a correr. Chocó con dos o tres peatones, tropezó, zigzagueó, llegó al final de la calle, debatió rápidamente en su cerebro si por la izquierda o por la derecha, y resolvió seguir recto. Cruzó la plaza de la iglesia elegante mientras el coche con los cuatro a bordo frenaba ruidosamente delante de la acera. Pero Sesto, aventajado, ya estaba dentro. Evitó la nave central, para no molestar a quienes seguían el servicio religioso, pasó velozmente junto a las lápidas de los hombres célebres, llegó hasta el banco Zanardelli, rodeó a la angulosa señora aún en equilibrio sobre el nudo de serpientes y en ese pedestal, *casus belli* de una pugna infinita, dejó sus octavillas. Fue un homenaje dictado por el azar y la necesidad, pero Sesto se lo ofreció en cualquier caso de buen corazón a esa seria señora a la que nunca le había gustado la pescadilla. Después salió por una puerta lateral, vio a los policías delante de la puerta principal y fue a recoger a Ivana, a la que llamaban Rosa, que a esas alturas ya debía de haber acabado con sus portales. Ivana, a la que llamaban Rosa, se quejaba de que le dolían los pies, porque llevaba desde las nueve de la mañana andando, y de que el hambre la estaba volviendo loca porque solo había tomado un café; para ir a piazzale Michelangelo cogieron un trolebús, y ese día Ivana, a la que llamaban Rosa, preparó una tortita artística, de nombre elegante que en español tenía un toque aventurero y evocaba a los corsarios: la tortita Santa Cruz, con una pizca de orégano.

Así se llegó al doce de un mes que era el cumpleaños de Ivana, a la que llamaban Rosa, que hubiera podido ser de mayo o de junio, y ese día, mejor dicho, esa noche, que coincidía precisamente con un día de fiesta, Sesto subió las escaleras de Ivana, a la que llamaban Rosa, aprovechando el hecho de que el hermano de ella estaba de turno, y entró en sus habitaciones llenas de cortinas con un paquetito en la mano. Un paquetito de cumpleaños. Ivana, a la que llamaban Rosa, que estaba experimentando una nueva clase de tortita con ruda, se dio la vuelta, descalza tal como estaba, con una pequeña sartén, y movió sus mariposas; dejó la sartén sobre la mesa, deshizo el lazo del paquetito con gesto conmovido y sacó con asombro un frasco de polvos de tomillo, para sus pies doloridos. Y entonces Ivana, a la que llamaban Rosa,

abrazó a aquel con quien traicionaba a Karl Liebknecht y le dijo «Gracias gracias gracias», mordiéndole una oreja; y el silencioso rival de Karl Liebknecht la abrazó hundiendo el rostro en el almohadón y le dijo «Te amo», ante lo que Ivana, a la que llamaban Rosa, soltó un «oh» que parecía un estornudo, lanzó un sollozo y en seguida empezó a llorar a mares, a llorar como a veces lloran incluso las Rosa Luxemburgo, y ni tiempo les dio a tomarse la nueva tortita con ruda porque la barca se había alejado de la orilla y se balanceaba dulcemente sobre las aguas relucientes de Ivana, a la que llamaban Rosa.

¿Volvería a tomar tortitas? Sesto se lo preguntaba cuando entraron en la estación de Santa Maria Novella, pero obedeciendo a su naturaleza taciturna no dijo nada a Ivana, a la que llamaban Rosa. Y por otra parte, ¿cómo podía nadie decirle algo así a una chica con los ojos inundados de lágrimas entre toda esa gente y todas esas banderas rojas fajadas de luto que habían invadido la estación? Y además Ivana le hablaba frenéticamente, con la voz quebrada por la emoción, le recordaba que le había metido los calcetines en la maleta, le repetía la dirección de los camaradas que lo albergarían y le insistía en que se despidiera con los dos puños levantados del camarada Togliatti, una mano por ella también, que se veía obligada a quedarse en casa.

–Vente tú también –intentó balbucear Sesto, entre aquel vocerío. Pero Ivana, a la que llamaban Rosa, sin dejar de lagrimear, se excusaba, hablaba de la sede que se quedaba vacía, de la edición extraordinaria del periódico que había que repartir, de que de verdad que le era imposible moverse.

–Llama a tu hermano y dile que te marchas a Roma –insistió Sesto, farfullando las sílabas. Pero Ivana, a la que llamaban Rosa, lo miró con los ojos húmedos, después agachó la cabeza y dijo que su hermano estaba de turno; y solo entonces comprendió Sesto que se trataba de un turno continuo e ininterrumpido, por la sencilla razón de que el hermano de Ivana no existía ni había existido nunca: era una invención de Rosa Luxemburgo, que mentía por soledad. Y eso hizo que se le pusiera un nudo en la garganta que impidió el paso a las pocas palabras que habría sabido decir, de modo que escribió a toda prisa un poema y se lo dio a su Rosa Luxemburgo, asomándose por la ventanilla de aquel tren del que colgaba un cartel de luto en cada vagón, un tren rebotante de rojo ribeteado de negro. Se lo puso en la mano, hecho una

pelotita de papel, su último poema titulado *Rosa Luxemburgo*. Era una imitación, pero, total, nadie más iba a leerlo.

No sé cómo extenuados resistiremos
en este lago de soledad
de tus tortitas;
nos salvará acaso un amuleto
que llevas en el jersey de cuello redondo:
un colgantito dorado, dos utensilios.
Para existir.

Y cuando Ivana, a la que llamaban Rosa, se puso de puntillas para estrecharle la mano, el amuleto dorado, como por sortilegio, se le salió del jersey de cuello redondo y en el apretón de manos osciló hacia delante y hacia atrás mientras el tren se despegaba lentamente del andén. Después el tren hinchó la tripa en la curva cambiando de vía y se alejó silbando; y dejó atrás a Rosa Luxemburgo y a Sócrates, el amuleto y las tortitas cubanas, las barcas en el Arno y la poesía. Y Sesto, solo en aquel vagón repleto de gente, se puso a mirar el paisaje que discurría por la ventanilla.

Roma estaba asediada por el rojo ribeteado de negro y cortejos inmensos y silenciosos recorrían avenidas inmensas y silenciosas para ir a despedirse de Togliatti. También Sesto fue a verlo y pasó por delante de él con ambos puños cerrados, uno por él y otro por Ivana, a la que llamaban Rosa, presintiendo con una angustia sutil que incluso las mejores tortitas tienen un final. Después vagó entre la multitud, entró en los callejones de la vieja Roma, observó las casas desconchadas y recorrió los antiguos empedrados, con una vaga sensación de hambre y melancolía. Pero en el fondo aquellos días romanos fueron hermosos: los crepúsculos veraniegos teñían la ciudad de rosa y Sesto, vagabundeando entre las ruinas de los foros, pensaba en todo el tiempo que había ido deslizándose por aquellas piedras. Rebuscando en los bolsillos encontró un trocito de papel medio roto, doblado en cuatro, en el que estaba escrito un oscuro poema que acababa con dos puntos. Sesto lo arrugó sin nostalgia y después de un breve partido solitario marcó un imaginario gol a un imaginario portero igual a sí mismo que estaba de guardia ante la puerta del templo de Vesta. Después se detuvo en un bar y a toda prisa, para que no se le escaparan las ideas, le escribió una carta a Ivana,

a la que llamaban Rosa. Era una carta en la que, con todo lujo de detalles, le decía que...

Como es natural, a esa carta Sesto no recibió jamás respuesta, porque el destino quería que ninguna de las cartas que los Sestos escribían a sus mujeres llegaran jamás a ser enviadas; y también porque Sesto pensó que era inútil enviarla, puesto que le llegaría antes si se la llevaba en persona. Pero por lo demás, aunque hubiera sido enviada, Ivana, a la que llamaban Rosa, no hubiera podido responder de ninguna de las maneras, pues entre tanto se había transformado en una tortita, después de un vuelo de veinte metros. Y mientras Sesto Degli Angeli, de regreso a Florencia, creía estar yendo a leer la carta en la que por fin había conseguido hablar, la solitaria tortillita de Rosa Luxemburgo empezaba a ser devorada por una colonia de gusanos en un rincón del cementerio en el que estaban siendo devorados también, encerrados en dos cápsulas de hormigón, el Caballero Anselmo Zanardelli y Amelia Degli Angeli de Zanardelli, con sus lóbulos auriculares transparentes.

AVIONCITOS DE PAPEL

Lo supo por Sócrates, en aquella habitación atiborrada de papeles desde cuyas ventanas se veían los tejados de Florencia. Sócrates, que no había cambiado ni envejecido en aquel escaso tiempo transcurrido y que parecía impulsado por una llama invisible y obstinada. Sócrates, que en los bolsillos de su batín guardaba una ampollita más eficaz que la cicuta que le consentía ser libre en toda circunstancia. Sócrates, que había rellenado sus dos puntos, había conseguido conocerse a sí mismo, había encerrado en un marco de palabras el significado de vivir, había sido capaz de conjugarse a sí mismo con su tiempo. Sócrates, que entre sus papeles tenía un libro, su libro, y en él se afirmaba y existía porque era un sí mismo proyectado fuera de sí mismo. Sócrates, que como el buen Sócrates que era le contó el último domingo de Rosa Luxemburgo.

¿Merecía acaso la pena preguntar por los detalles? ¿Qué objeto tenía saber algo más cuando Rosa Luxemburgo, en su rinconcito del cementerio, estaba habitada por una colonia de gusanos? Y por otra parte nadie hubiera podido añadir nada al relato de Sócrates, porque los únicos espectadores habían asistido a los hechos desde lejos, apoyados en los antepechos del Arno, e Ivana, a la que llamaban Rosa, había partido del centro del puente. Pero ¿había habido bronca? Sí, había habido bronca con la policía, e Ivana, a la que llamaban Rosa, llevaba en brazos un paquete de octavillas. ¿Pero eran de verdad octavillas? Quién sabe, tal vez fuera un paquete de periódicos, dado que era domingo y que los domingos Ivana, a la que llamaban Rosa, repartía *L'Unità*. ¿Pero es que nadie había visto qué eran esos papeles? No, no lo había visto nadie porque los únicos espectadores estaban lejos, apoyados en los antepechos del Arno; y además, en semejantes circunstancias no se presta demasiada atención a los detalles. ¿Pero la manifestación estaba autorizada? No, no estaba autorizada, aunque no fue exactamente una manifestación, más bien una aglomeración a la que iban sumándose también los transeúntes del Lungarno. Y en el Lungarno lucía el sol, un hermoso sol dorado. Y si lucía el sol, eso quiere decir que había también una hermosa luz, por lo que el pelo de Ivana, a la que llamaban Rosa, relucía como un manojito de lentejuelas y sus

párpados se agitaban como vuelo de mariposas cuando apareció en el Lungarno. Digamos que canturreaba, Ivana, a la que llamaban Rosa, porque ella canturreaba siempre que había una hermosa luz, o llevaba bajo el brazo un paquete de octavillas, o acaso de periódicos, porque era domingo y los domingos Ivana, a la que llamaban Rosa, vendía *L'Unità*. Al final del Lungarno, justo al lado del puente que lleva a piazzale Michelangelo, vio cuatro o cinco camionetas de la policía delante de una aglomeración. Porque aquello era una aglomeración, nada de manifestación; una cosa de nada, unas cincuenta personas, cien como mucho, una pequeña muchedumbre que había atraído también a los transeúntes ocasionales que disfrutaban de la hermosa luz del Lungarno. Y a la hermosa luz del Lungarno, bajo la que su pelo relucía como un puñado de lentejuelas, Ivana, a la que llamaban Rosa, avanzó agitando las mariposas que le protegían los ojos. Apretó el paso, aunque tuviera los pies cansados, porque llevaba desde las ocho caminando para repartir las octavillas o tal vez para vender los periódicos. Los pies le dolían a menudo, a Ivana, a la que llamaban Rosa, pero aquellos días no podía usar unos polvillos milagrosos que le habían regalado, según le contaba a todo el mundo, porque si se los ponía, se echaba a llorar: una especie de alergia de pies cuyos efectos se manifestaban en los sacos lagrimales. Pero apretó el paso de todas formas, a pesar de los pies cansados, porque quería ver a qué venía esa aglomeración. Porque era una aglomeración, nada de manifestación. Pero se dijo que alguien lanzó una piedra. Si alguien quiere creérselo, dicen que se lanzó una piedra. Eso dijo la televisión: que se lanzó una piedra. Lo que quiere decir que no se lanzó ninguna piedra. Por eso se disolvió la aglomeración: porque no se lanzó ninguna piedra. Pero era una aglomeración testaruda y empezó a protestar. Los otros, como es natural, era lo que estaban esperando, porque dos minutos después llegaron nuevas camionetas al Lungarno inundado de sol. Y bajo aquel sol relucía como un manojo de lentejuelas el pelo de Ivana, a la que llamaban Rosa, quien, entre tanto, había echado a correr para ver qué ocurría, apretando bajo el brazo un paquete de octavillas, o acaso de periódicos, porque era domingo y los domingos Ivana, a la que llamaban Rosa, vendía *L'Unità*.

—¿Y si nos vamos a tomar una naranjada? —dijo Sesto que de repente se había notado la garganta llena de cal. Sócrates le secundó y se puso en la cabeza un canotier. Bajaron por las escaleras desde cuyas ventanas se veían los tejados de Florencia y se lanzaron valerosamente al horno de las calles.

En Florencia hay demasiada luz. No habría que decirlo, pero a veces hay realmente demasiada luz, y quién sabe cómo habrían relucido los cabellos de Ivana, a la que llamaban Rosa, bajo toda aquella luz, si ahora hubiese caminado por el Lungarno, quejándose de sus pies cansados.

Así pues, decíamos que Ivana, a la que llamaban Rosa, salió al Lungarno. Mejor dicho, ya había salido al Lungarno, canturreando como le gustaba hacer cuando lucía el sol, sujetando bajo el brazo un paquete de octavillas, o acaso de periódicos. Y al final del Lungarno, justo al lado del puente que lleva al piazzale Michelangelo, vio cuatro o cinco camionetas de la policía delante de una aglomeración. Porque aquello era una aglomeración, nada de manifestación. Por eso echó a correr.

—¿Y si nos metemos allí? —Al otro lado de la acera un cartel con una cerveza polar señalaba un café al que daba sombra un toldo verde. Cruzaron el asfalto en erupción que en algunos sitios se derretía con manchas relucientes. Escogieron una mesita en el rincón más fresco y oscuro, porque en Florencia a veces realmente hay demasiada luz. Y bajo aquella luz, ¡cómo relucían los cabellos de Ivana, a la que llamaban Rosa, mientras corría hacia el puente que lleva a piazzale Michelangelo! Echó a correr, Rosa Luxemburgo, aunque le dolían los pies. Sufría realmente de los pies, Ivana, a la que llamaban Rosa, y pensar que no podía usar unos polvillos milagrosos que usaba habitualmente porque de pronto le provocaban alergia, le hacían llorar. Pero echó a correr de todas formas, sin soltar un paquete de octavillas que llevaba bajo el brazo.

—Dos naranjadas San Pellegrino, bien frías.

El camarero se miró los zapatos.

—Se nos ha roto la nevera.

—Entonces tráigame un té —dijo Sócrates.

Como consecuencia de la carga, la aglomeración empezó a deshacerse, se separó, después se fraccionó y se dispersó. Solo quedó un grupillo de personas, una decena, y en medio estaban los cabellos de Ivana, a la que llamaban Rosa. Los policías avanzaron con las porras levantadas. El grupillo no sabía lo que hacer porque había sido empujado hacia el puente, y al otro lado, hacia piazzale Michelangelo, habían llegado otras camionetas para impedir la fuga. A la gente que podía verlo apoyada en los antepechos del Arno se la mantenía lo más lejos posible, de modo que pudieran mirar pero no ver. Sin embargo, un camarada, aunque no podía ver bien, gritó: «¡Sentaos

en el suelo con los brazos bajados!» El grupillo que quedaba de la aglomeración, que no sabía lo que hacer, se echó al suelo como una flor que pierde los pétalos.

–Tres con cincuenta –dijo el camarero mirándose los zapatos.

Una flor que pierde los pétalos. Pero en el centro de la flor, como un pistilo dorado reluciente bajo el sol, quedó de pie Ivana, a la que llamaban Rosa, con su manojito de papeles bajo el brazo. Debió de ser una ilusión, no pudo haber sido más que una ilusión, porque era mediodía y el sol no podía brillar más de lo que brillaba, pero con todo la luz aumentó de intensidad. Una luz deslumbrante de verdad, bajo la que Ivana, a la que llamaban Rosa, era una mancha reluciente con una mancha clara bajo el brazo. Entonces el mismo camarada que había gritado antes gritó: «¡Rosa, siéntate en el suelo! ¡Rosa, quieta, Rosa!» Pero Ivana, a la que llamaban Rosa, no se quedó esperando a los policías: dio media vuelta y echó a correr con sus octavillas o *L'Unità*, fuera lo que fuera. Tal vez no se hubiera dado cuenta de que al otro lado del puente había un enjambre de policías que le bloqueaban el paso. No se había dado cuenta o no le importaba en absoluto, quién sabe, quién podría decirlo: los que podían verlo desde los antepechos del Lungarno no conseguían distinguir la expresión del rostro de Ivana, a la que llamaban Rosa. El caso es que echó a correr y perdió los zapatos: porque hacía calor y a ella le sudaban los pies. Los zapatos se le salieron y se quedaron en medio del puente, a pocos metros uno del otro. Y en ese momento también los agentes que estaban al otro lado del puente avanzaron hacia ella con las porras levantadas. Dos patrullas de la policía contra una pequeña Rosa Luxemburgo descalza que llevaba en brazos un paquete de octavillas. Quedó embotellada, por lo que los que estaban apoyados en los antepechos del Arno y que podían mirar dejaron de verla, en medio de los policías, de modo que no resulta posible saber cómo se desarrollaron exactamente las cosas. Es imposible saber cómo pudo Ivana, a la que llamaban Rosa, emerger del enjambre de policías como una catapulta; quién sabe si se trató de un accidente o si fue arrojada, si tropezó al correr o si perdió la razón porque no quería que la tocaran, porque estaba desesperada, porque mentía por soledad, porque en el fondo era una pesimista, porque en un instante de locura creyó ser ligera como una hoja de papel. Los que podían verlo desde los antepechos del Lungarno la vieron volar hacia abajo. La falda se le hinchó como un globo y las octavillas o los periódicos, fuera lo que fuera, se le escaparon de las manos y dibujaron una

bandada de avioncitos de papel que siguieron revoloteando largo rato por el aire, mientras Rosa Luxemburgo yacía boca abajo sobre el pedregal del pilar, con la falda al viento y un montón de lentejuelas reluciendo bajo el sol; y después, tras dar unas cuantas vueltas, algunos de los papeles se posaron en torno a ella, otros, en cambio, planearon sobre el agua como si fueran barquitos y se alejaron balanceándose.

También Sesto se levantó balanceándose, como si navegara en una barca de náusea y de recuerdos, besó a Sócrates en las mejillas y salió a toda prisa a la hermosa luz de Florencia, porque sentía una urgente necesidad de hacer algo.

ANIMALES GRANDES Y PEQUEÑOS

Es curioso cómo consigue la memoria deformar la realidad, no solo cuando le prestamos poca atención y esta, vaga e incierta, pasa a nuestro lado como un sueño soñado con los ojos abiertos, sino también cuando se trata de una realidad despiadada e hiriente, que nos agrede y nos hace vivir con cruel exhaustividad, sin darnos tregua. Por ejemplo, cuando Capitán Sesto se puso a recordar su juicio, lo revivió como una pesadilla poblada de animales, como la representación de un zoo macabro y grotesco.

—¡Póngase en pie el imputado! —dijo un perro mastín. Empezó así su aventura.

Capitán Sesto se levantó, pero no por obediencia, sino para ver al tribunal que entraba, mejor dicho, al gorila que hacía de presidente. Era imposible decir si era un gorila disfrazado de juez o bien un juez disfrazado de gorila, lo que no supone una gran diferencia. Y en su hocico de gorila, un hocicón negro y peludo, llevaba unos anteojos de oro sin cristales a través de los cuales se sacaba las legañas de los ojos con sus manos delicadas. Sobre su sesera llena de bultos de gorila llevaba puesta una sucia peluca de lana, y por ello comprendió Capitán Sesto, sin posibilidad de error, que se trataba del gorila de Pinocho de su infancia. Pero dicha convicción no pudo comunicársela Capitán Sesto a nadie, porque no había nadie a quien comunicársela. En efecto, su juicio se desarrolló rápidamente y la sala del tribunal estaba desierta, con la excepción de un viejecillo que dormitaba en uno de los bancos con todo el aspecto de estar esperando a que acabara la sesión para ponerse a barrer el suelo.

El abogado de la acusación particular tenía una cabeza equina. Ni reconsiderándolo supo establecer Capitán Sesto si era una mula, un asno o un burdégano. Caballo desde luego no era, le faltaban la nobleza y la inteligencia. Y además no relinchó nunca, en todo el debate. Es posible que rebuznara, durante la sucesión de improperios que él definía como pliego de cargos; pero Capitán Sesto, entre tanto, había aprovechado para echar una cabezadita y no prestó atención a sus gruñidos. No se despertó hasta la perorata final, cuando el equino, tocando la cuerda de lo patético, se

esforzaba por suscitar honesta reprobación y justo enfado en el gorila de los ojos legañosos.

—Y si su pobre padre, luminoso ejemplo de una vida recta y benefactora, pudiera estar presente en esta sala —adulaba el equino agitando las crines—, ¡quién sabe cuántas lágrimas derramaría ese pobre hombre al ver tan miserablemente naufragados los frutos de su educación!

Al bribón de Anselmo Zanardelli se refería la dentadura amarillenta del equino que masticaba el aire; pero lo que le interesaba subrayar, a ese caballo fallido, era señalarlo como traidor, como tráfuga, como renegado; por lo que Capitán Sesto, por puro espíritu filológico, consideró necesario hacer una aclaración.

—¡Las veces, estimado burdégano! —exclamó marcando bien las palabras—. Si es del caballero Zanardelli de quien estás rebuznando, me veo obligado a precisar que no fue mi padre sino que hizo las veces, y a decir verdad, de bastante mala manera. Y ruego al secretario judicial que la objeción conste en acta.

Capitán Sesto estaba sentado en medio de dos perros mastines vestidos de carabineros, listos para hincarle el diente en la pantorrilla al menor gesto del cuadrumano que bostezaba bajo el crucifijo; pero fuera porque la sorpresa resultó demasiado grande, fuera porque el gorila tenía las orejas obturadas por la cera, el gesto no se produjo y los dos mastines lo dejaron correr. Pero merecería la pena narrar con un poco de orden el proceso al que Capitán Sesto, aún no capitán de sí mismo, pero definitivamente resuelto a llegar a serlo, se vio sometido por la asamblea ferina. El juicio, como ya se ha dicho, fue sumarísimo y dio comienzo regularmente, es decir, siguiendo el procedimiento habitual, con la lectura del sumario ejecutada por la voz estridente del simio. Pero el acusado, aunque solo fuera para demostrar que no alimentaba una especial confianza en la imparcialidad de la ley administrada por los gorilas y los burdéganos, planteó una objeción de orden procesal:

—¡El acusado denuncia la no validez del procedimiento, al estar ausente del banco de los acusados el comisario de policía que hizo asesinar a Rosa Luxemburgo! —gritó antes de que el simio empezara a leer. Los dos mastines se le acercaron amenazadoramente pero no llegaron a tocarlo. El cuadrumano y el equino se intercambiaron una mirada de fingido asombro y el equino abrió las patas con los ojos hacia el cielo como queriendo decir que estaba

loco. Por rigor filológico, una vez más, el acusado citó nombre, apellido, circunstancias y fecha de la muerte de Ivana, a la que llamaban Rosa.

–Los hechos aludidos por el acusado son totalmente ajenos a este proceso –ladró el cuadrumano, quitándose las legañas del ojo derecho y haciendo una pelotilla entre los dedos índice y pulgar. Y empezó sin más a leer el sumario–. Declaración de Mastrangelo, Salvatore, comisario de la policía nacional, ante el ministerio fiscal de la república, en la persona de Francesco Loiacono. Interrogado, responde lo siguiente: «En las circunstancias de los hechos acaecidos el pasado domingo 6 de septiembre, me hallaba de servicio en la plaza de Santa Maria Novella, en compañía de dos agentes, a bordo de un coche. Nos llamó la atención la presencia del acusado, que deambulaba por la plaza repartiendo octavillas entre los transeúntes. Al acercarnos para verificar si se trataba de material autorizado, el imputado no se hizo de rogar y nos facilitó algunas octavillas para que procediéramos a su lectura. Dándome cuenta de que se trataba de material subversivo, que contenía frases falsas e injuriosas en relación con las fuerzas del orden, invité acto seguido al susodicho a entregarme el material y a acompañarme a la comisaría para las debidas comprobaciones. A ello opuso un decidido rechazo, y dado que los dos agentes, siguiendo una orden mía, se dispusieron a confiscarle los folletos, se atrincheró detrás de unos coches allí aparcados, lanzando contra nosotros frases ofensivas, que por lo demás no soy capaz de referir con exactitud, acusándonos del asesinato de una persona desconocida para mí. Aferrado en última instancia por los dos agentes, Degli Angeli no se daba por vencido y les propinaba furiosamente puñetazos y patadas, mientras seguía despotricando contra mí, escupiéndome repetidas veces. A causa de ese comportamiento por su parte, nos vimos obligados a arrastrarlo a la fuerza al coche. Niego que durante el recorrido haya sido objeto de malos tratos por parte de los agentes.»

Cuando el cuadrumano acabó de leer las circunstancias de la detención de Sesto Degli Angeli, dirigió a los bancos una alelada expresión satisfecha. Al acusado, por su parte, no se le ocurrió nada que decir y permaneció tranquilo, entre otras cosas porque la declaración del comisario, por muy ridícula que fuera su forma de expresarse, era fiel a los hechos acaecidos. Y además Sesto Degli Angeli, cediendo a su natural distraído, tenía en esos momentos la cabeza en otra parte. El caso es que, por una de las sucias ventanas de la sala, un rayo de sol, atravesando los añejos estratos de polvo de los cristales,

cruzaba la habitación en diagonal yendo a caer en el borde carcomido del banco de los acusados y, allí, como un reflector de forma circular, iluminaba un espectáculo minúsculo, pero no por ello menos verdadero e importante, que se estaba produciendo de forma paralela al estúpido espectáculo representado en la sala. En el respaldo del banco vivía una pequeña y discreta familia de carcomas, que, aprovechando la tibieza que el rayo de sol dispensaba a su hábitat, se había animado a dar un pequeño paseo. Las carcomas, cuando salen de la madera, llevan consigo un microscópico puñadito de serrín: un polvillo amarillento y fino como colorete que tiembla al menor soplo de aire. Y fue precisamente ese pequeño terremoto lo que captaron los ojos, atentísimos a los detalles, de Sesto Degli Angeli, sentado en el banco de los acusados; por ello se puso a observar la escena, aislándose de la voz estridente del cuadrumano. Anunciado por el temblor de un polvillo de colorete, una primera carcoma sacó la cabeza por uno de los innumerables agujeritos que constelaban el respaldo de madera. Tenía una expresión recelosa y cauta, la carcoma, y permaneció un minuto entero con la cabeza fuera sin animarse a salir, mirando a su alrededor con sus ojos miopes. Sesto Degli Angeli, que no quería molestar, intentó contener la respiración para no provocar huracanes; al final la carcoma se decidió: sacó fuera el abdomen, meneándose, y salió a la superficie oscura del respaldo dejando caer un velo de polvillo. Después se asomó al agujero del que había salido, balanceó la cabeza como si fuera un reclamo y miró a su alrededor para decidir la dirección de la marcha. Por el agujerito oscuro, ya limpio de serrín, asomó otro animalillo más diminuto y blanco, que tal vez fuera una carcoma hembra, seguida por una pequeña carcoma temblorosa e insegura, presumiblemente el hijo. Los tres gusanillos se apretaron unos a otros, tal vez cohibidos por la luz o la voz que retumbaba en el aire, e intercambiaron opiniones. Después la carcoma padre, que había tomado una resolución, hizo una pirueta sobre sí misma, probó el terreno y empezó a arrastrarse resueltamente, seguido por sus familiares. Entre tanto, el simio había pasado a otros aspectos de la burocracia judicial y, tras intercambiar opiniones con el abogado de oficio, que lo dejó todo en sus manos, dio luz verde a la lectura del interrogatorio efectuado por el juez instructor de la policía judicial. Pero Sesto Degli Angeli tampoco prestó atención a esta lectura; no prestó atención porque de su interrogatorio se acordaba perfectamente y además porque en

ese preciso momento su pensamiento estaba absorto siguiendo una escena de la que nadie podía percatarse.

¿Habrán sido los pies húmedos de sudor de Ivana, a la que llamaban Rosa, lo que haya despertado antes de tiempo el interés de los gusanos? Tenía que ser eso a la fuerza, pensó Sesto Degli Angeli, siguiendo el recorrido de los animalillos, porque Ivana, a la que llamaban Rosa, padecía realmente de los pies, y además cuando murió había perdido los zapatos que nadie se preocupó por volver a ponerle, de modo que la enterraron descalza. Era justo ese olor acre de los pies cansados y escoriados lo que atraía a esa familia de gusanos curiosos. Para los gusanos propiamente dichos, los que nacen de la descomposición, era demasiado pronto en efecto, porque Ivana, a la que llamaban Rosa, estaba compuesta, intacta y rosada. Sesto la veía perfectamente, en las tinieblas de su último refugio, con sus cabellos que aún tenían ganas de relucir al sol y las mariposas en los ojos que al menor soplo de viento volverían a revolotear. El gusano padre, entre tanto, se había levantado sobre el abdomen y observaba los pies desnudos y escoriados de Ivana, a la que llamaban Rosa, que se le presentaban de planta. Eran dos pies sanos, fuertes, violáceos y algo callosos, porque Ivana, a la que llamaban Rosa, caminaba mucho y, por hastío de los zapatos, a menudo iba descalza. El gusano explorador estaba perplejo, en la medida que puede estarlo un gusano acostumbrado a visitar a gente calzada, y no se decidía a aproximarse: después, dado que Ivana, a la que llamaban Rosa, estaba inmóvil, se armó de valor y avanzó hasta el calcañar. ¡Oh, qué poco aguantaba las cosquillas Ivana, a la que llamaban Rosa! Las cosquillas, en cada zona de su cuerpo, eran realmente su punto débil. Sesto se acordaba muy bien de que todo ocurrió entre ellos a causa de las cosquillas, debido a una miguita de tortita que se le había metido en el cuello del jersey y que él había intentado atrapar a la desesperada. ¡Dios mío, cómo se agitaba Ivana, a la que llamaban Rosa! ¡Parecía una anguila! ¡Y cómo se reía! Soltaba riachuelos de carcajadas, grititos, gimoteos, y no había manera de que se quedara quieta un segundo. Pero ahora no se movió. Dejó que el gusanillo le recorriera toda la planta del pie y que se encaramara a la cumbre del pulgar, desde donde mandó un gesto de entendimiento a los demás miembros de la familia. El gusano padre estaba exultante: allí en la cima parecía un soldado que ha conquistado una torre y se lanza a las almenas para ver el espectáculo. Era un paisaje inmóvil. Las piernas, quietas y robustas, desaparecían bajo un vestido de algodón

estampado. Era un vestido que el viento habría podido levantar con extrema facilidad, hinchándolo como un globo; pero allí no había viento y la tela, algo blanda a causa de la humedad, dibujaba la forma de los muslos. El gusano, ahora que había empezado el descenso por el cuello del pie, se volvió a mirar a los demás miembros de la familia, para darles ánimos. El paisaje inmóvil invitaba a la exploración: podía verse perfectamente dónde acababa. La familia empezó a marchar en fila india por la espinilla, a bastante velocidad al tratarse de una recta, sin ninguna parada hasta el cambio de rasante de la rodilla. Allí empezaba el dobladillo del algodón, algo deshilachado y manchado de sangre. La familia exploradora se detuvo indecisa. La sangre coagulada merecía desde luego un bocado, pero el cabeza de familia negó su asentimiento y, obcecado, se puso en marcha hacia el final del paisaje. Recorrieron el pecho no sin esfuerzo, porque el algodón rústico era un terreno difícil; además había que escalar los pechos, robustos y erectos, poco transitables. En el pezón, que el vestido hacía resaltar, el gusano padre hizo otra parada y lanzó otra mirada de reconocimiento. Delante de él, ya a pocos centímetros, había un rostro común de muchacha; y en el cuello, colgado de una cadenilla, estaba reclinado un curioso objeto, apetecible tal vez, de forma desconocida. La madre y el hijo, diligentemente en fila india, se resignaron a seguir al padre hacia su nuevo objetivo y se introdujeron en el estrecho valle de los pechos, tapizado por el algodón rústico. Allí se encaramaron y lo probaron, pasaron entre los vacíos que ofrecía su conformación y después lo abandonaron, por parecerles poco interesante e incomedible. Empezaron la escalada de la garganta, avanzando con cautela allá donde la bóveda de la papada los obligaba a una posición horizontal respecto al suelo. Pero, adhiriéndose bien a la piel con el abdomen húmedo, consiguieron mantener el equilibrio los tres a la altura de las comisuras de la boca. Sesto Degli Angeli, que no se había movido hasta entonces, quiso gritar algo pero fue incapaz de soltar el menor sonido. Los labios de Ivana, a la que llamaban Rosa, estaban bien cerrados en la mordaza de la muerte y los tres animalillos no intentaron forzarlos: subieron por el labio superior, evitaron los agujeros de las fosas nasales, marcharon en fila india hacia las mariposas con las alas cerradas. ¡No, por ahí no podían empezar! ¡No podían violar ese lugar, meterse bajo las alas de las mariposas para introducirse dentro de Ivana, a la que llamaban Rosa! ¡Sesto no podía soportarlo, no podía seguir tolerándolo, debía

intervenir, debía gritar! Con la mano extendida para espantar a los animales, Sesto Degli Angeli se puso en pie de un salto en el banco de los acusados.

–¡Póngase en pie el acusado! –lo conminó el gorila disfrazado de juez.

Sesto Degli Angeli desplazó su mirada desde el cadáver de Ivana, a la que llamaban Rosa, hacia el banco del tribunal. El sol, que había alcanzado los cristales más altos de la ventana, invadía la sala desde lo alto dibujando charcos de luz sobre el suelo. El equino se espantaba una mosca de sus ralas crines y el barrendero, presintiendo el fin del proceso, se había despertado y vigilaba los bancos vacíos con la escoba de sorgo entre los brazos.

–Imputado, ¿tiene algo que decir en su descargo? –ladró el hocico prominente del simio.

Entonces Sesto Degli Angeli, que no podía espantar a los animalillos del rostro de Ivana, a la que llamaban Rosa, se aclaró la voz, que no usaba con demasiada frecuencia, y en tono alto y marcado pronunció las siguientes palabras:

–Yo, el aquí presente Sesto Degli Angeli, os acuso formalmente de haber asesinado con premeditación a Rosa Luxemburgo; declaro públicamente, en este sucio tribunal, haber sido objeto de ofensa y humillación por parte de una ley taimada y asnal que no reconozco, sino que desprecio y ridiculizo. Declaro además que he sido juzgado por un gorila y por un equino disfrazados de jueces, o por dos jueces disfrazados respectivamente de gorila y de equino; lo que supone un doble disfraz, pues son en realidad dos gusanos.

En ese momento el juez se puso morado, en la medida en que eso es posible para un gusano disfrazado de gorila disfrazado de juez, y extendió la mano hacia la campanilla. Y esta vez los mastines no tuvieron indulgencia.

DESPLEGADA ESTÁ LA VELA, LARGO ES EL CAMINO...

Cuando para Sesto Degli Angeli, ya muy próximo a convertirse en capitán de sí mismo, se abrió el portal del manicomio judicial, era una dorada mañana de finales de verano. Sesto pasó por la portería a recoger sus escasas pertenencias. Le entregaron una ficha en la que el director, tras un atento examen de los especialistas psiquiatras, daba una valoración histórico-social sobre la persona y su familia. El caso es que la ficha, en sus desvaríos, tenía la virtud de ofrecer datos informativos: allí, negro sobre blanco, estaba el nombre de un pueblo desconocido y, entre paréntesis, la provincia de pertenencia. Era una información que Sesto hubiera podido conseguir mucho antes también; pero antes hubiera tenido otro valor: antes a Sesto no se le ocurrió, antes no tenía tiempo, antes escribía poemas en forma de avioncitos de papel, o poemas cargados de dos puntos; y nunca se le hubiera ocurrido que para desplegar su vela debía empezar por un pueblo repleto de piedras. Con la ficha le dieron un sobre abierto. Era un mensaje de un viejo filósofo, cuatro palabras en total, y podemos imaginarnos cuáles eran. Y además, pegado a la nota con un clip, un cheque, modesto cuanto puede serlo el cheque de un filósofo, que llevaba escrito a lápiz en el borde: «Incluso en el periodo en el que nos conocemos a nosotros mismos hay que comer.»

Por eso Sesto Degli Angeli, decidido a convertirse *a posteriori* en capitán de su ruta pasada, se embarcó en un vagón y empezó a navegar lentamente hacia una rosada ciudad de provincias que en mayo se llena de avispones. Bajó en una rosácea estación perezosa y solitaria, manchada de sol, cruzó una placita en la que borboteaba una fuente, pidió información a un mozo. «Allí», dijo el mozo con el brazo extendido señalando más allá de la plaza. La estación de autobuses seguía aún en el mismo sitio en el que se hallaba cuando Capitán Sesto se llamaba Marianna, pero él no podía acordarse, pues no había acometido aún la tarea de escribir su propia historia. Seguramente los autocares también eran los mismos, pero tampoco de eso podía acordarse Capitán Sesto; los asientos de polipiel, los numeritos de metal en los respaldos, una redecilla donde daban tumbos los fardos de los escasos pasajeros. Como el joven Marianna cuando volvía del pensionado de la

ciudad rosácea, así Sesto Degli Angeli, que estaba buscando su propio rumbo sin conocerlo, hizo el viaje pensando en una mítica infancia que le explicara su vida y se quedó dormido apoyado en la palma de la mano. Desembarcó en una anteiglesia polvorienta habitada por un perro amarillo y miró por primera vez un pueblo repleto de piedras que, sin saberlo, había conocido ya otras veces. Vivía en ese pueblo un viejo mejillón negro que lo había llamado Sesto incluso cuando se llamaba Alcide, escribiendo cartas de caligrafía a pico; vivía en una casa ocre llena de grietas, en lo alto de un sendero repleto de piedras vigilado por un olivo; vivía en un saloncito, sentada en una silla bajo una monstruosa lámpara de cristal, tan inmóvil como puede estarlo un mejillón aferrado a una escollera. Sesto entró sin llamar, como cabe hacer en una casa tan llena de grietas que parece perennemente abierta, y se sentó delante del pequeño mejillón después de haberla besado en la concha de la frente. ¿Qué puede decir un viejísimo mejillón al que solo le quedan palabras inciertas, como roídas por el tiempo? Algunos nombres supo pronunciarlos, pero eran difíciles de entender, porque la memoria y los años habían vuelto inciertas las sílabas y las devolvían equívocas y raídas. Había habido un hombre, pero ¿se llamaba Leonida o Leonido? Los pequeños brazos del mejillón hicieron ademán de referirse a dos alas remotas. ¿Habría intentado volar? ¿Había sido víctima de la locura? El desván, señaló la mano del mejillón. Sesto rebuscó entre montones de polvo en busca de improbables testimonios, indagó bajo paquetes de viejos periódicos, de extravagantes dibujos habitados por colonias de ratas y de cucarachas.

¿Había habido dos chicas llamadas Maria y Anna, o era una sola muchacha llamada Marianna que había parido un niño al que llamaban Marianna? Y además había un tal Sesto; mejor dicho, varios Sestos; un único, ininterrumpido Sesto, igual que él, siempre de regreso. Habló de agua, el pequeño mejillón aferrado a la demencia de su memoria raída: de agua y de piedra, de piedra y de agua. Pronunció nombres cada vez distintos, habló de cartas nunca escritas, de sueños, de cabellos pelirrojos, de muertos, y contó fragmentos de una historia improbable. Sesto Degli Angeli recogió esos fragmentos y los ató junto con objetos disparatados: una grulla disecada, un cuaderno de recetas escrito con una caligrafía ondeante, un cortaplumas de madreperla vede que llevaba el nombre de un hotel desconocido. De otras cosas se apoderó, busca que te busca. Encontró una obra histórica de un clérigo local y entre sus páginas húmedas buscó nombres y hechos que lo

guiaran; pero el clérigo historiador, demasiado ocupado en registrar los acontecimientos importantes de años lejanos, callaba los nombres inciertos de las gentes oscuras y olvidadas. Sesto Degli Angeli pensó que era mejor así, que era mejor que no hubiera interferencias. Se despidió del grumo de negro inmóvil, deambuló entre el polvo de las calles, visitó un pequeño cementerio repleto de piedras y en una cruz desierta de nombres, en la que había una curiosa inscripción latina, escribió con lápiz un nombre formado por dos nombres. Vagó hasta bien entrada la tarde en el silencio del pueblo, arrastrando tras él al perro amarillo que vivía en la anteiglesia, bajó hasta el río y se entretuvo lanzando a ras de agua los guijarros aplanados y redondos. Entre las piedras de un pozo derruido y seco encontró un resto de hojalata, una de esas viejas trombas de boca majestuosa que se utilizaban en los primeros automóviles. Estaba corroída por la tierra y por la intemperie, pero en el borde consiguió leer la marca, rascando con la uña las incrustaciones de tierra: «Giesserei Strauss, Wien».

Ya era suficiente. Mientras esperaba el autocar de regreso, delante de la anteiglesia recorrida por el perro amarillo, entró en una tienducha y compró una pluma y un cuaderno, porque, para soltar por fin los nudos de su vela, tenía prisa en empezar a escribir esta historia.

Título de la edición original:
Il piccolo naviglio

Edición en formato digital: junio de 2018

© de la traducción, Carlos Gumpert, 2018

© Antonio Tabucchi, 2011

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3957-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

1. *Agli* es el plural de *aglio*, «ajo» en italiano. (N. del T.)